

PARTE II

NATALIE CONVERS  
MARIPOSAS  
EN TU  
ESTÓMAGO

Lectulandia

No hay nadie más experta en los trabajos de media jornada que Beca: a sus 18 años no solo es la mayor de cuatro hermanos, también es la compañera de combate junto a su madre para sacar a la familia adelante al la vez que estudia muy duro para las clases. Después de que su padre se marchase sin ninguna explicación cuando ella tenía solo 16 años, aprendió una gran lección: no te fíes de ningún tipo con sonrisa arrolladora y un imán natural para las nenas. A pesar de ello, pronto conoce a Alex, un enigmático y atractivo estudiante de Bellas Artes que puede hacer aparecer mágicamente mariposas en su estómago y que irremediabilmente cambiará su vida para siempre mediante un giro inesperado del destino.

**Lectulandia**

Natalie Convers

# **Mariposas en tu estómago (Parte II)**

**Mariposas en tu estómago - 2**

ePub r1.0

Titivillus 28.06.15

Título original: *Mariposas en tu estómago (Parte II)*

Natalie Convers, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Ángela, una madre increíble donde las haya y  
mi gran inspiradora de los sentimientos.*

Para mi próximo truco, necesito que me beses  
y haré aparecer mágicamente mariposas en tu estómago.

PABLO NERUDA



## Capítulo 18



Él se aparta un poco, dejando un espacio de seguridad entre ambos, sonrío con aire malvado y me saca la lengua. No me hace falta tener un espejo delante para saber lo coloradas que deben estar en este instante mis mejillas.

—Eres un ligón empedernido —digo con convicción mientras me dirijo de nuevo al banco y me dejo caer junto al delantal, sobre el que deposito el retrato con delicadeza.

Él me observa con su rudo gesto de «soy una bomba sexual» a través de una jovial sonrisa que lo vuelve arrebatadoramente encantador.

Suelto un bufido aguantándome las ganas de echarme a reír de nuevo.

Entonces su expresión se vuelve repentinamente seria, y me deja desconcertada.

Toma asiento a mi lado y extiende las piernas ocupando parte de mi lado además del suyo. Me encojo para dejarle más sitio.

—Todo... bien.

Lo ha pronunciado en tono afirmativo, pero caigo en la cuenta de que eso ahora no tendría sentido; en realidad me lo está preguntando, lo sé. Me muerdo el labio inferior, sintiéndome repentinamente nerviosa.

—Anoche..., después de que tú me dejaras en mi casa, él vino. —Me detengo, tomándome mi tiempo antes de continuar para poder estudiar su rostro.

Alex asiente con la cabeza muy despacio sin dejar de mirar la pared de enfrente. No es necesario que le diga que es a Miguel a quien me refiero, estoy segura de que él ya lo sabe.

—¿Te hizo algo?

Ahora soy yo la que observa la pared blanca que tenemos delante.

—No —contesto tras unos segundos—, pero estaba muy alterado. Quería que lo perdonase.

La última palabra casi se me atraganta, por lo que me acaricio un poco el cuello, dándome pequeños pellizcos.

—¿Y lo has hecho?

El timbre de su voz parece haber cambiado, pero no llego a distinguir de qué modo. Me giro hacia él. Sus ojos brillan de forma enigmática, y veo como una vena le late con fuerza en la sien cuando se echa hacia atrás y apoya las manos en el banco; su pelo oscuro cae descuidadamente en la misma dirección.

—No, no puedo hacerlo. Cada vez que pienso en él o veo su cara, recuerdo la manera en que sonreía mientras...

Trago saliva, incapaz de continuar hablando, pero eso no impide que la imagen se reproduzca en mi cerebro tan nítidamente como si aún tuviera a Miguel y Óscar delante. Siento un dolor desagradable en el estómago, por lo que me llevo la mano derecha a esa zona y me la masajeo en círculos.

Alex lanza un puño al aire y hace crujir los nudillos.

—¿De verdad? Creía haber hecho una preciosa cirugía estética en su patética cara de gilipollas...

Me vuelvo hacia él, sorprendida por las palabras que ha utilizado, y él me enseña una hermosa fila de dientes blancos cuidados que me descolocan y me llevan a querer imitar el gesto de su boca. En lugar de eso, termino soltando una carcajada.

—Puedes darte una gran palmada en la espalda. —Me paso un mechón suelto de la coleta tras la oreja y le devuelvo la mirada con diversión—. Hiciste un gran trabajo. —Inspiro hondo—. Gracias.

Se encoge de hombros, se balancea un poco y luego se levanta.

—Tengo que marcharme —me informa.

Se pasa una mano por la coronilla, lo que me permite llevarme una gran visión de su camiseta estrechándose contra los músculos de su abdomen. Respiro entrecortadamente; nunca me he sentido así con nadie, ni siquiera con Miguel.

Levanto la vista, y descubro que también él me está estudiando con igual fascinación.

—No es mi problema, pero a lo mejor convendría que supieras que esa amiga tuya vino a buscarme esta mañana para interesarse por ti. No parece... mala chica.

—¿A buscarte?

Recuerdo entonces que Marta me devolvió mi móvil, pero no me dio ningún tipo de explicación.

—Algo así —responde Alex, rehuendo el tema con brusquedad.

Frunzo el ceño y él me imita pero exagerando el gesto, así que cambio con rapidez la expresión de mi cara e intento serenarme.

—¿Podrías ser más explícito, por favor?

—Pasó la noche con mi compañero de cuarto, Carlos.

De algún modo, me relajé ostensiblemente al oír aquello. Alex me examina con interés, por lo que intento borrar todos mis pensamientos, temiendo que aquellos vivaces ojos de elfo puedan sonsacar más información de la que deseo darle.

—Entiendo —digo, componiendo un semblante de chica madura.

—No creo que ella en realidad quisiera soltarte toda la mierda que te soltó.

Dibujó una mueca torcida, sé que tiene razón.

—Lo sé, no tienes por qué recordármelo —contesto más bruscamente de lo que pretendía.

Suspiro, él me observa con preocupación.



—Y bueno... ¿para cuándo ese batido?

## Capítulo 19



Levanto las manos en señal de rendición y me dispongo a atarme de nuevo el delantal bajo sus escrutadores ojos de águila. Noto que los dedos comienzan a temblarme un poco mientras me aseguro el nudo y le echo un vistazo de refilón a Alex.

—¿No ibas a marcharte?

Se encoge de hombros.

Súbitamente nerviosa por toda esa atención que parezco despertar en él, me detengo para enfrentarme a su mirada.

Exhala un suspiro.

—No tengo tanta prisa —responde al fin, al tiempo que juega con el pañuelo de bandana azul manchado de pintura que lleva atado a la muñeca izquierda.

Le dedico una mirada de exasperación.

—Estoy bien. Puedes irte tranquilo.

Se levanta con un gesto de falso abatimiento para marcharse, y esta vez parece que va a ceder cuando empieza a abrir la puerta...

—¿Beca? ¡Beca! ¿Estás en los vestuarios?

De nuevo es la voz chillona de Elisa, lo noto en cada fibra de mi ser y en la rigidez de mi cuerpo. Sé demasiado bien que nada bueno puede salir de que vuelva a encontrarnos a Alex y a mí a solas.

Cierro de golpe la puerta y al hacerlo aplasto sin querer la mano de Alex contra el tirador.

—¡Eh!

Primero lo miro a él con una expresión de disculpa en la cara, pero evito rápidamente el contacto electrizante que siento al rozarlo, y luego examino con urgencia el cuarto. Alex menea la cabeza como si dijera: «¡Mujeres!», pero yo le ignoro: se me ha ocurrido una idea.

—Al baño —le apremio entre dientes.

Alex frunce el ceño, pero yo, al ver que no se mueve ni un milímetro, lo empujo dejándole bien claro que se dé prisa.

Él aprovecha ese instante para darme la vuelta y aplastarme el pecho sobre la puerta. Un segundo después lo tengo detrás, pegando impudicamente su cuerpo contra el mío.

—Al menos deberías darme un motivo —susurra con voz ronca mientras me acaricia el lóbulo de una oreja.

Está claro que se aprovecha de la situación.

—¿Beca? ¿Eres tú?

Alex se frota contra mi cuerpo, y tengo que reprimirme para no soltar un gemido de sorpresa cuando noto su miembro excitado haciendo presión a través de sus pantalones.

—Sí, estoy cambiándome —logro decir, apretando los puños.

—Pues abre, tengo que hablar ahora mismo contigo —me exige Elisa crispada.

—¿Qué estás haciendo? —mascullo muy nerviosa.

—Gírate —me ordena Alex recorriendo mi cuello lentamente con besos calientes y apasionados que me quitan el aire—. Déjame pintarte desnuda, Rebeca.

Las erres de mi nombre pronunciadas a través de sus labios se arrastran sensuales por la curva de mi oreja, produciéndome un cosquilleo en lo más profundo de mi sexo, haciéndome soltar un gemido de manera instintiva. No sé qué es lo que Alex está haciendo en mí, pero siento que voy a perder el control de mí misma si continúa.

—Deja de bromear... Escóndete en el... baño, por favor —le suplico, mientras me derrito con cada nuevo roce suyo.

—¡Me estoy cansando, novata! —grita Elisa desde el otro lado.

—Eli... sa —logro farfullar, cuando Alex ataca la zona sensible bajo mi barbilla, dejándola húmeda y expectante.

—Me estás volviendo loco —murmura con voz grave.

Entonces me gira levemente la cabeza y cubre mi boca con la suya de manera posesiva, haciéndome callar antes de que pueda responderle. Empuja insistente su lengua hasta que ya no puedo resistir por más tiempo y se abre paso con un éxito absoluto, hundiéndola más adentro, buscando la mía una y otra vez en un baile sensual y caliente que me deja abrumada y sin respiración. Intento frenar, pero Alex me llena con su aliento provocándome, y me hace renegar una y otra vez cuando disminuye el ritmo de forma perversa. ¡Oh, Dios!

Lleva mis brazos hasta su pecho obligándome a darle la cara y me alza hacia arriba empotrándome con una fuerza animal que hace que me estremezca por dentro, que me sacuda toda entera, desde los pies hasta el más pequeño mechón de pelo de mi coleta, ahora totalmente despeinada.

—Pero ¿qué diablos estás haciendo ahí dentro? ¡Ábreme ya! —exige Elisa.

Alex se echa un poco hacia atrás para que podamos tomar aire y suelta muy despacio mi labio inferior. Me observa divertido.

Me quedo mirándolo embobada.

Su pecho sube y baja. Estoy segura de que yo debo tener un aspecto similar.

—Tú ganas —accedo ruborizada por lo ocurrido—. Píntame.

Se relame sin apartar la vista de mí, dejando una huella invisible por todas aquellas partes de mi cuerpo que no ha tocado aún. Me llevo una mano inconsciente

hacia el cuello y eso aumenta su ego, ya de por sí crecido.

Le devuelvo la mirada con rebeldía. Todavía no creo que haya aceptado tan fácilmente, pero encontraré el modo de que no se salga con la suya de nuevo.

Se acerca y me da un beso rápido antes de que pueda reaccionar. El azul de sus iris es más eléctrico que nunca.

—Ya no puedes echarte atrás —me advierte con una mueca burlona.

Se gira y empieza a andar, así que le doy la espalda e intento recomponerme lo más rápido posible mientras Elisa machaca la puerta a golpes.

—Ya abro —grito.

Por encima de mi hombro me cercioro de que Alex ya se ha metido en el servicio. Cierro los párpados un segundo y abro la puerta. Elisa entra como un relámpago, roja de rabia. Al parecer, haber tenido que terminar con el trabajo que le dejé no le ha sentado nada bien.

—¿Por qué me cierras la puerta en las narices? ¿Te ha picado un bicho en el cerebro o qué?

Me repasa de arriba abajo con curiosidad.

—Deberías hacer algo con esos pelos antes de que espantes a toda nuestra clientela... —concluye.

Se echa la melena a un lado con aire presuntuoso.

—¿A qué has venido, Elisa? —digo cortándola en seco. Ella ni siquiera sospecha lo que le estoy ocultando de verdad—. Seguro que no a jugar a que somos amigas, ¿verdad? Porque, definitivamente, no lo somos.

Se muestra complacida por mis palabras. Siento unas inmensas ganas de tirarle de ese pelo purpurina que tiene. Noto que otra vez se ha cambiado el color: ahora se ha puesto mechas rosas y negras por la zona inferior de su cabeza rubia de Nancy.

—Pero qué desagradable estás hoy, novata —dice recalcando con sorna la última palabra.

Se mira las uñas.

—¿Y bien? —pregunto.

Tengo que darme prisa en echarla antes de que Alex pierda la paciencia.

—¿Qué pasa? ¿No puedes ser un poco más amable? —Me aclaro la garganta—. Menudos humos. —Hace una pausa—. Escucha, Rosa ha tenido que salir por un asunto urgente, así que me ha dejado de encargada en su ausencia. Lo que significa que hoy tú atiendes y yo mando.

La cadena del váter suena justo en ese preciso momento, poniéndome el bello de punta.

—¿Hay alguien más aquí?

—No —contesto de inmediato, creyendo que el corazón se me va a salir del pecho.

El sonido del baño vuelve a repetirse, dejándome completamente anonadada y furiosa.

—Se habrá colado un gato por la ventanilla... —sugiero con aire preocupado.

Maldito Alex. ¿No se podía estar quietecito unos minutos más?

Elisa da un paso hacia delante y clava la vista por detrás de mí, donde he olvidado el retrato de Alex.

Antes de que pueda ver su reacción, la puerta del servicio se abre respondiendo a todas nuestras preguntas. La sangre deja de circularme.

—¿Gatito? —dice Elisa extrañada.

—Supongo que no andaba tan desencaminada —comento con ironía, aplacando a duras penas una mirada de resentimiento dirigida a Alex.

Él nos mira a ambas con una tranquilidad pasmosa. Aún no estoy segura de su relación con Elisa.

—¡Guau, cuánto público para ver a un tío meando! Me siento halagado.

Sin esperar más tiempo, cruza la habitación pasando por en medio de nosotras dos con una gran sonrisa engreída en la cara y sale del vestuario como si nada hubiera sucedido.

Elisa me observa furiosa, así que le doy la espalda y saco la mochila de mi casillero, donde guardo con cuidado el dibujo.

—¿Sabes tú qué hacía aquí Alex?

Cierro la cremallera con más fuerza de la necesaria.

—Sé tanto como tú, Elisa —respondo escuetamente, y me escabullo del sitio en cuanto dejo todo a buen recaudo.

Cuando ya estoy fuera, noto que llevo el mandil de trabajo medio suelto. En algún momento se me ha desatado sin que me diese cuenta, así que comienzo a ceñirlo de nuevo a mi cintura mientras salgo a la barra.

—¿Quieres que te ayude? —dice una voz impertinente.

Levanto la cabeza y veo a Alex sentado junto a Marta en los taburetes altos que hay cerca del mostrador. Alex me guiña un ojo con picardía y entonces empiezo a entender lo que ha pasado con mi delantal antes. Aprieto los labios.

—No hace falta..., gatito —me burlo, ocultando desastrosamente mal mi rabia.

Él arquea una ceja, pero se recupera con rapidez y adopta una arrogante pose de regocijo, mientras se relame el labio inferior con un brillo de deleite en sus penetrantes ojos, haciéndome revivir el momento acalorado que hemos pasado juntos.

El estómago me da una sacudida; Alex me tiene atrapada.

Marta gruñe para llamar nuestra atención.

—¿Hola?

—Hola —contesto.

Tiene los ojos llorosos y las facciones de la cara tirantes.

—Carlos y los demás ya se han marchado —me informa mientras me examina, primero a mí y luego a Alex, algo confundida por la tensión que advierte entre ambos.

Echo un vistazo a las mesas y compruebo que lo que dice es cierto. Asiento con

un gesto de la cabeza. Me doy la vuelta y vierto zumo de naranja en un vaso.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Después de lo sucedido en los vestuarios, no sé si estoy más molesta con ella o con Alex.

No respondo. Añado una sombrilla rosa sujeta al borde del recipiente mientras me llega el ruido de los dedos de Alex al jugar sobre la mesa, lo que me recuerda sus palabras sobre Marta.

—Tómame esto —digo poniendo la bebida frente a ella con una mirada de desafío.

Marta pone mala cara y arruga la nariz con asco. Sé que odia la naranja, pero entonces se da cuenta de que he puesto la sombrilla de papel con su color favorito y se traga el contenido sin rechistar. Cuando termina, golpea el vaso contra la superficie. Sonríe y ella se echa a reír, mientras le resbalan las lágrimas por las mejillas.

—¡Boba! —dice sorbiéndose la nariz—. Pensaba que no me perdonarías.

—Tenías razón —empiezo a hablar—, siempre me pongo del lado de quien más me... —Intento pronunciar la palabrota que utilizó Marta cuando discutimos antes, pero llevo tanto tiempo cuidando de hermanos menores que yo, que al final lo único que consigo es que se me forme un nudo en la garganta.

Marta da un salto desde su sitio, ocupando con la mitad superior de su cuerpo la encimera, y me da un gran abrazo.

—Fui una completa arpía al decirte aquello. Lo siento, tía.

Respiro con fuerza, y echo un vistazo al lado derecho de mi amiga. Alex está oportunamente centrado en dibujar el logo de nuestra empresa, con forma de corneto, en una servilleta de papel. No obstante, no me pasa desapercibido el mohín de satisfacción en su boca.

—Estás perdonada, completa arpía —contesto mirándola a los ojos tras haberla separado de mí—, pero no lo vuelvas a hacer. La próxima vez quiero que confíes más en mí cuando digan algo que te disguste.

Marta me observa con las pupilas brillantes.

En ese instante se abre la puerta de la entrada y entra un grupo de universitarios hablando en voz alta y bromeando entre carcajadas. Noto que los hombros de Alex se ponen rígidos al escucharlos y que clava con fuerza el bolígrafo sobre el papel, repasando una de las líneas que ha trazado hace unos segundos. Ya no queda la menor señal de diversión en él.

## Capítulo 20



Si Alex continúa clavando el boli con esa agresividad no solo acabará destrozando la servilleta, sino que además se quedará sin nada con lo que poder dibujar. Así que, mientras Marta atiende una llamada, cojo de un bote de cristal una de las golosinas con forma de osito que guardamos bajo el mostrador y me dirijo de nuevo hacia Alex.

—¿Alex?

Levanta la cabeza y aprovecho el momento en el que va a decir algo para meterle el dulce entre los labios. De inmediato, se tapa la boca y comienza a toser, mirándome sorprendido e incluso enfadado. Divertida, le alcanzo un vaso de agua sin perderlo de vista y le doy unas palmadas en la espalda. Con la primera se queda rígido, pero luego se relaja.

Marta nos pone una cara rara. Creo que comienza a sospechar.

—¡Joder, tía! ¿Quieres matarme? —protesta Alex.

Le paso una nueva servilleta y espero a que se calme. A pesar de actuar como un chico duro, ahora mismo no está muy lejos de ser una versión adulta de Víctor.

—Por supuesto que no —le respondo aguantando la risa; no quiero provocarlo todavía más.

Ya he conseguido lo que quería.

—No, cariño..., es Alex el que está tosiendo —dice Marta, deteniéndose para escuchar con recelo—. ¿Qué por qué? Bueno, parece que se ha atragantado con algo.

—Con una golosina —la corrijo en voz alta para que también Carlos lo oiga.

—Dejad de darle detalles a ese cotilla —replica Alex.

Me coge del codo atrayéndome hacia él, justo cuando Marta se aleja para seguir hablando por teléfono con tranquilidad.

—Esto no va a quedar así —murmura mirándome.

Sonrío. No obstante, dejo de reírme de él cuando veo cruzar por sus ojos un destello oscuro, que, en combinación con las ojeras grises que luce por dormir poco, vuelve su mirada más intensa e impenetrable. Su labio inferior se curva de manera *sexy*, como una promesa.

Pretendo dar un paso atrás, sintiéndome extraña, pero él me retiene.

—¡Eh, pitufa!

Alzo la vista al oír aquella voz familiar que se acerca. Es Héctor, el hermano

mayor de Marta. Advierto que otra vez los hombros de Alex mantienen una posición en alerta. Sus dedos se hunden en mi piel dejándome una huella blanca.

—No me llames así, Héctor. ¿Qué haces aquí? Mamá te estaba buscando antes — le contesta Marta.

—Acabamos de salir de un entrenamiento...

Se queda callado, mirando como la mano de Alex aprieta con fuerza mi brazo. Busco la forma de soltarme sin crear ningún malentendido entre ellos, pero Alex no cede, aunque afloja su agarre.

—Todavía me debes algo —me recuerda con una sonrisa fanfarrona, regodeándose jactanciosamente.

Adviento que varias chicas se vuelven al oírlo y lo observan con interés, cotilleando algo sobre lo bueno que está entre risitas mal disimuladas. No obstante, él no da indicios de darse cuenta, parece estar pensando en otra cosa. Los rasgos de su rostro continúan tirantes, pero me libera y recupera su posición sobre el taburete con demasiada calma. El corazón me revolotea en el pecho con un millón de emociones al mismo tiempo, pero de algún modo encuentro la manera de asentir con una sonrisa.

—Marchando la especialidad de la casa —canturreo.

—Beca, ¿ya no me recuerdas?

Me detengo.

—¿Cómo no voy a recordarte? Eres el hermano mayor de mi mejor amiga — contesto en tono adulator—. Perdona que no te haya saludado nada más verte, estaba ocupada.

Justo en ese instante el bolígrafo de Alex sale disparado contra una de las cafeteras que tengo detrás.

—Hace mucho que no te veía —continúo, ignorando lo sucedido.

—He estado de Erasmus hasta hace poco —explica algo avergonzado, rascándose la coronilla. A pesar de la diferencia de edad, es mucho más recatado y tímido que Marta.

Héctor tiene los ojos marrones y grandes y el cabello corto del mismo color café que su hermana. Pero lo más impresionante son sus espesas pestañas y el moreno dorado que ha adquirido a base de correr bajo el sol haga frío o calor.

—Entonces, ¿has vuelto al club de atletismo de la universidad?

Al fondo veo a su grupo haciendo muecas burlonas. Todos parecen bastante altos, pero nadie tanto como Alex. Él les hace sombra con su sola presencia.

—Más que eso: es el número uno —asegura Marta orgullosa.

Alex resopla. Yo saco una cacerola y comienzo a calentar el chocolate blanco.

—No has cambiado nada. ¿Sigues corriendo? —me pregunta Héctor con emoción.

—De vez en cuando, pero no tengo mucho tiempo libre últimamente —añado bajo la atenta mirada de Alex.

Me aclaro la garganta y meto en la batidora helado de chocolate, además de



medio vaso de leche, con canela espolvoreada y unas gotas de vainilla.

—¿Ya has escogido a qué facultad irás?

El cambio de tema hace que me gire.

—Tú eres Alex, ¿verdad?

Héctor intercepta hábilmente la pregunta dirigida a mí, lo que a Alex no parece sentarle muy bien.

—Aún lo estoy pensando —comento, eludiendo el silencio incómodo.

—¿Ya os conocéis? Los dos hacéis Bellas Artes en la UCM, ¿no? —salta Marta, entendiendo rápidamente que algo ocurre.

Cojo una copa grande del congelador y vierto con suma precisión el chocolate blanco derretido haciendo formas en la superficie interior del cristal, dejando un pequeño charco en el fondo que se solidifica a los pocos segundos.

—Algo así —deja caer Alex con una sonrisa mordaz.

—Tú fuiste al que pillaron enrollándose con dos tías a la vez en una fiesta, ¿no?

La mandíbula de Alex se tensa ante el comentario desafortunado de Héctor. Enseguida decido intervenir.

—Alex, ¿qué sabor te gusta más?

Su mueca se hace más grande.

—Menta.

La palabra suena en sus labios como miel en mis oídos al entrar por ellos. Miro hacia otro lado. De nuevo aquellas chicas del fondo están repasando a Alex de arriba abajo, y eso se debe en gran parte también al comentario que Héctor ha dicho en voz alta, que ha logrado aumentar aún más el atractivo sexual de Alex.

—¡Héctor! ¡Tenemos hambre! —grita alguien del grupo de atletismo—. ¡Deja de tontear con las dos morenas!

—Imbécil. Una de ellas es mi hermana pequeña.

—Mejor, consíguenos su número.

—Y el de la otra preciosidad —dice una voz aislada.

—Ya tienen novio. Y si continuáis dando la lata, os voy a patear el culo cuando regrese a la mesa.

—Perdona, Beca, pero necesito hacerte el pedido de esos idiotas —se disculpa con aire compungido cuando sus colegas comienzan a palmear enérgicamente sobre la mesa.

Elisa elige ese preciso momento para entrar en escena.

—Yo me encargo, Beca. Tú sigue atendiendo a nuestro otro cliente.

—Pero yo ya he...

—¿Es que no me has oído? Yo me ocupo —recalca con una mirada asesina.

Suspiro.

Le sirvo a Alex el batido helado de chocolate, adornado con unas hojas de menta, y espero a que lo pruebe.

—¿Qué tal? —digo expectante.

Se encoje de hombros y da otro trago más largo que el anterior, acabándolo prácticamente hasta el final.

—¿Y cómo le va a Miguel? —pregunta Héctor de repente interrumpiendo el parloteo incesante de Elisa. Todos excepto ella se quedan callados.

—Beca y él han roto —se me adelanta Marta. Después, obviando mi gesto de reproche por habérselo contado, se vuelve hacia mí—. Igual que mi hermano con la atolondrada de su novia.

—¡Esa es una estupenda noticia, Héctor! —exclama Elisa entrometiéndose en la conversación, y ofreciéndole una sugerente visión de su escote al inclinarse sobre la barra—. Te aseguro que no era trigo limpio; en la facultad todos saben que es una guarrilla.

—Vaya, lo siento —nos decimos Héctor y yo al unísono, haciendo oídos sordos del comentario de Elisa.

Elisa golpea con frustración la jarra de los batidos.

—Si puedo hacer algo para que te sientas mejor... —añade Héctor ruborizado.

Alex sorbe ruidosamente de la pajita.

—¿Me das una cuchara? —dice extendiendo el brazo.

Se la doy y él aprovecha para acariciar mi mano.

Marta tose, estropeando el momento.

—¿Y vosotros dos por qué no probáis a salir juntos? Mi mejor amiga y mi único y adorable hermano. ¡Sería alucinante! —exclama Marta con una gran sonrisa.

Todos la miramos atónitos.

Se oye un crujido y miro inquieta en dirección a Alex.

—Otra cuchara, por favor, Beca.

Antes de que pueda dársela, Elisa me aparta de un empujón y ocupa mi lugar.

—Toma, y no sigas rompiéndolas solo porque son gratis —le reprende en un tono que hasta entonces nunca le he visto utilizar con Alex.

Ambos intercambian una mirada enigmática, cuyo significado solo ellos dos parecen comprender.

## Capítulo 21



Alex acepta la cuchara que Elisa le ofrece, pero no se molesta en darle las gracias. Tengo el presentimiento de que algo ocurre entre ellos dos.

—¿No vais a decir nada? —pregunta Marta.

Su cabezonería con el tema hace que me vuelva hacia ella molesta y deje de estar atenta al sospechoso comportamiento entre Alex y Elisa.

—Marta... —comienzo a decir.

Justo cuando ella se dispone a hablar, Héctor deja caer su puño graciosamente sobre su cabeza y le revuelve el pelo.

—Ya la has liado. ¿No ves que estás avergonzando a todos, pitufa?

Marta frunce el ceño, irritada, y esquiva su mano.

Se recoloca el cabello hacia un lado.

—Pero a ti Beca te parece guapa, ¿no? —insiste Marta, obstinada como una niña pequeña—. Me lo dijiste una vez.

Contengo el aire. Héctor enrojece. No entiendo la insistencia de Marta por liarnos a mí y a su hermano.

Inquieta por el rumbo que toma la conversación, miro a Alex, que está jugando con la cuchara sobre la copa con movimientos lentos y circulares, como si estuviera esperando algún tipo de acontecimiento. Su largo silencio y su aparente calma aún me dan peores vibraciones, y un escalofrío me sacude de arriba abajo a modo de advertencia.

—Ya está casi todo —dice Elisa interrumpiendo a los dos hermanos y mis oscuros pensamientos—. Puedes regresar con tus amigos, Héctor. Nosotras nos encargaremos de llevároslo a la mesa. —Se detiene brevemente sin soltar los dos últimos refrescos que acaba de dejar sobre la barra, y se remoja sensualmente los labios dirigiéndole una mirada descarada que no deja lugar a dudas. Le gusta—. Siento lo de tu chica, Héctor, pero es lo mejor para ambos. —Hace un mohín coqueto—. Oye, me alegra saber que has regresado. Quizá podamos quedar un día, en otro lugar, y hacer algo... interesante —alarga la penúltima palabra recorriéndolo ávidamente bajo sus largas pestañas—, como solíamos hacer —concluye.

—Elisa, yo... Me pareces una tía guay y todo eso, pero ya lo intentamos una vez y no funcionó muy bien —responde Héctor, incómodo.

Me quedo estupefacta. Elisa y el hermano de mi mejor amiga saliendo juntos.

Definitivamente, no puedo imaginar que alguien tan responsable y bueno como Héctor intentara tener una relación con alguien tan egoísta y egocéntrica como ella. Marta parece pensar lo mismo.

—Mi hermano ahora tiene preferencias mucho más refinadas, y desde luego tú no entras en su catálogo. ¿Por qué no te dedicas a pescar otro pececito en el mar?

Los ojos de Elisa se crispan.

—Marta —la regaña Héctor enfadado—. Perdónala, Elisa. Está en la edad del pavo.

—Te recuerdo que solo me quedan unos meses para entrar en la universidad. Ya no soy una niña —replica Marta ofendida.

—Perdona... —dice de repente una voz femenina.

Es una de las colegialas escandalosas que están sentadas en la mesa del rincón del bar. Va vestida completamente a la moda. La miro con más calma y me doy cuenta de que es bastante mona y más alta que yo, lo único que la afea es un desafortunado grano en la barbilla que le hace perder parte del encanto.

Se sitúa detrás de Alex con una gran sonrisa y le da un par de golpecitos en el hombro derecho para llamar su atención.

Héctor aprovecha la distracción para escaparse en ese momento.

—Perdona... ¿Podríamos intercambiar los números de teléfono? —pregunta con más ímpetu del necesario. Al menos tengo que aplaudir su valor.

Alex se gira muy despacio y le da un repaso con diversión perversa. ¿Qué significa aquello? ¿Le gusta?

—¿Por qué no? —contesta.

Siento como si acabaran de darme un martillazo en la cabeza; no debo de haber oído bien.

—¡Genial! —responde la chica efusivamente.

Sus amigas la vitorean desde el fondo con silbidos y pulgares alzados. Una de ellas incluso la aplaude.

¡Oh, Dios! Creo que voy a vomitar.

—¿No deberías empezar por preguntar primero si tiene novia? —digo entrometiéndome antes de que sea consciente de lo que acabo de decir.

Sé que ahora mismo todas las miradas están puestas en mí. ¡Mierda!

—¿Tienes curiosidad por saberlo? —me pregunta Alex examinándome con un gesto arrogante que le curva la boca.

Parece más relajado ahora que no tiene a Héctor al lado.

Maldito chulo engreído. Bajo la mirada, incapaz de mantenérsela durante más tiempo, y tomo uno de los trapos para simular que es más importante limpiar la barra que responderle.

—Entonces... ¿ella es tu novia? —dice la colegiala, intrigada. Nos mira alternativamente a Alex y a mí.

—¿Ella? —contesta Alex haciéndose el sorprendido.

Se atusa el mentón como pensándolo.

Cabreada, paso el trapo por encima de sus dedos y sonrío inocente.

—Yo nunca me fijaría en un idiota como este. Y te aconsejo que no te acerques a él si no quieres acabar violada y abandonada en una esquina completamente desnuda.

Mis palabras surten el efecto deseado en ella, que comienza a observar a Alex con desconfianza. Marta aprovecha para intervenir.

—Sí, tú y tus amigas oísteis bien antes mientras hablábamos. A este tipo lo pillaron enrollándose en una fiesta con dos tías. ¿De verdad quieres acabar igual que ellas?

La mueca de Alex se hace cada vez más grande. E incluso Elisa se anima y añade otra frase de su cosecha.

—Pero a ninguna de ellas pareció que le disgustaran todas las cosas que les hizo con aquellas cuerdas —dice defendiéndolo.

—Eh, no jodáis —se queja Alex—. Me estáis dejando como un psicópata.

—Creo recordar que fuiste tú mismo el que dijo que no había nada de malo en reciclar —continúo, dejándome llevar—. Supongo que tienes unos gustos más raros de lo que pensaba.

Alex me clava los ojos con una emoción que no logro descifrar, pero que de algún modo consigue inquietarme lo suficiente. La niña mona se da cuenta del cambio de humor en el ambiente.

—Oye, siento haberte molestado, pero mis amigas me llaman. Me voy, lo siento —repite muy nerviosa, y regresa a su sitio con una rapidez sorprendente.

Me doy la vuelta y me tapo la boca silenciando a duras penas una carcajada. Marta, por el contrario, se echa a reír sin ningún escrúpulo.

—Voy a tirar la basura. Ahora vuelvo, Elisa —le anuncio, y me marcho antes de que pueda impedírmelo.

Cuando regreso con las bolsas de la cocina, me percató de que el grupo de chicas ha desaparecido. Elisa está sirviendo a Héctor y sus amigos, y Marta está tecleando algo en su móvil, pero no hay rastro de Alex por ningún lado. Me acerco a Marta.

—¿Adónde se ha ido Alex? —le pregunto.

—A pintar, supongo —contesta sin apartar la vista de su iPhone—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondo con fingido desinterés—. No tardo —me despido.

Cuando estoy fuera, me acerco a uno de los contenedores y comienzo a arrojar toda la basura dentro. A punto de terminar, mi teléfono suena con una melodía del grupo Aurnyn.

Es un número desconocido.

—¿Hola? —contesto algo insegura.

—Soy Alex.

Me quedo callada unos segundos.

—¿Cómo has conseguido mi número? ¿No me digas que ha sido Marta?

—¿Y eso qué importa? Esta tarde te recojo a la hora de cierre. Estate preparada para cumplir con tu parte del trato.

Antes de que pueda decir nada, cuelga y me deja con la palabra en la boca. ¿Qué ha querido decir exactamente?

—Imbécil —le suelto al teléfono.

Noto un ligero hormigueo en el estómago que aumenta según regreso a La Abuelita. Siento que floto a cada paso que doy.

## Capítulo 22



Después de haber cerrado La Abuelita a las ocho, me encuentro temblando de frío en medio de la calle, hasta el punto de que ni siquiera puedo sentir los dedos. Preocupada, veo como el vaho sale de mi boca en cuanto tomo otra calada de aire nocturno.

Echo de menos mi vieja gabardina, que Miguel todavía no me ha devuelto, pero eso no es lo que más me inquieta. Delante de mí, Alex me estudia con la nariz fruncida. Parece que mi conjunto deportivo barato no le hace demasiada gracia, pero todavía no ha comentado nada al respecto.

—Sube —me ordena.

Se ha quitado el casco y va despeinado, el pelo le cae revuelto por la frente. Pero eso lo hace aún más *sexy*, sobre todo subido sobre una moto negra y brillante. Mis ojos se sienten atraídos como por un imán y tengo que hacer un gran esfuerzo para apartar la vista.

—Prefiero tu pequeña, sólida y cariñosa furgoneta —digo, recordando la descripción que dio de aquel cacharro destartado en el que me llevó la otra noche.

Me froto los brazos y tiro de las mangas de la sudadera para cubrirme parte de las manos. Él sigue el movimiento con los ojos.

—Esta también es pequeña, sólida y cariñosa —responde con un arrullo tentador.

Juega con el manillar, orgulloso.

—¿Y qué ha ocurrido con la furgoneta? —insisto.

—Ya no me sirve.

Arqueo una ceja. ¿Eso es todo? Si ese es su concepto de «dar una explicación», mal empezamos.

—Claro, olvidé tu lema sobre lo de reciclar... —dejo caer.

Alex desvía la mirada, pensativo.

—Ahora me arrepiento bastante de haberte dicho aquello —comenta él con una mueca sarcástica.

—¿También Elisa forma parte de tu colección de muñecas desechables? —le pincho.

Situándose de lado, me observa con curiosidad.

—No creo que realmente quieras saberlo —contesta adoptando un aire misterioso.

Mi interés por saber qué hay entre ellos dos se multiplica. Tiro de una de las asas de mi mochila sobre mi hombro.

—Entonces, ¿puedes responderme solo a una pregunta?

Lo medita unos segundos haciéndose de rogar.

Los ojos me pican de expectación.

—Dispara —cede al fin—, pero luego tendrás que hacer lo que yo diga —me advierte.

Acepto intranquila.

—¿Cómo es que Elisa y tú os conocéis tanto?

Suspira. No parece hacerle ninguna gracia hablar de ello.

—Los dos vamos a la misma facultad. La conocí hace un año. —Hace una pausa que alimenta mi impaciencia y prosigue—: Yo estaba en primero y ella en segundo, pero había una clase en la que coincidíamos —cuenta con la mirada perdida y los brazos apoyados relajadamente hacia delante.

Empiezo a hacer cuentas. Según la información que acaba de darme, Alex podría ser un año o dos mayor que yo, pienso.

—Simplemente... —continúa—, teníamos intereses en común. ¡Eh! —me llama—, ¿estás celosa?

—Ni lo sueñes, chaval.

Sonríe, poco convencido por mis palabras.

—En fin —digo, cortando por lo sano—, ¿de verdad tengo que subirme ahí contigo? No sé, voy a terminar como un cubito de hielo.

Ni loca va a convencerme. Nunca me he montado en una moto.

—Venga, no seas tan quisquillosa. No tardaremos más que unos minutos en llegar —promete.

«Ese es el verdadero problema», me digo.

—Podríamos dejarlo para otro día... —sugiero, y noto que mi voz se va apagando al mismo tiempo que la cara de Alex se arruga más y más.

—¿Vas a echarte atrás?

—¡No! —respondo tajante—. Yo no he dicho eso.

Él sonrío pedante. Otra vez he vuelto a dejarme engañar por él.

—Entonces, toma tu casco.

Me ofrece un casco algo más pequeño que el suyo, de color rojo y con pintadas tribales en los laterales. Con sumo cuidado, lo cojo y me lo ajusto a la cabeza, y luego me quedo quieta sin saber muy bien qué hacer. El sillín está demasiado alto para que yo pueda alcanzarlo con solo levantar una pierna.

—Acércate más, yo te ayudaré —me señala solícito.

A regañadientes, me sitúo a su lado.

—¿Y ahora?

—Pon el pie derecho sobre el pedal y date un fuerte impulso hacia arriba —me indica, tirando de mi pantalón.



—Pero...

—Inténtalo —me ordena.

Cuando lo hago, noto como pasa sus manos por mi cintura y termina de colocarme, dejándome pegada a su espalda. Trago saliva cuando sus dedos acarician levemente mi trasero antes de soltarme.

El roce es tan breve que no estoy segura de si lo ha hecho intencionadamente.

—¿Cómo puedes llevar tan solo una camisa y debajo una camiseta de tirantes con el tiempo que hace? —pregunto con un escalofrío, queriendo desviar mis perturbadores pensamientos.

Alex se remueve hasta colocarse bien y después tira de mis brazos y los acopla con mano experta a su cintura, empujando mi pecho contra él íntimamente. El corazón se me acelera al contacto y temo que pueda oír lo agitado que está, dándole un motivo más para burlarse de mí.

—¿Quieres darme calor? —contesta presuntuoso, con un acento duro e hipnótico que hace trizas la poca resistencia que me queda.

Golpeo con mi casco el suyo, rompiendo su hechizo terriblemente encantador.

—Idiota, ¿me tomas por tu estufa particular?

Se echa a reír, distrayéndome durante un precioso segundo.

De repente Alex arranca el motor, provocando que me agarre a él con más fuerza. Luego, sin avisarme, pisa el acelerador y salimos disparados hacia delante.

Inconscientemente, cierro con fuerza los párpados.

—¡Oh, Dios mío! ¡No vayas tan rápido! —grito.

El viento helado nos azota como un latigazo cuando Alex gira por una esquina para torcer a la derecha. Lo está disfrutando endemoniadamente.

—Tienes que dejarte llevar —me aconseja alzando la voz para que lo oiga.

—Si hago lo que dices, acabaré de bruces contra el asfalto —replico con un tono estridente que no me pertenece.

Él suelta una refrescante carcajada y a continuación para frente a una tienda que parece abandonada, con aspecto de empresa de paquetería y en cuyo letrero pone: DE VUELTA AL HOGAR Y A DONDE TU CORAZÓN NOS LLEVE. Con un eslogan tan cursi, comprendo por qué este sitio debió de irse a la quiebra; lo que no entiendo es la razón de que estemos aquí.

Le miro interrogante.

—Ya hemos llegado —anuncia feliz.

Pestañeo. No habremos tardado más de diez minutos desde mi lugar de trabajo.

Alex despliega una especie de pata metálica para apoyar el peso de nuestro vehículo.

—Baja —me apremia.

Le dirijo una mirada mordaz.

En respuesta, él se encoge de hombros, lo que solo me deja una alternativa, voy a tener que arreglármelas sola, pero entonces gira medio cuerpo y me levanta sin

esfuerzo, dejando mi culo unos centímetros por encima del asiento almohadillado. Automáticamente, mi respiración se detiene y me veo obligada a tragar una larga bocanada de aire que alza mi pecho hacia delante. Muy consciente de todo, noto como sus dedos me queman a través del tejido algodonoso, repartiendo una cálida sensación dentro de mí que elimina el menor rastro de frío.

Con el casco negro puesto y sin apenas luz, únicamente veo los ojos ensombrecidos de Alex a través de la visera, pero es suficiente para saber que no soy solo yo la que está afectada por lo cerca que estamos el uno del otro. Vuelvo la cabeza perpleja.

—¿Estás nerviosa? —pregunta.

Paso la pierna izquierda y consigo bajarme con un salto.

—¿Entramos? —digo eludiendo la respuesta mientras cuento hasta cinco en silencio. Me restriego las manos por los brazos—. Aquí hace demasiado frío para hablar —añado para suavizar.

Alex asiente, y los dos vamos hacia la puerta. Con una falsa calma, espero a que abra.

—Bienvenida a mi estudio, Beca.

En ese momento, enciende como por arte de magia todas las luces y puedo ver una gran estancia pintada de blanco, con suelo de moqueta negra. En la esquina derecha del fondo hay una habitación cerrada con candado que despierta mi interés de inmediato.

Al notar que ya he terminado con mi primera evaluación del sitio, Alex cruza hasta el centro de la habitación y me invita a seguirlo. Me sorprende lo limpio y ordenado que está todo: apenas hay muebles, y lo único que da color al lugar es una mesa llena a rebosar de tubos de óleo junto a una paleta, un caballete en el que hay un lienzo sin estrenar, y un sillón rojo como la sangre que destaca en contraste con la pared blanca de la izquierda y con las mariposas de diferentes tamaños y negras como el carbón que hay pintadas en ella. El conjunto es elegante, aunque a un mismo tiempo resulta frío.

—Siéntate donde quieras.

Le miro de reojo. ¡Como si tuviera mucho donde elegir! Bufo y me acomodo en el sillón con placer, dejando la mochila a un lado. Es sumamente agradable.

Alex desaparece en lo que intuyo debe de ser el cuarto de baño y, cuando regresa, lleva en las manos una palangana de la que sube hacia el techo vapor caliente. Con naturalidad, la coloca junto a mis pies y me observa a través de sus rasgados ojos antes de comenzar a desatarme una de las deportivas.

—¿Qué estás haciendo? —digo alarmada en un intento de resistirme—. ¿Vas a desnudarme ya?

Siento un vuelco en el pecho.

Alex tira del calcetín, dejando mi piel al descubierto, y masajea con lentitud mortificante la planta de mi pie sensibilizándolo todavía más.

—¿Eso es lo que te gustaría? —me provoca con un gesto torcido de satisfacción.  
Marca con un beso sensual y ardiente la cara interna de mi tobillo.  
La sangre parece estallar en mis venas, haciéndome enrojecer.  
—No lo vuelvas a repetir —le advierto con voz débil.  
Me muerdo el labio inferior y me parece oír su respiración entrecortada.

## Capítulo 23



Nuestras miradas se funden cálidamente, despidiendo pequeñas ráfagas de fuego entre ambos. Abro la boca y dejo escapar un suspiro de alivio cuando sus dedos hacen presión en las yemas de mi pie descalzo y dolorido por la larga jornada de trabajo en el bar.

—¿Qué es lo que no quieres que repita? —me incita Alex, mientras agacha la cabeza hasta prácticamente rozar sus labios contra mi empeine—. ¿O se trata de...? *¿Eso es lo que te gustaría?* —se burla.

Noto que su voz está varios tonos más grave de lo habitual.

—¿Cómo vas a pintarme? —digo al fin.

Sé que voy a perder si sigo su juego.

Mientras me analiza por segunda vez, parece estar arrancándome la ropa. Y a pesar de que es Alex el que está de rodillas y yo quien le observa desde arriba, me siento bajo su entero control.

—Voy a comenzar con unos esbozos. ¿Estás nerviosa?

—Ja, ja. ¿Me creerías si digo que no?

Las palabras casi se me atragantan. Él sonrío tranquilizándome.

—Haré que te relajés —me asegura sin ápice de duda.

De pronto los latidos de mi corazón toman un intenso ritmo, permitiéndome apenas un instante de paz para comprender todas estas emociones nuevas y locas que me embargan cuando Alex me toca o me habla.

—¿A cuántas chicas les has dicho ya eso en tu estudio?

—Tú eres la única y la primera —responde de inmediato.

Lo miro desconcertada.

—No me gusta traer rollos a mi lugar de trabajo. A la larga siempre se convierte en un problema —explica sin darle mucha importancia.

Inclino la cabeza hacia delante.

—Entonces... ¿qué soy yo para ti, Alex?

Me coge de la barbilla tirando de mi rostro hacia él de tal forma que no pueda evitarlo.

—Tú, Beca, eres mi musa.

Al escucharlo, me entra un repentino deseo de cubrirme para que no vea el modo en que aquella confesión me ha alterado.

—Deja de tomarme el pelo, ya estoy cansada de los tíos que hacen eso. —Hago una pausa—. No soy ninguna idiota y tampoco soy una niña, Alex.

Él se echa hacia atrás, pensativo.

—No era esa mi intención, Beca. Tú me gustas, y no te habría traído a mi estudio si no fueras diferente a las demás.

Desliza la cara externa de la mano por mi mejilla con suavidad, robándome por un breve segundo el aliento. Ahora está tan cerca de mí que casi puedo oír el latido de su corazón según respira. Palpa mi cuello hasta donde le permite mi sudadera, que observa con frustración. Su mandíbula se tensa como si estuviera a punto de decirme algo, pero entonces acerca de repente su boca contra mi oído, cambiando de padecer.

—Eres preciosa.

Besa ligeramente el lóbulo de mi oreja, arrastrando sus incisivos por encima de él con una delicadeza sublime que derrite cada fibra de mi ser, y luego recorre mi cuello con pequeños y diabólicos besos hasta llegar a la mandíbula pero sin llegar a rozarme los labios, esquivándolos premeditadamente. Es una dulce tortura.

—No te muevas, ahora vuelvo —me advierte.

Se levanta y se dirige de manera precipitada hacia su mesa de trabajo. Toma un cuaderno y un lapicero de un bote gris. Luego tira de una silla giratoria que no había visto antes y la coloca delante de mí. Como si le faltara algo, da un par de vueltas más por la habitación y regresa con una gran sonrisa. Se sitúa frente a mí y me examina con concentración. Sus ojos van directos otra vez a mi sudadera.

—¿Me permites quitártela? —me pide con mucho tacto.

Lo observo con recelo.

—No te gusta mucho mi sudadera, ¿verdad?

—Para serte sincero, no. Pero no se trata de eso —me asegura rápidamente al ver mi expresión—. ¿Cómo te lo diría? —Se rasca la cabeza—. Me corta el rollo.

—Uhm... Bueno, pero lo haré yo misma —acepto poco convencida.

Caigo en la cuenta de que debajo solo llevo una camiseta de tirantes.

—Perfecto, estás fantástica. Solo...

—Solo... ¿qué? —salto a la defensiva.

Da un paso hacia delante y se agacha. Con un movimiento casi invisible, me suelta el pelo, dejándolo caer en hondas sobre mis hombros.

—Increíble —dice maravillado y con los ojos brillantes de emoción.

Me echo a reír ante tal cantidad de halagos.

—Eres todo un seductor, ¿no?

Suelta una carcajada antes de sentarse y comienza a trabajar.

—Quédate tal y como estás, por favor —murmura ya metido en su papel.

Después de un rato mirando en silencio, comienzo a aburrirme.

—¿Te falta mucho? —pregunto.

—Nada, apenas unos minutos —contesta sin siquiera levantar la vista de su bloc. Resoplo.

—¿Puedo verlo ya? —le pido con curiosidad.

—Aún no.

—Vale —contesto ya más que impaciente—. ¿Desde cuándo pintas? —me intereso, incapaz de quedarme callada durante más tiempo.

Alex deja de dibujar y me mira, pero no me permite ver lo que ha hecho.

—Desde los doce años —se limita a responder.

Se dobla sobre el estómago para dejar el cuaderno a buen recaudo.

—Voy a recompensarte —dice.

Con la mano libre, termina de quitarme la otra zapatilla, descalzándose por completo, y hunde mis pies en el agua del recipiente que antes colocó en el suelo. Al principio me sobresalto pero, antes de que pueda reaccionar o quejarme, Alex se me acerca, cubre mi boca con la suya y se apodera de ella, castigándome adorablemente con su lengua. Su sabor es dulce y tiene un suave matiz a café que me despierta y me seduce, excitándome. Rendida, juego con él, haciendo más sus caricias húmedas, provocándolo para que arrime más su cuerpo contra el mío, hasta que lo oigo jadear. Cuando comienzo a retirarle la camisa hacia atrás, lanza una maldición seguida de un gruñido y se queda quieto. ¿Qué he hecho mal?

Se aparta lentamente, todavía con un destello candente en sus pupilas que enciende mi sexo y lo oprime de deseo. Su mirada me lo dice todo.

—Hoy deja que solo sea yo el que te dé placer a ti, Beca.

Inhalo profundamente y reúno todo el coraje que puedo de mi cuerpo para responderle.

—Está bien —accedo. De pronto me siento muy torpe—. ¿Qué tengo que hacer?

Me recompensa con una cálida sonrisa que me estremece y hace magia en mi estómago. En ese momento miro las mariposas de la pared y realmente siento que están vivas dentro de mí; de otro modo, no puedo encontrar una explicación a todo esto que me está ocurriendo con Alex.

—Únicamente, disfruta —responde con la voz ronca.

Frota mis pies en el agua, el uno contra el otro, y después los saca y deja que goteen unas milésimas de segundo. Cuando creo que va a remojarlos de nuevo, sopla sobre ellos con sus ojos clavados en los míos de forma perturbadora, produciéndome un agradable escalofrío por toda la columna vertebral. Bajo los párpados con placer.

—Dijiste que corrías. ¿Por qué lo dejaste? —El acento masculino y sensual de su voz hace que me cueste pensar en lo que me ha preguntado.

Exhalo un suspiro, intentando concentrarme.

—Después de las clases, el trabajo de repartidora de lunes a viernes y el de camarera en La Abuelita los fines de semana, apenas me queda tiempo libre para hacer lo que quiero. Tuve que tomar... tomar una decisión. —Logro terminar la frase a duras penas.

Alex ha empezado a lamerme los dedos del pie uno a uno, y yo los encojo.

—No hagas eso, me da vergüenza —le suplico acalorada.

—¿Por qué? —me provoca él con diversión.

—No están perfectos —digo con sencillez mientras intento soltarme.

—No corres, pero aún sigues caminando mucho, ¿verdad?

Me echo hacia atrás, reflexionando sobre su comentario, y recojo mis piernas contra mi pecho, para evitar tentaciones.

—¿Por qué trabajas tan duro, Beca?

Alex apoya la mano izquierda en el respaldo de su silla y la otra en la rodilla de la pierna derecha con una pose relajada, dispuesto a escuchar.

—Hace dos años... —empiezo a decir, y me interrumpo. Pestañeo y miro los focos del techo. Cuando vuelvo a bajar la cabeza, todo parece más brillante—. Fue al regresar de una excursión de fin de curso. Yo aún no había comenzado el bachillerato... —Deslizo un dedo por el reposabrazos del sillón rojo—. Al llegar al instituto, todos los padres de mis compañeros estaban allí para recogerlos con una gran sonrisa en sus caras, pero mi madre tenía una expresión desconsolada que hasta entonces nunca le había visto. Me dijo que mi padre nos había abandonado con las tarjetas de crédito llenas de números rojos. El banco se quedó con nuestra antigua casa, y él, la persona con la que se había casado mi madre y que para nosotros era un ejemplo a seguir, ni siquiera dejó una nota para despedirse de su familia. —Me muerdo la lengua intentando contener el dolor y las ganas de llorar—. Desde entonces, nos hemos matado a trabajar para salir adelante sin su ayuda.

Alex se levanta y me abraza, llenándome con su olor. Su aliento me hace cosquillas sobre la cabeza al respirar, pero es una sensación placentera y cómoda.

—Después de todo este tiempo, ¿has vuelto a saber algo de él?

Alzo la cabeza y examino su cara a través de mis pestañas. Parece enfadado.

—No. Después de que discutiera con mi madre, desapareció y no volvió a comunicarse con nosotros.

—Menudo gilipollas —murmura furioso.

De algún modo, el hecho de que esté cabreado por algo que me afecta a mí me hace sentir bien.

—¿Sabes? Es curioso que la primera vez que te viera fuera poco antes de que todo esto pasara.

—¿A qué te refieres?

Se echa hacia atrás. Parece confuso.

—A aquella vez que nos vimos en el aeropuerto, ya te lo dije cuando nos reencontramos en la discoteca.

Él arruga todavía más el ceño, sin comprender. Ladeo la cabeza.

—Alex, ¿sigues sin acordarte?

Le resumo todo lo que ocurrió, pero a medida que vamos hablando él se muestra más y más preocupado. Cuando acabo de contárselo, el gesto de su boca es serio.

—Beca, la persona que acudió en tu ayuda no fui yo, creo que fue mi hermano —me revela con inquietud.

De repente, todo comienza a encajar.

—¿Tu hermano?

Mis ojos se abren desmesuradamente ante la noticia.

—Sí, Eduardo. Mi hermano mayor.



## Capítulo 24



Acaba de decirlo, pero yo aún no puedo creer que sea verdad.

—Eduardo... —repito en voz alta, intentando asimilar la información—. ¿Estás seguro?

Alex se levanta, pero no dice nada. Está extrañamente tenso.

Me pongo de pie sobre el sillón para poder estar a su altura y lo examino de arriba abajo con curiosidad casi morbosa.

—Es increíble el parecido entre ambos —murmuro más para mí misma que para él.

Noto que Alex arruga la comisura del labio, convirtiendo el gesto en una sonrisa que no termina de florecer en su boca.

—Supongo —contesta dándome la espalda.

Se mete en el cuarto de baño otra vez, dejándome sola en la sala.

—Espera, no te vayas aún, tengo más preguntas —le pido dando un brinco, pero hace caso omiso.

¿Qué le he hecho para que se haya puesto de tan mal humor? Enfurruñada por su falta de comunicación, me siento al estilo indio dispuesta a aguardar su regreso, pero entonces oigo el sonido de la ducha. Dejo pasar unos minutos.

—¿Alex? —lo llamo.

Al no recibir respuesta, me escurro de mi asiento aún descalza y, de puntillas, asegurándome previamente de que todavía se oye el ruido del agua al caer, tomo el bloc y echo un vistazo.

Lo que veo me deja anonadada.

—¿Te gusta? —Es la voz de Alex. Acaba de salir y está frotándose la cabeza con una toalla mientras mantiene la otra sujeta a la cintura.

Abro la boca, sintiendo que me he quedado sin voz. Varias gotas le recorren el abdomen y mueren bajo su ombligo de manera tan sexy que debe de ser pecado. Mis ojos lo recorren ávidos: tiene una piel brillante y blanca que resalta su pelo oscuro y su mirada azul. Es como si fuera un ser irreal sacado de una novela erótica.

—¿Que si me gusta qué? —pregunto atropelladamente.

Alex da unos pasos hacia delante y me observa con una mueca de suficiencia.

—Mi trabajo, por supuesto —me responde burlón.

«Es todo un vanidoso», pienso indignada. Me vuelvo y expulso el aire contenido,

tratando de calmarme.

—¿De verdad era necesario que te ducharas ahora? —le recrimino eludiendo el tema y fijando la vista únicamente en la pared de las mariposas. Cuanto más la miro, más creo que le falta algo...

—Beca, si te tengo a ti cerca, sí. —Se queda callado como si algo le molestara—. Puedes continuar negándote a ti misma que tú también lo sientes, pero a tu cuerpo no. Sobre él no tienes control.

Ese comentario tan directo hace que se me seque la garganta. Me doy la vuelta para enfrentarme a Alex y, de nuevo, tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no perderme en sus pectorales humedecidos bajando y subiendo al respirar. Mis pupilas ya están absortas en el recorrido tatuado de su hombro que asoma levemente hacia delante. ¡Oh, mierda!

—¡Vístete, por favor! No puedo mantener una conversación seria contigo si sigues así... —Me retengo, las palabras no me salen, por lo que le dedico una mirada furiosa.

—Así... ¿cómo? —contesta pavoneándose con evidente diversión.

Me cubro la cara. «Idiota, idiota», me digo.

—No voy a mirarte —le advierto muy nerviosa—. Contaré hasta cinco y si no te has puesto ya tu ropa, juro que me largo de inmediato.

—¿Beca?

—¿Qué?

Alex me abraza contra su pecho empapado, mojando mi camiseta de tirantes. Al mismo tiempo, el sujetador me empieza a estorbar de manera angustiante.

—No voy a besarte si tú no lo haces antes —gruñe por encima de mí.

¿Qué demonios intenta demostrarme?

—Uno... —digo comenzando a contar—, dos..., tres... —clavo las uñas en su vientre con la nariz rozando algo más arriba su cuerpo—, cuatro... —Continúo retrasándome unos segundos de más. Mis palabras salen calientes sobre su piel, formando un círculo seco. Estoy sudando—. Cuatro y medio, Alex.

Él no se inmuta ante mi último aviso.

—¿Alex? —le llamo.

—Uhm... —contesta de forma tosca.

—Eres demasiado alto —digo en voz baja.

Inclino la cabeza hacia atrás todo lo que me permiten sus extremidades cruzadas a mi espalda. Alex me estudia con recelo.

—Si no te agachas no podré... —comienzo a decir tímidamente.

Al entender adónde quiero llegar, Alex se echa a reír y me alza sin esfuerzo. Por instinto, paso mis piernas a su alrededor y atrapo su rostro entre mis manos dejándome guiar por una pasión salvaje que no creía tener dentro de mí. Solo es un instante lo que me lleva tirar a la basura todas mis inquietudes y lanzarme contra él. Succiono sus labios hambrienta de su sabor y los mordisqueo hasta que logro que se

abra a mí con deseo, pero él se me adelanta penetrándome impaciente con su lengua hasta el fondo, y yo, como si antes no hubiera tenido la capacidad para disfrutarlo, siento el *piercing* de acero ahí, restregándose diestramente contra mi cavidad, enloqueciéndome mientras él aprieta y pellizca suavemente mi trasero. Tiemblo violentamente frotándome contra el cuerpo de Alex, y apenas me doy cuenta cuando me apoya contra el sillón, me separa las piernas y me coloca cada una sobre un reposabrazos.

Se aparta permitiendo que ambos tomemos aire.

Estoy jadeando y él también. Me mira con expresión sedienta y pone una mano en la costura superior de mis pantalones pidiendo permiso.

—Aún podemos detenernos —me recuerda—. No haremos nada que tú no quieras.

Su expresión es sincera y agradezco su gesto, pero yo ya no puedo pensar en otra cosa que no sea continuar.

—Por favor, no te detengas —le suplico.

Hago un puchero insinuante, lo que es suficiente para que me prive de la prenda con un erótico tirón.

Se inclina hasta mi estómago y me planta un beso.

—Eres adorable, Beca. Solo tú puedes ser mi musa.

Pongo un dedo en su boca para que no siga hablando, y Alex lo toma entre sus labios y lo lame haciendo fricción con su lengua en él. Siento un placentero cosquilleo en mi vientre que aumenta deliciosamente con su caricia. De repente se detiene y baja una mano hasta mi sexo, deslizando dos dedos a través de mis bragas blancas con ositos. ¡Oh, no! ¡Olvidé que llevaba precisamente esas!

Mi cuerpo se arquea hacia arriba al primer contacto, haciéndome enrojecer de vergüenza.

—¡Alex! —gimo, intentando impedirselo.

Él me acalla de manera animal y exigente. No obstante, no tarda mucho en volver a atormentarme haciendo mover habilidosamente las yemas de sus dedos entre mis piernas, por lo que tengo que cerrar con fuerza los párpados para no gritar. Me agarro al cuello de Alex y hundo mis dientes en su hombro.

—¡Dios! —gruño.

Él ignora mis súplicas y acelera el ritmo, sacándolos y volviéndolos a meter descaradamente, sensibilizando el punto de mi deseo con cada arremetida.

—Estás húmeda solo para mí, cariño —murmura con un acento duro que hace que quiera arrancarle la toalla todavía sujeta a su cintura.

La sangre parece agolparse en mis oídos, mientras de mi interior surge un temblor que crece y avanza cada vez con más intensidad, como una ola de fuego que va llevándose todas mis fuerzas a su paso. Intento mirar a Alex pero lo veo borroso, a pesar de que mis otros sentidos se han avivado enormemente. De pronto, mi estómago se curva y hace que se alce gran parte de mi cuerpo, a la vez que una

poderosa onda expansiva me recorre y me sacude entera una y otra vez.

—Alex... —grito.

Él pasa un brazo por debajo de mí y me estrecha contra su cuerpo.

—¿Ha estado bien? —me pregunta con verdadero interés.

Le acaricio la mejilla y sonrío satisfecha con una sensación de sueño agradable y plena.

—¡Oh, madre mía, Alex! ¡Ha estado más que bien!

Sus facciones se relajan.

—Gracias, nena. Ahora descansa —dice en un arrullo adormecedor—. Te despertaré dentro de un rato.

«Eso haré», me digo silenciosamente. Después de todo, acabo de tener mi primer orgasmo y ha sido realmente bueno. Bostezo soñolienta y me dejo llevar. Casi no percibo la manta con la que Alex me tapa, y tampoco entiendo del todo las palabras que susurra junto a mi oído y que hacen que ponga una tonta sonrisa de felicidad. Parecen pertenecer a otro idioma muy lejano.

Al cabo de unos diez minutos suena mi teléfono, arrancándome del estado de adormecimiento. Lo saco con torpeza de mi mochila y contesto.

—¿Dónde narices te has metido, Rebeca?

—¿Mamá?

Miro la hora y descubro lo tarde que se ha hecho. Levanto la vista y veo que Alex está pintando en el lienzo. El sitio huele a aguarrás y óleo. Se gira y me devuelve la mirada. De inmediato, le pido que se mantenga en silencio.

—Hemos tenido que hacer la caja. Se me pasó avisarte. Lo siento, mamá. En veinte minutos estoy allí —le prometo rápidamente, y cuelgo antes de que pueda lanzarme otro grito—. Alex, por Dios, llévame ahora mismo a casa.

Sin dar ninguna explicación más, corro de un lado para otro recogiendo mis cosas y me encierro en el baño. Mi madre me va a matar.

## Capítulo 25



Cuando llegamos a la puerta de mi edificio nos quitamos los cascos a la vez.

—Buenas noches, Alex —le digo, queriendo llenar ese hueco de silencio que se ha instalado entre nosotros en el viaje de vuelta.

—Buenas noches, Beca —me contesta. Su expresión es indescifrable.

A punto de echar a correr me paro en seco y me vuelvo, aunque sé que mi madre está esperándome arriba.

—¡Ay! Todavía tengo que devolverte las zapatillas —reconozco abochornada.

—No las necesito ahora, puedes dármelas otro día —contesta Alex.

Miro intranquila la hora en mi reloj.

—Vaya, es muy tarde... ¡Me va a caer una buena bronca!

Alex frunce el ceño. Giro la cabeza hacia ambos lados, todavía más nerviosa.

—Imagino que nos seguiremos viendo, ¿no? Ahora que mi amiga Marta y tu amigo Carlos salen juntos... —argumento, mientras arañeo con inquietud la correa de mi mochila—. O quizá no, ya que acaban de empezar y tal vez rompan —me corrijo enseguida—. Pero ¡qué estoy diciendo! No me hagas caso, es solo que yo no sé cómo actuar ahora que tú... que tú y yo... —Desvío la mirada—. He hablado demasiado. En fin, ya me marcho.

«La he fastidiado», me digo. «¿Por qué lo he hecho?». Antes de que pueda dar un nuevo paso, noto como Alex tira de la capucha de mi sudadera, obligándome a caminar ridículamente rápido hacia atrás hasta que choco contra él. Me quedo quieta. Alex desliza una mano por debajo de mi camiseta, acaricia mi vientre y va subiendo hasta llegar muy cerca de mis pechos. Aguanto la respiración.

—Beca, todavía no hemos terminado. ¿Lo recuerdas? Tenemos un trato.

Con la punta de su nariz traza un recorrido desde el nacimiento de mi pelo hasta el principio de mi coleta e inspira profundamente, produciéndome un sensual estremecimiento.

—Te mandaré instrucciones para nuestra próxima cita. —Tira del puente de mi sujetador y yo, sobresaltada, expulso todo el aire contenido—. No permitiré que te echés atrás.

Me suelta muy lentamente, tocándome apenas, y luego, cuando creo que todo ha terminado, me vuelve hacia él y me besa tiernamente. Se me pone la piel de gallina.

«Maldito arrogante», pienso con rabia.

—¿Qué pasa si no cumplo? No he firmado nada —le recuerdo con una sonrisa rebelde.

—Dulces sueños, mi musa —se despide, zanjando el asunto.

Enfadada, avanzo a grandes zancadas hasta las puertas todo lo deprisa que puedo y saco las llaves. Poco antes de entrar, preocupada, echo un vistazo de refilón. Alex se ha quedado a esperar a que esté dentro. No me cabe duda alguna de que él también piensa que Miguel podría regresar.

Enciende las luces y no veo a nadie. Todo está en calma, así que me llevo una mano al corazón con alivio y subo por el ascensor.

Cuando llego a casa es ya bastante tarde. Mamá ha acostado a Natalia, y solo Víctor permanece despierto, estudiando en la cocina. Miro insegura por el pasillo. No creo que mi madre tarde mucho en aparecer.

—¡Hola, Víctor! ¿Y mamá?

—En el baño. Lleva un rato espiondo por la ventana a ver si venías —me advierte con voz cansada.

No es buena señal.

—¿Tienes examen? —pregunto mientras me dirijo hacia la nevera, fingiendo una calma que no siento.

—Dentro de dos semanas —contesta mi hermano con desinterés.

Saco el envase de la leche y cojo una taza para hacerme un Cola Cao.

—¿No viene contigo ese imbécil?

Estoy a punto de meter el recipiente en el microondas, pero me detengo bruscamente.

—No —respondo escueta.

—No es bueno que regreses sola a casa tan tarde —me recrimina él.

—¿Vas a seguir hablando como un viejo cascarrabias? —me burlo, revolviéndole el pelo.

Él se aparta molesto y entrecierra los ojos. Nadie creería que solo tiene quince años.

—Oye, Beca. ¿No te extraña que ni siquiera le preocupe si algún mal tipo te ataca y te roba el bolso? —Aunque no lo mencione, sé que de nuevo se refiere a Miguel—. Esta semana en las noticias han avisado de que hay un ladrón peligroso por nuestro barrio.

Resoplo.

—En respuesta a tu primera pregunta, de si me parece extraño o no, no es algo en lo que debas inmiscuirte, ¿no crees? —Hago una pausa y lo abrazo por sorpresa por detrás—. Pero si lo que te inquieta es que pueda ocurrirme algo al regresar del trabajo, pediré a un amigo que me acompañe hasta que hayan capturado a ese hombre. ¿Satisfecho?

—¿A un amigo? —Vuelve un poco la cabeza y me mira enarcando una ceja—. ¿Y por qué no al inútil de tu novio?

—Eh, cuida esa lengua, no me gusta que hables así —le regaña—. Pero como tú mismo has insinuado, no me sería de gran ayuda. ¿No crees que al final tendría que ser yo la que lo salvara?

Víctor se muerde los labios para no soltar una carcajada. Sospecho que desde la desaparición de papá intenta ejercer como hombre de la casa, lo que hace que sienta el doble de remordimientos por no contarle toda la verdad.

—Ese flojo no duraría ni dos golpes —dice pensativo. Tacha varios ceros del resultado de una multiplicación en su libreta y juega con el lapicero—. Puedo hacerte un gas pimienta. Esta tarde he estado buscando la receta en Internet y parece bastante fácil.

—¿Que has hecho qué?

—Sí —asiente emocionado con un gesto de cabeza—, creo que aquí en la cocina tenemos todos los ingredientes que necesitamos. Algo de alcohol y, bueno..., pimienta, por supuesto.

Parece estar tomándoselo muy enserio.

—Ni hablar, puedes quedarte ciego jugando con esas tonterías, y yo no necesito gas pimienta —le aseguro. Pienso en la manera en que Miguel se presentó a buscarme en el portal, con toda la cara magullada por la pelea con Alex.

El microondas suena en ese momento, avisando de que ya está mi cena.

—¿No vas a comer nada más?

Esta vez es mamá quien ha hablado. Entra en la cocina y se deja caer agotada en una silla, al otro extremo de la mesa.

—Hola, mamá —la saludo, intentando ganar algo de tiempo—. Tengo el estómago cerrado —le contesto después de dar un sorbo a mi vaso. Rápidamente, empiezo a entrar en calor.

Espero que mamá no haya visto la forma en que Alex me ha agarrado por detrás y después me ha besado.

—Te estás quedando muy delgada —afirma, examinándome de arriba abajo—. No creas que me engañas bajo esas holgadas ropas que llevas. ¿Por qué no te compras algo bonito con lo que ganas de tu trabajo?

Suspiro. Me vienen a la mente las bragas de ositos. Quizá tenga razón.

—Estoy cansada de esa conversación, mamá. Sabes que no llegaremos a ningún acuerdo en lo que a mi dinero se refiere. Nos hace falta para los gastos de la casa, entre otras cosas... —digo rechazando la idea de inmediato, poniéndole caras a Víctor.

—Víctor, tesoro. ¿Por qué no te vas a estudiar al salón? Tu hermana y yo tenemos que hablar.

Mi hermano nos mira a ambas con la mandíbula apretada, pero, como siempre, cede sin rechistar ante la petición de nuestra madre. ¡Oh, no! ¡Me espera una buena!

—¿Por qué has tenido que echarlo? Con que hubiéramos dejado el tema habría sido suficiente.

—Hija, ¿ha ocurrido algo?

Le doy la espalda y me apoyo sobre la encimera, sintiendo una repentina incomodidad.

—Ayer, desde la ventana, te vi llegar en el coche de otra persona y hoy te he visto llegar en una moto. El chico que te ha acompañado a casa no era Miguel. ¿Me equivoco?

—Si ya lo sabes, ¿por qué preguntas? —respondo a la defensiva.

Mamá no dice nada durante unos segundos, y yo tampoco.

—Miguel es un buen chico, no deberías jugar con sus sentimientos. Ya sabes lo mal que lo está pasando últimamente por su madre.

Su voz suena demasiado dura para mis oídos.

—Sé lo mucho que te gusta Miguel, mamá, así que tranquila.

Me cuesta mantenerme en pie, y las pocas fuerzas que me quedan son fruto de la adrenalina que estoy acumulando contra mí misma, por ser tan cobarde y deshonesto con ella.

—Eres mi hija y te quiero mucho —empieza a decir mi madre—, por eso me dolería ver que te conviertes en alguien que no tiene en cuenta a los demás. Solo te lo digo.

Me pongo a lavar la taza en el fregadero.

—Se supone que esta tarde Miguel nos iba a traer las patatas que sus padres han recogido en el huerto de sus abuelos, pero no se ha presentado.

De nuevo, está la pregunta implícita en sus palabras.

—Pues no sé lo que le habrá ocurrido, a mí tampoco me ha llamado —digo con impaciencia.

—¿No tendrá algo que ver con ese chico que te ha traído estas dos últimas noches? Porque es el mismo, ¿no?

Guardo el vaso en el armario sin ninguna sutileza y me doy la vuelta, ofendida.

—¡Mamá! No voy a seguir con esta conversación.

—Rebeca, no tienes ningún derecho a hablarle así a tu madre. Todo lo que te he dicho es por tu propio bien.

Me paso la mano mojada por los ojos y parte de la frente.

—Lo sé. Lo siento, mamá. Es solo que ahora necesito descansar, mañana tengo que madrugar —me excuso con una débil sonrisa.

Me acerco a ella y le planto un beso en la mejilla al mismo tiempo que la abrazo.

—Perdóname. ¿Sí?

Su cuerpo se relaja considerablemente, aunque sé que continúa preocupada y que lo único que he logrado es aplazar la conversación para más adelante.

—Duerme bien, cielo.

—Igualmente, mamá.

Cojo mi mochila y me dirijo al cuarto de baño. Allí, sola conmigo misma, me permito llorar en silencio. Al cabo de un rato, saco el retrato que me regaló Alex y me



quedo mirándolo hasta que comienzo a parpadear de sueño. Con sigilo, apago las luces y me meto en mi habitación. Sobre mi mesilla han dejado una nota. La enfoco con la pantalla del móvil para no despertar a Natalia.

«Óscar te ha llamado. Dice que es importante que te pongas en contacto con él lo antes posible».

## Capítulo 26



—¡Eh, Beca!

Marta me llama insistentemente y en voz baja desde el pupitre situado a mi izquierda. Automáticamente, me desconecto de la lección sobre posromanticismo de la profesora, alias «Gafas Largas».

—Tía, ¿qué quieres? Estamos en clase —le recuerdo con un murmullo intranquilo. Lleva toda la mañana llamándome por cualquier tontería.

Alzo la vista para comprobar que la profe sigue metida en su papel, hablando con emoción sobre la desdichada vida de su poeta favorito. Una silla por delante de mí, Xavi pasa de todo, concentrado en un jueguecito del móvil con caramelos de colores; parece estar tan pillado como mis hermanos de la consola. Pero por ningún lado veo a Miguel ni a Óscar, que llevan los cuatro últimos días sin aparecer por el instituto, lo que me recuerda que aún tengo una llamada pendiente. Me froto las manos.

Marta gesticula teatralmente para que mire mi teléfono, y yo le respondo negando con la cabeza. Tiro de mi oreja y apunto a la profesora con énfasis, para dejarle claro que no es buen momento.

Oigo un aplauso, y todo mi cuerpo se tensa y se pone en modo alerta.

—Te doy un diez en mímica, Rebeca —dice Gafas Largas en tono cortante, mientras compone una significativa sonrisa. Toma nota en su cuaderno y yo evito dirigir una mirada asesina a Marta—. Espero que en el próximo examen de literatura lo hagas igual de bien.

Todos mis compañeros se echan a reír, haciéndome sentir frustrada. Así que aprieto la mandíbula y me quedo callada, mientras me entretengo dibujando mariposas en mi cuaderno esperando que la hora de clase pase rápido. No obstante, al sonar la campana de salida Gafas Largas se acerca a mi mesa.

—Toma, creo que te gustará, Rebeca. —Me entrega un volumen de rimas de Bécquer con aspecto muy cuidado—. Espero que en mi próxima clase estés más atenta —añade con un guiño de complicidad que ablanda sus rígidas facciones—. Por cierto, mándale saludos de mi parte a tu madre. La receta de crema de calabaza fue un éxito.

Se da la vuelta y abandona el aula sin ofrecerme ninguna otra explicación de por qué me ha dado ese libro. Antes de que pueda abrirlo o sacar ninguna conclusión, ya tengo sobre mí a Marta. Guardo el tomo antes de que lo vea.

—Lo siento, Beca. ¿Se ha pasado mucho Gafas Largas?

—¿Tú qué crees? —salto ofendida—. Gracias a ti me han dado más deberes que a los demás y, encima, he quedado en ridículo delante de todos.

Marta junta las palmas.

—¡Ay, tía! Lo siento. No era esa mi intención. Quería enseñarte algo. Mira tu móvil —me urge, cambiando rápidamente de tema y poniéndose a rebuscar en mi cartera.

Odio esa manía suya.

—Para, loca. Vas a tirar todas mis cosas.

Sin hacerme caso, ella sigue revolviendo en mi cartera y al final saca una lámina que yo había procurado meter en un plástico para evitar que se estropeará.

—Pero ¿qué es esto, Beca? Es alucinante, tía. ¿De dónde lo has sacado? ¿De uno de esos artistas callejeros que se dedican a dibujar guiris por el centro de la ciudad?

Le quito el retrato que me regaló Alex con un sentimiento de traición.

—No toques mis cosas, cotilla —le suelto enfurruñada.

—Bah, tampoco es tan genial —rechaza Marta con la mano—. Mi hermano puede hacerlo mil veces mejor —presume. Entonces, como si se le acabara de ocurrir una idea fantástica, me coge de los hombros—. ¿Por qué no le pides que te haga uno? Estoy segura de que él estará encantado.

Parece haberse olvidado completamente del móvil.

—Ya estoy contenta con el que tengo, gracias —me niego de inmediato, agarrando mi mochila y haciéndome a un lado. Me está cansando.

Marta me sigue de cerca.

—Beca, sería una buena oportunidad para que lo conocieses más.

Echo a andar más rápido y ella acelera también el paso.

—Tía, ¿qué tiene de malo mi hermano? —pregunta.

Tomo el camino de las escaleras que llevan directamente a la salida.

—Sabes que nada. ¿Qué es lo que pretendes, Marta? —respondo al fin.

Mi amiga curva los labios y enlaza su brazo al mío.

—¿Que qué pretendo? Te estoy ofreciendo caviar auténtico, y del caro, para que descartes de una vez ese caviar sucedáneo y barato que es Miguel. ¿No te has fijado? Esa gallina desplumada ni siquiera se atreve a dar la cara después de lo que te hizo. —Hace una pausa—. Eh, no hagas ese gesto. ¿Aún no le has olvidado?

Me entra un ataque de tos repentino. Marta me da unos golpecitos paternales en la espalda, provocando que me sienta aún peor.

—Esta noche Carlos me ha invitado a una fiesta que dan en su residencia. No quiero ir sola, ¿por qué no me acompañas? Di que sí, anda.

Me limpio la boca con el dorso de la mano y la miro de reojo.

—Es entresemana, Marta. Esta tarde tengo que repartir —me excuso. No obstante, pienso en la posibilidad de volver a ver a Alex. Todavía no me ha llamado ni escrito para quedar de nuevo.

—Venga, tía. Nos vendrá bien distraernos un rato y, además, mañana no tenemos clase hasta tercera hora, así que podrás descansar todo lo que quieras.

Le devuelvo la mirada, dudando aún.

—Si es por tu madre, dile que te quedas a dormir en mi casa y listo.

Sonrío.

Cinco horas más tarde, estoy en la habitación de Marta haciendo de maniquí frente a un espejo *vintage* bajo la atenta mirada de mi amiga, que carga con un montón de modelitos sobre el brazo.

—¡Beca! Mira este vestido encorsetado. Está buscando dueño a gritos.

Le echo una ojeada y alzo una ceja. Ni de broma.

—Pues dalo en adopción, Marta. Yo no pienso embutirme en ese diminuto trapo rosa.

—Bestia, acabas de conseguir que se deprima. ¿Verdad que sí, cariño? —le dice al vestido—. Yo te usaré esta noche, no te preocupes.

Me encojo de un escalofrío mientras ella besa la prenda con amor.

—Tía, deja de hablarle así a la ropa. Pareces Gollum.

Marta me saca la lengua antes de dirigirse al armario y ponerse a revolver. De pronto, se detiene y se vuelve hacia mí con gesto triunfante. Agacho la vista hasta sus manos, de donde cuelga una escotada camiseta negra a juego con unos *leggings* a rayas blancos y negros.

—¿Y esto? ¿Qué te parece? —me pregunta levantándolo—. Es un *look* casual perfecto para donde vamos, y puedes combinarlo con esa cazadora de piel negra desgastada que llevas y mis Peep Toes oscuros de rejilla —añade tentadoramente.

Mis mejillas se enrojecen.

—¿Tus pi... qué?

En ese momento alguien llama a la puerta.

—¿Quién es? —grita Marta empujando el conjunto contra mi pecho.

—Soy Héctor. ¿Ya estáis preparadas?

Miro a Marta interrogante. Ella me devuelve una sonrisa de disculpa.

—Mi madre —explica de forma concisa—. Rápido, ve cambiándote —me susurra, gesticulando con las manos—. No entres, Héctor. Danos diez minutos más y salimos —le promete corriendo hacia su vestido.

Ya en el baño, mientras Marta se maquilla, comienzo a sentir una punzada de celos. La observo en silencio un rato y al final ella, que se está pintando los labios, se detiene y me tiende su neceser.

—Coge lo que quieras —me ofrece, sacando una base para la cara.

—Gracias.

Cuando he acabado de maquillarme, Marta arruga el ceño pero no dice nada.

—¿Crees que está bien así?

—Claro, cielo, estás perfecta —me contesta de inmediato. Lanzo un suspiro de alivio—. Perfecta para ir a la misa de los domingos en mi pueblo —agrega con una

mueca de preocupación—. Vamos, siéntate, relájate y confía en mis manos. Voy a hacer de ti un bombón explosivo.

Unos minutos más tarde entramos en el salón. La madre de Marta está respondiendo unos correos en el portátil y Héctor está viendo con su padre un partido de fútbol mientras sostiene un vaso de agua. No me queda duda alguna, él va a llevarnos a la fiesta.

—Ya estamos listas —anuncia Marta alegremente a mi lado.

Cuando Héctor se gira y nos ve, su cara es todo un chiste. Noto como la nuez le da un salto, al tiempo que sus ojos me recorren de arriba abajo varias veces. Finalmente, se levanta y tropieza con la mesa que hay frente al televisor.

—Estáis muy guapas —dice avergonzado, todavía recuperándose de la caída.

Sin poderlo evitar, sonrío complacida. La madre de mi amiga lo observa con interés y me lanza una mirada divertida.

—Pasáoslo bien, e id con cuidado —nos advierten sus padres al salir.

Una vez junto al coche, un Land Rover plateado, Marta me empuja hacia el lado del copiloto.

—¿Qué pasa? —pregunta Héctor antes de subirse.

—Me mareo si voy delante, mejor que vaya Beca.

—¿No era al revés? —la contradice él.

Marta me da la espalda mientras mira a su hermano y, por lo que sea, Héctor deja de insistir y se pone al volante.

—Eh, tía, ¿estás segura? Puedo sentarme atrás contigo —sugiero.

Marta pone los ojos en blanco y tira de mí hacia ella para que solo yo pueda oírla.

—A ningún tío le gusta hacer el papel de taxista, y mi hermano no es una excepción. —Hace un mohín—. Te lo pido como favor esta noche, ¿eh? Anda.

Accedo, y el coche arranca en cuanto nos hemos puesto los cinturones. No tardamos en pasar por la Gran Vía.

Marta se agarra a nuestros reposacabezas.

—¿Sabes, Beca? Mi hermano va a participar pronto en una maratón importante.

Miro a Héctor.

—Eso es genial —respondo de inmediato—. Ojalá yo pudiese volver a correr.

Héctor se aclara la garganta y gira el volante hacia la derecha.

—Si estás interesada, te puedo conseguir una hoja de inscripción para participar —me propone con una agradable sonrisa—. Tendrías que buscar algo de tiempo para entrenar, pero es por una buena causa solidaria. Van a donar la mitad del premio del ganador a una asociación contra el cáncer infantil.

Me fijo en él mientras habla. Tiene un bonito perfil y es un chico amable. Sin embargo, no consigue que sienta lo que Alex me hace sentir con su mera presencia.

—Me lo pensaré —respondo justo cuando llegamos a nuestro destino.

Aparcamos en un descampado donde ya hay varias filas de coches y mucha gente yendo de un lado a otro con enormes vasos de plástico en las manos. La música suena

alta. Echo un vistazo al viejo edificio que tenemos delante y luego al letrero de chapa oxidado que está colgado en la entrada. La residencia de estudiantes parece sacada de una película de serie B.

—¿Es este el lugar? —pregunto desconfiada.

Marta y Héctor asienten a la vez, por lo que sigo sus pasos hasta que llegamos a una gran sala abarrotada de gente. Unos bailan y otros están apoltronados en los sofás, riendo y gritando; en resumidas cuentas, divirtiéndose.

—Acabo de ver a Carlos. Beca, tú ve adelantándote con mi hermano —me dice Marta con un pícaro guiño antes de desaparecer entre la multitud.

«¡La muy bruja, otra vez me hace lo mismo!», pienso.

Me abanico con la mano. Hace calor, pero de momento prefiero no quitarme la chaqueta, por temor a perderla. Héctor se acerca más a mí con ademán protector, haciendo que mi sensación de calor se dispare.

—Beca, ¿quieres que vaya a por algo de bebida?

—No sé, de momento... —Me interrumpo. Acabo de ver a Alex pinchando discos al fondo de la sala—. Sí, por favor. Te esperaré por aquí —me corrijo a tiempo.

En cuanto desaparece, me dirijo hacia donde se encuentra Alex aprovechando los huecos que quedan entre la gente. Por el camino descubro a Marta intercambiando saliva con Carlos, que la acaricia con pasión desenfadada ignorando por completo a todos los que están a su alrededor. Aunque de algún modo tengo la sensación de que he sido utilizada por mi amiga, sigo avanzando hacia delante y, por fin, tras esquivar a un par de parejas, doy con Alex. Pero no está solo. Tiene a Elisa sobre su regazo, ofreciéndole una cerveza con una sonrisa de oreja a oreja. Alex la acepta con una expresión de agradecimiento y sigue pinchando discos.

De pronto alguien me pega un empujón y me hace perder el equilibrio, pero entonces noto como unas manos salidas de entre la multitud me agarran de la cintura evitando que caiga. Antes de volver la cabeza, me encuentro con las miradas de Elisa y Alex, que observan la escena.

Elisa está furiosa, y Alex parece mucho más interesado en un punto situado por detrás de mí.

## Capítulo 27



—¡Te atrapé! —dice una voz femenina a mis espaldas.

Pestaño y compruebo quién es la persona que me ha ayudado. Su cara me resulta conocida.

—Gra... —empiezo a decir.

—¡Por fin! —me interrumpe ella, sobresaltándome—. ¿Dónde te habías metido? —pregunta con total confianza y hablando muy rápido—. Te estaba buscando —me asegura, y acto seguido me coge las manos y las junta bajo las suyas. Me sonrío amigable—. Vamos, ven conmigo ahora mismo.

Tira de mí y, aprovechando mi falta de decisión, logra que nos alejemos a una velocidad extraordinaria de todo el bullicio.

—Espera. ¿Tú quién eres?

Al no recibir respuesta, intento recordar dónde he visto antes a esa mujer. De pronto, me viene a la cabeza la despampanante morena de piernas largas que vi el fin de semana pasado en el aparcamiento del Florida Night, apoyada sobre un Lamborghini rojo. De cerca y con más luz, parece mayor de lo que me pareció la primera vez.

¡Oh, no! Es la acosadora de Alex. ¿Cómo ha podido dar conmigo? Intento soltarme, pero ella me tiene bien sujeta y además me ha clavado las uñas, lo que me dificulta la tarea. Si al menos no hubiera tantas personas alrededor, podría sacar el móvil...

—¿Qué es lo que quieres? —digo alzando la voz todo lo que puedo.

—Ya nos ha visto... ¿Puedes ir más rápido, por favor? —me urge alarmada.

—¿Nos ha visto quién? —me intereso, todavía más preocupada que antes.

—Nos está siguiendo —se limita a contestar.

Miro hacia atrás. Elisa ha ocupado el sitio de Alex. Ahora la música es aún más caótica, pero nadie parece percatarse de ello. ¿Dónde se ha metido Alex?

Yo me resisto agarrándome al marco de las puertas situadas al final de la sala, pero ella, con gran habilidad, me golpea uno de los tobillos con la puntera de una de sus botas y, justo cuando me agacho para frotármelo y calmar el dolor, me empuja con apremio hasta que logra meterme en un ascensor.

El cubículo, de paredes metálicas, es bastante pequeño, pero tiene la suficiente anchura para que quepan al menos tres o cuatro personas. No obstante, la morena

acosadora no espera a que suba nadie más y pulsa repetidamente el botón de la última planta del edificio. Justo entonces aparece Alex ante nosotras, a tan solo unos metros. Nada más vernos, nuestras miradas se cruzan unos instantes y desencadenan un sentimiento fuerte e intenso, pero el momento mágico se rompe pronto, cuando echa a correr hacia nosotras, por desgracia no lo bastante rápido.

Se queda observándonos hasta el último instante. No había visto a Alex tan enfadado desde el día en que nos conocimos, hace dos años. Y entonces caigo en la cuenta de que estoy equivocada. Fue a su hermano a quien vi, no a él. ¿Por qué sigo sin creerlo?

Cuando las puertas del ascensor se cierran, me encojo en una de las esquinas y miro con desconfianza a la mujer. Tiene un bello rostro con ojos almendrados, nariz aguileña y labios generosos pintados de rojo. El conjunto resulta atractivo e inteligente, y vuelvo a pensar que su cara me resulta familiar. No parece una loca o alguien capaz de matar. A pesar de ello, no puedo relajarme. Tengo que pensar en el modo de escapar a la menor oportunidad.

La oigo expulsar el aire ruidosamente.

—Por poco —murmura.

Se muerde una de las uñas.

—Alex no tardará en subir por las escaleras —le advierto con una valentía que no sé de dónde saco—. ¿Por qué quieres hablar conmigo? ¿Y quién eres?

Me estudia a través de sus espesas pestañas durante un par de segundos y asiente.

—Quién soy no es importante en estos momentos —responde con una vena de tensión marcada en la sien. Se queda un instante en silencio, pensando—. Una fuente fiable me ha dicho que Alex te hizo un retrato y después te lo entregó. ¿Es eso cierto? —pregunta, abriendo los ojos y mirándome con suma atención.

Su pregunta me desconcierta y me hace recelar aún más de sus intenciones.

—¿Y tú cómo lo sabes? —me intereso, sintiendo una mezcla de enfado y curiosidad al mismo tiempo—. Es más, ¿cómo has podido dar conmigo?

Reviso la pequeña pantalla con dígitos ubicada a la derecha. Solo queda un piso más para que lleguemos y el ascensor se detenga. La mujer también parece darse cuenta, porque abre su bolso de piel de Louis Vuitton y saca una cartera de Gucci negra. Con elegancia, me extiende una tarjeta blanca y me la ofrece.

—Si quieres saber más cosas de esa persona, llámame. Tú y yo podemos ayudarnos mutuamente. —La puerta se abre—. Y ten cuidado con Alex —me advierte.

Sin decirme nada más, abandona el ascensor. Salgo de inmediato tras ella, pero alguien me coge del brazo y me detiene. Me vuelvo y me encuentro con el rostro furioso de Alex.

—¿Qué te ha dicho? —gruñe, presionándome el brazo y haciéndome daño.

—¡Por Dios, Alex! ¿Por qué reaccionas así? —replico todavía más enfadada que él—. Soy yo la que no entiende nada de lo que está ocurriendo.



—¿Dónde está ella? —insiste muy alterado mirando por detrás de mí. Mis ojos se desplazan a su mano y él me suelta—. Lo siento —se disculpa peinándose el desordenado pelo hacia atrás.

Echo un vistazo alrededor, pero la mujer se ha esfumado.

—Se ha marchado. Tío, ¿qué ocurre con ella? No es solo tu fan, ¿verdad?

La mandíbula se le tensa como si estuviera tomando una decisión importante. Me mira fijamente a los ojos, transmitiéndome un sentimiento extraño que me deja intranquila.

—Beca, yo...

—Héctor, por favor. Tienes que entenderme —dice con desesperación una voz de mujer desde las escaleras. Pronto dejaremos de estar solos—. Estaba ciega por ese imbécil. No dejó de acosarme hasta que accedí a liarme con él, y sí, nos liamos, pero eso fue todo. No hubo nada más, te lo prometo.

Aprieto los labios, haciendo oídos sordos a esa conversación que nada tiene que ver con nosotros. Lo que haya hecho o haya dejado de hacer esa chica no es mi problema.

—¿Qué, Alex? —le animo a continuar.

Él se remueve inquieto. ¡Ojalá pudiera leerle el pensamiento!

—Beca, quizá no deberíamos seguir viéndonos —responde con dureza. Sus ojos brillan tenuemente y algo me dice que no está siendo del todo sincero.

Bajo la vista y me recojo un mechón de pelo detrás de la oreja. Luego respiro lentamente y alzo la cara de nuevo. Él tiene una expresión impasible que me deja helada.

—Alex...

—¿Beca?

Me detengo y me giro al oír mi nombre. Héctor está junto a una chica rubia de mi misma estatura que luce muchas pecas en las mejillas. También ella nos observa perpleja y echa miradas nerviosas a su acompañante. Parece conocer a la persona que está a mi lado.

—¡Héctor! —exclamo sorprendida. Me había olvidado de él por completo.

Me examina con el ceño fruncido y luego mira nervioso a Alex. Algo ha cambiado entre ellos desde que se vieran en La Abuelita hace unos días. Héctor arruga la nariz con hostilidad.

—Beca, ¿qué haces a solas con este tipo? —pregunta claramente preocupado, avanzando un paso para cogerme de una de las manos. Alex nos observa con el puño apretado—. Hace ya un buen rato que fui a por las bebidas y cuando regresé no estabas donde te había dejado. Te he estado buscando hasta ahora.

—Bueno, tío —dice Alex, interponiéndose entre Héctor y yo con una sonrisa ladeada y provocadora—. ¿Tú no has pensado que quizá te quisiera perder de vista? —se burla.

Intento moverme detrás de Alex, pero se ha convertido en un muro difícil de

franquear.

—Estoy hablando con ella, no te metas. —Héctor se endereza. Aunque no es tan alto como Alex, tiene las piernas fuertes de correr y entrenar a diario. No obstante, sé muy bien, por la pelea con Miguel y Óscar, que Alex no es alguien a quien le importe demasiado qué contrincante tiene delante.

Alex se ríe, produciéndome escalofríos.

Una emoción de temor me embarga y me marea a partes iguales. No quiero que nadie resulte herido por mi culpa.

—Lo siento, Héctor. Me encontré con alguien mientras tú no estabas —contesto, con cierto sentimiento de culpabilidad, tras haber logrado, no sé cómo, ponerme delante de Alex.

—Exacto, se encontró conmigo —termina de explicar Alex por mí. Me pasa un brazo por los hombros de forma posesiva y me atrae contra su cuerpo—. Tu chica parece molesta; no deberías interesarte por otras, al menos en su presencia.

Héctor enrojece ante aquel comentario, pero no se echa atrás.

—Jésica no es mi novia —se defiende, y me mira. Tengo la impresión de que está esperando la menor oportunidad para lanzarle un puñetazo a Alex, y siento que eso es justo lo que Alex quiere.

Estudio a la chica. Aún no ha dicho ni una palabra, pero me da la sensación de que no tardará en hacerlo.

—Héctor, no hagas caso a Alex —dice por fin—. Solo quiere molestarte: está celoso de que sea a ti a quien quiera, y no a él —asegura, cogiendo a Héctor del codo. Héctor parece estar conteniendo el aire, algo que no es muy habitual en él. Se gira hacia la muchacha rubia antes de liberarse de su agarre con cuidado.

—Jésica, ya te lo he dicho. Tú y yo no vamos a ser pareja otra vez —le explica en un tono sosegado, igual que si se estuviera dirigiendo a una niña.

Está claro, ella debe ser la exnovia de la que Marta nos habló. Trago saliva.

—Pero, cosita, sabes que solo estás confundido, es a mí a quien quieres —insiste ella alzando la voz con un timbre agudo molesto.

—Hemos acabado, Jes —repite Héctor.

Alex se aclara la garganta.

—Muy tierna toda la escena de los dos tortolitos, pero tendréis que disculparnos, nuestro tiempo aquí se ha acabado. Beca, vamos —dice sin apartarse de mí y con aire arrogante.

—Beca, espera. No te vayas con ese tipo. No es una buena persona; utiliza a las chicas y luego las tira a la basura cuando dejan de interesarle. Ven conmigo y Marta. Ella te está esperando abajo —me pide Héctor con ojos esperanzados y suplicantes.

Pienso en mi amiga enrollándose con Carlos y dejándome completamente sola con su hermano sin inmutarse lo más mínimo, y eso me hace enfadar. Pero, por otro lado, sé que Héctor también tiene razón: él no sería deshonesto con una mujer. Es un chico amable y directo. Estoy segura de que sus palabras salen del corazón, aunque

también tengo la certeza de que Alex me necesita en estos momentos. Todavía hay muchas cosas que quiero descubrir sobre él y que él conozca sobre mí.

—Lo siento, Héctor —le respondo con un nudo en el estómago.

Él me mira con ojos decepcionados.

Alex tira de mí dando por zanjada la conversación.

—Te esperaremos para regresar a casa, Beca —me anuncia Héctor lo suficientemente alto para que no pueda ignorar sus palabras.

De repente Alex se detiene, me coloca frente a él y desliza sus manos por mis mejillas.

—¿Qué...? —empiezo a decir, pero la boca de Alex se posa hambrienta sobre la mía y su lengua se hunde posesiva en mi interior, adueñándose por completo de mí. Pone una mano en mi espalda y me atrae más hacia él, invitándome a seguirlo, profundizando cada caricia ardiente y provocando deliciosas cosquillas en mi paladar con su *piercing* de acero, ese pendiente en forma de bola perfecta que me hace retorcer de deseo con el contraste de frío a calor. Unas llamas de excitación recorren toda mi piel, sacudiéndola con miles de sensaciones distintas al mismo tiempo. Inconscientemente, me pongo de puntillas y respondo a su beso con la misma impaciencia. Y entonces él se aparta, dejándome descolocada y a medias. Sus ojos azules me hacen pensar en una serpiente siseando con una sonrisa presuntuosa.

—Ahí tienes tu respuesta, principito —le suelta Alex a Héctor en tono mordaz, girando levemente la cabeza hacia él.

Yo casi estoy hiperventilando, pero sigo lo bastante consciente como para darme cuenta de que he sido utilizada.

—Eres un malnacido —le responde Héctor muy cabreado.

—En eso no te equivocas —le espeta Alex con un sarcasmo que roza el odio—, pero el caso es que yo tengo a la princesa, y tú a un saco de pulgas desechable que no vale ni lo que pesa. —Echa una mirada de desprecio a la tal Jérica, enfrascada de nuevo en retener a Héctor, esta vez por la cintura y poniendo en ello todas sus fuerzas.

—Ignórale, cosita. Por favor, hazlo por mí —le ruega llorando—. ¿Qué tiene que ver esa chica contigo? —le pregunta, pero al momento parece cambiar de idea—. Déjala marcharse, pronto aprenderá la lección, igual que la aprendí yo.

Héctor bien podría estar echando humo por la nariz, pero sé que está reflexionando sobre lo que su exnovia acaba de decirle.

—Ten cuidado, Beca —me pide Héctor con cierta lástima pero, sobre todo, con impotencia. A continuación pasa por delante de nosotros y se marcha, seguido de la chica.

Alex y yo nos quedamos solos en el pasillo. Me separo un poco de él para tomar distancia y poder pensar con la cabeza fría, recordando también la advertencia de aquella mujer en el ascensor.

—¿Por qué lo has hecho? Héctor es un buen chico, no te ha hecho nada para que

lo provoques de esa manera absurda y brusca —digo cruzándome de brazos.

Alex suelta una carcajada y retrocede un par de pasos con chulería. Su mirada recorre ávidamente mi pecho, por lo que me ajusto la chaqueta para cubrirme por completo.

—¿Y ahora vas a defender a ese imbécil? ¿Es que te gusta? ¿Por eso has venido vestida así? —Juega con el *piercing* de su boca y sonrío de una forma falsa e hiriente, sin molestarse en ocultar su excesiva atención en mis piernas—. Incluso te has puesto maquillaje.

—Estás cambiando el sentido de lo que te estoy diciendo, Alex —le reprocho—. Y lo único que quiero que entiendas es que Héctor no es el problema.

—Entonces, ¿soy yo? ¿Es eso lo que quieres decir?

Frustrada, me doy la vuelta y comienzo a caminar.

—Eres imposible —murmuro.

—Tenemos un trato —me recuerda en voz alta.

Me vuelvo hacia él más furiosa de lo que me he sentido en toda mi vida.

## Capítulo 28



Aún no puedo creer que haya utilizado ese sucio truco para retenerme. Noto como la sangre me hierve de rabia.

—¿Quieres saber lo que me dijo esa supuesta acosadora tuya? —digo con mucha calma, retándolo.

Desando todo el camino que había hecho hasta el ascensor y encaro a Alex con la barbilla alzada. Sé que se está aguantando las ganas de pedirme que hable, lo veo en sus ojos teñidos de auténtica curiosidad, pero también de cierto temor. ¿A qué le tiene miedo?

Vuelve a reírse, pero a mí ya no me convence con esa imagen de chulito que se ha creado.

—Todo lo que te dijo esa mujer son gilipolleces —contesta inclinándose hasta mi oreja—. Puedes creértelo o no. Me la trae floja, nena.

Me echo hacia atrás, haciendo que corra el aire entre nosotros, y me muerdo el labio con una media sonrisa.

—Entonces, está bien, nene —respondo, recalcando la última palabra igual que ha hecho él. Me despido con una mano.

—Yo todavía no he acabado de hablar, Beca —dice cortante, pero volviendo a usar mi nombre.

—Perdona, creía que ya lo habíamos dejado todo bastante claro antes. Tenemos un trato, si es que se puede llamar así, pero únicamente en el estudio. Fuera de él no tengo por qué acatar ninguna de tus órdenes.

Oigo como resopla con sarcasmo. A los pocos segundos, tengo a Alex cerrándome el paso.

—Ven conmigo —me pide, sospechosamente tranquilo, y a continuación entra en el ascensor y sostiene la puerta abierta en un gesto de caballerosidad.

—¿Para qué? —pregunto desconfiada.

Entrecierra los ojos imitándome, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada y dar al traste con mi imagen de chica dura.

—Puedes quedarte aquí sola o bien descubrirlo por ti misma. No voy a obligarte, Beca.

Le observo un tiempo que considero prudente.

—¿Y bien? ¿Qué escoges? —insiste sin demasiado apremio.

Ahora es él el que está disfrutando con la situación.

Bajo la vista hasta el suelo y hago chocar la puntera de uno de los botines que me ha prestado Marta contra la superficie. Reflexiono unos segundos. Intuyo que quiere enseñarme alguna cosa importante para él, pero hay algo que me inquieta y que no podré resolver hasta poder comprobarlo por mí misma.

Entro en el ascensor, sin decirle nada y dándole intencionadamente la espalda, pero mi actitud no parece ofenderle en absoluto. Cierra la puerta y se sitúa a mi lado, satisfecho. Disimuladamente, me fijo en que pulsa el botón de la planta inmediatamente inferior a donde estamos, por lo que no tardamos en llegar.

Él mantiene de nuevo la puerta abierta hasta que he salido y luego echa a andar por el pasillo. Pasamos por al menos ocho habitaciones y dejamos atrás a varios grupos de chicas que gritan y saltan excesivamente animadas. Varias de ellas silban a Alex con descaro y lo llaman de forma provocativa con promesas que hacen que me ruborice. Son algo mayores que yo, pero está claro que ellas no tienen pelos en la lengua para decir lo que piensan, en especial la que sacude en el aire su sujetador como si se tratase de una bandera. Y aunque parece que Alex no se muestra interesado, endereza los hombros y continúa avanzando mucho más erguido. Se detiene justo frente a una entrada reforzada y con aspecto de haber sido reconstruida hace poco, y saca un llavero con cuatro llaves del que cuelga también una pequeña vaca blanca con manchas negras.

Menudo gallito...

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta intrigado volviéndose a medias.

Empuja un poco la puerta y la abre, mostrando una habitación a oscuras. Me quedo mirándola intrigada, aunque no puedo ver más allá de la zona iluminada por los focos del pasillo.

—Averígualo tú mismo —respondo, y le saco la lengua.

Alex curva el labio con diversión y enciende los alógenos del techo pulsando un interruptor que hay a la derecha en la pared. Se hace a un lado para dejarme pasar y luego cierra la puerta. El ruido de fuera queda amortiguado.

—¿Es tu habitación? —me intereso, recorriendo cada objeto y mueble con emoción.

Alex asiente con la cabeza y me observa fijamente.

Desde luego, no es el cuarto típico de un estudiante. Aunque tiene un escritorio bajo la ventana de enfrente, a la derecha una litera de madera blanca con dos camas y, al otro lado, una cocina americana pequeña, negra y bastante corriente, hay algo en ese lugar que no cuadra: es una habitación completamente dicromática, decorada con tan solo dos colores. Con un rápido vistazo descubro que la cama de Carlos es la de arriba; de ella pende la manga de una camiseta verde y parte de unos vaqueros, como si alguien se hubiera cambiado con prisas hace poco.

—¿Por qué me has traído aquí?

Alex se acerca al frigorífico y examina el interior.

—¿Qué te apetece beber? Me queda una lata de Coca-Cola Zero, cerveza y zumo de naranja —me ofrece.

Suspiro.

—¿Tienes agua?

—Del grifo, ¿te va bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza y me apoyo suavemente sobre la mesa del fondo, mientras él sirve agua en un vaso y zumo en otro.

—¿Querías que viera todo esto por algún motivo? —insisto.

Hago tamborilear los dedos sobre un bloc de dibujo. Levanto la tapa sin querer y descubro un retrato mío que no había visto antes. Alex me ha dibujado dormida, cubierta parcialmente con una manta en un sillón. Seguramente lo hizo el otro día, después de que casi tuviéramos sexo en su taller. Aparto la mirada, sintiéndome acalorada.

—¿Patatas?

—Mejor no. No tengo mucha hambre, gracias —murmuro—. Oye, Alex, ¿vas a responderme de una vez? —le digo al cabo de unos segundos, cansada ya de su juegucito.

Él saca con actitud parsimoniosa un cuenco tamaño ensaladera de uno de los armarios y vuelca en él las patatas fritas.

Pongo los ojos en blanco. ¿Para qué pregunta si al final va a hacer lo que le dé la gana?

—Sí, hay una razón —responde por fin, mirándome con una mueca ladeada e indescifrable.

Coloca sobre una bandeja los vasos, un par de servilletas y el cuenco con las patatas. Luego lo lleva hasta el escritorio y apoya una mano sobre una de las esquinas, observándome.

—Te escucho —lo animo, mientras cruzo las piernas y me pongo cómoda.

—¿No tienes calor con esa chaqueta? La calefacción está puesta —me informa, y señala con un gesto de cabeza un termostato que hay cerca de la puerta del baño.

—Supongo que sí —digo quitándomela.

Alex la recoge de mis manos, rozándome un poco los dedos al hacerlo, la cuelga en una percha y la mete dentro de un armario. Cuando se vuelve, parece estar pensando en algo muy entretenido. Se acaricia el mentón y me estudia de arriba abajo con detenimiento, haciendo que me ponga nerviosa.

La escena resulta muy íntima y turbadora para mí.

—Me gustaría pintarte así como estás ahora mismo, Beca —confiesa con una expresión sincera y cálida, muy diferente de su fría actitud de hace un rato—. Decididamente, encajas en este lugar —afirma, con una mirada de admiración que me deja sin aliento.

De pronto me doy cuenta de que voy vestida a juego con los colores de su habitación. ¿Es por eso por lo que quería traerme aquí? ¿Para montar un puzle

artístico? Me remuevo en mi sitio, acordándome del momento en el que hice caso a Marta y me puse los *leggings* a rayas.

—No soy un jarrón que puedas dibujar en un bodegón junto a la fruta, Alex —le advierto, no muy segura de si debo sentirme ofendida o no por su comentario.

—Si lo fueras, no sería tan divertido —asegura con un leve matiz sensual que hace que sus palabras se vuelvan *sexys* a través de sus labios—. Te prefiero viva y coleando.

Siento que hay un significado oculto tras cada frase que dice. Cojo una patata frita y me la llevo despacio a la boca, saboreándola con verdadero placer. Él sigue el movimiento con ojos fascinados.

—Estudias Bellas Artes cerca de aquí, ¿verdad? —pregunto tomando el vaso, pero sin llegar a beber. Lo balanceo como si se tratase de una copa de vino, igual que he visto hacer a mi madre en varias ocasiones.

—Más o menos. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Te gustaría ir a hacerme una visita en la facultad?

Alex parece interesado en la idea, pero también es posible que solo sean ilusiones mías.

—Quizá. Estaba pensando en que yo todavía no he escogido la carrera que haré. No me queda ya mucho para los exámenes finales. En algún momento tendré que tomar una decisión.

No sé por qué le estoy contando cosas tan personales de mí, pero la información sale sola y sin filtro antes de que me haya dado cuenta. Él me escucha con atención y asiente, como si comprendiera muy bien todas mis dudas. Eso hace que me plantee si Alex ha estado alguna vez en una situación similar a la mía, aunque viendo lo bien que dibuja me cuesta creerlo.

—¿Hay algo más que te guste, aparte de correr y de mí? —pregunta con tono fanfarrón.

Me echo a reír.

—Claro, me encanta cerrarte la boca cuando dejas tan claro que sabes lo bueno que estás y que cualquier tía debe besar el suelo por donde pisas. ¡Sigue soñando, fantasma! —bromeo.

Doy un trago de agua bajo su atenta mirada.

—Ja, ja. Venga, Beca. En serio, ¿de verdad no hay nada más? —me pica caminando hasta mi lado y cogiendo su vaso.

—Lo hay —contesto tímidamente—, pero no creo que pegue conmigo.

—No lo creo, estoy seguro de que piensas todo lo contrario, o te lo habrías callado desde el principio. ¿Qué es?

Le miro de reajo. Me fijo en que hoy, a diferencia de las otras veces, lleva una camiseta de tirantes negra; le marca exquisitamente las formas del pecho y el abdomen. Alex parece notar adónde se dirigen mis pensamientos y sonrío complacido.



—Es un secreto que de momento prefiero guardar para mí —le suelto, desviando mi atención hacia el lado contrario de donde se encuentra él.

En la pared de la cama hay un mapamundi con diferentes chinchetas sobre unos cuantos países.

—¿Y eso? —digo señalándolo con interés.

—Eso es...

Repentinamente, oigo unas carcajadas escandalosas que me ponen la piel de gallina. Preocupada, le tapo la boca a Alex para que se calle y oigo el ruido de una llave girar.

—Son Marta y tu amigo —musito muy nerviosa.

Alex alza una ceja interrogante, como si no le importara mucho.

—Ella no puede vernos aquí juntos —mascullo, buscando la manera de salir airosos—. No le he dicho nada de lo nuestro —explico con rapidez.

Sin pensarlo dos veces, tiro de Alex y lo conduzco hasta el armario de rendijas, pues no veo otro sitio más seguro donde escondernos. Nos metemos dentro instantes antes de que mi amiga y Carlos entren en el cuarto.

—De verdad, cariño. ¿Tu amigo Alex tiene complejo de Steve Jobs o qué? Vuestra habitación me recuerda a una película antigua de Charlie Chaplin —se queja Marta como si fuera una niña pequeña.

Alex se apoya sobre la pared del armario, aburrido.

—Eh, preciosa. ¿Qué tal si hacemos tú y yo una película xxx? —le propone Carlos con voz ronca.

Marta se echa a reír ruidosamente.

Me reclino hacia atrás avergonzada y me tapo la boca con las manos. Me acomodo sobre lo que parecen unas botas. Nada de esto podría ser peor.

—Beca —gruñe Alex.

Me vuelvo hacia él para recordarle que no hable, pero entonces entiendo por qué lo ha hecho. No sé cómo, he acabado con una pierna entre las suyas y con el culo sobre la cremallera de sus pantalones. Intento moverme, pero solo logro empeorar la situación. Lo que yo pensaba que era el calzado de Alex se ha convertido en una pequeña montaña cada vez más prominente. Me muerdo las uñas y agacho repetidamente la cabeza para pedirle disculpas.

Alex me sujeta por la cintura y se muerde el labio, haciendo un verdadero esfuerzo. Me devuelve una mirada enfadada.

Desde el armario oímos el rumor de los besos y del intercambio de palabras sexuales.

—¿Tienes un condón? —pregunta Marta.

Cierro con fuerza los párpados ante ese comentario. Mientras tanto, noto que la excitación de Alex no se ha detenido, todo lo contrario.

—No te muevas —me susurra muy cerca de la oreja, provocando que pegue un saltito. Alex lanza un pequeño gemido.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Marta.

—Nada, preciosa. Deben de haber sido los muelles de la cama —le contesta Carlos.

Ambos se quedan durante un instante en silencio.

## Capítulo 29



Cuando oigo que el besuqueo entre Carlos y Marta se reanuda, me permito un suspiro de alivio.

—Beca —me llama Alex con un acento rudo y cargado de deseo. Una de sus manos se cuela sigilosamente por debajo de mi camiseta.

—¿Qué? —respondo entrecortadamente.

—No puedo... —comienza a decir, pellizcando suavemente la piel de mi vientre.

Separo los labios y siento un cosquilleo en la punta de la lengua. Pestañeo con fuerza.

—¿Crees que...?

—¿Te refieres a...? —Concluyo la pregunta en un susurro tan tenue que ni siquiera yo misma llego a oírme.

—Oh, joder. ¡Carlos! —gruñe Marta al otro lado, provocando que dé otro brinco.

Alex se remueve incómodo debajo de mí y recoloca mi cuerpo más cerca de él tirando de mis caderas con una clara insinuación. Los ojos se me abren por la sorpresa cuando descubro hasta qué punto Alex está contento.

—No creo que terminen pronto —comenta casi en un silbido. Sus dedos suben hasta mi escote y lo acarician por encima de las costuras del sujetador.

Siento un delicioso estremecimiento a medida que las manos de Alex se vuelven más atrevidas, pero no es suficiente: también yo quiero tocarlo a él.

El interior del armario está en penumbra; solo nos iluminan unos diminutos rayos que se cuelan por unas pequeñas rendijas que hay en la parte superior. Vuelvo la mitad del rostro buscando la boca de Alex y me encuentro con su barbilla. Llevada por un impulso, lamo y mordisqueo sensualmente toda esa zona. Su cuerpo se arquea y se enciende, irradiando calor entre mis piernas y haciéndome sentir segura y atrevida sobre él. El efecto es inmediato.

Alex se inclina para atrapar mis labios entre sus dientes a la vez que libera mis pechos y presiona sus pulgares sobre ellos con un ritmo que me roba el aire y me lo devuelve de manera abrumadora. Él se traga mi gemido de placer mientras yo absorbo el suyo.

«Quiero más», pienso retorciéndome de pasión mientras deslizo mi muñeca bajo su mandíbula y rozo el lóbulo de una de sus orejas. Alex besa la palma de mi mano con devoción, dejándome huellas invisibles de su sed.

«Quiero más», me repito bajando la otra extremidad hasta su entrepierna excitada. Alex pone una mano sobre la mía en el momento en que lo toco, y se detiene conteniendo a duras penas un jadeo. Tiene una expresión torturada, ensombrecida por la oscuridad del interior del armario.

Estamos encerrados en un espacio diminuto, con nuestras emociones y nuestras pulsiones a flor de piel y con un «candado» que nos retiene. Deberíamos parar, darnos un tiempo para tranquilizarnos y ser un poco más conscientes de lo que estamos haciendo.

—A la mierda —murmura Alex, girándome y aprisionándome contra la pared contraria del armario con tanto arrebató que al principio temo que nos hayan oído, pero Marta y Carlos están demasiado enfrascados en lo suyo como para oír nada más.

Con ayuda de Alex, termino de deshacerme de la camiseta y, a los pocos segundos, del sostén blanco de gatitos, que afortunadamente él no puede ver. Hunde su rostro entre mis senos, endureciéndolos y atormentándolos al recorrerlos con su lengua trazando unos sinuosos círculos que provocan en mí placenteras llamas de pasión. Los dedos de los pies se me encogen. Estoy húmeda y mi sexo palpita ardiente. Instintivamente, levanto la pelvis buscando el contacto con la de Alex.

Atendiendo a mi llamada desesperada, Alex desliza los dedos índice y corazón hasta mi ombligo, jugando brevemente con él, para luego descender hasta la cintura elástica de mis pantalones. Dibuja una línea recta en el límite entre la tela y la piel. ¡Dios, no puedo con esto!

Dirige su boca hasta la mía sin llegar a tocarla, dejando que sea nuestro aliento agitado el que se entrelace. ¿Qué es lo que pretende? Sus pupilas brillan como si fueran a devorarme. Si continúa así, va a conseguir que me desvanezca entre sus brazos.

—Os pillé —grita una voz conocida mientras las puertas del armario se abren de par en par, deslumbrándonos—. ¿Beca?

La niebla que me mantenía ciega de todo lo que no fuera Alex se evapora al instante. Marta se cubre los ojos y luego guiña un ojo por detrás de las manos.

—¡Tápate y sal de ahí ahora mismo, tía! —me ordena tajante—. Y tú —dice muy alterada dirigiéndose a Alex—, tápate eso. ¿Es que te echas levadura o qué? —Alex ni se inmuta, parece no importarle mucho lo que los otros puedan pensar de sus partes nobles—. ¿Qué narices estabais haciendo ahí dentro mientras nosotros nos lo montábamos? No puedo creerlo. Precisamente tú, Beca. ¿Es que nos estabais espionando? —suelta, repentinamente horrorizada.

Me quedo mirándola en silencio.

Marta le da a Carlos un golpecito con el puño sobre el pecho, pero él intercambia un jovial saludo con Alex sin que Marta lo vea. Alex me pasa mi camiseta y se pone delante de mí para impedir que los otros vean mi desnudez. Ruborizada y muy nerviosa, me pongo atropelladamente la camiseta sin permitir que mis sentimientos contradictorios afloren.

—No, solo estábamos viendo una porno xxx. No creo que sea delito ponerse cachondo por eso —le contesta Alex mordaz y con una sonrisa algo dura.

Intuyo que no le ha gustado mucho que nos hayan interrumpido.

Marta le dedica una mirada asesina, ocultando su vergüenza.

—Así que nos habéis oído y nos habéis visto —afirma fuera de sí.

—Bueno, tía, tú no eres precisamente una monja de clausura —se burla Alex.

Carlos se echa a reír, y eso no le hace ni pizca de gracia a mi amiga, que le clava los nudillos en el estómago a modo de respuesta.

—Pero puedes estar tranquila: nos hemos perdido todo el espectáculo visual —explica muy serio Alex, como si fuera un crítico profesional de cine.

Marta se sopla un mechón de pelo, furiosa. Si Alex sigue picándola de esa manera, acabará estrangulándolo.

—Beca, date prisa. Héctor nos está esperando —me apremia mi amiga con la mirada encendida.

Alex se agacha para ayudarme a salir del armario, pero yo rechazo su ayuda a pesar de tropezar con uno de los tacones. Estoy demasiado abochornada por el hecho de que mi amiga me haya encontrado en una situación tan... Me quedo en blanco.

—¿Qué pasa? —vocaliza Alex con los labios, de modo que solo yo le entienda.

Evito mirarlo, y él como respuesta frunce el ceño.

—Necesito ir un momento al baño —me justifico.

—Te acompaño —se adelanta Marta antes de que Alex pueda decir nada.

A diferencia de mí, mi amiga ha tomado la precaución de estar completamente vestida antes de asomarse al armario y atraparnos.

Entramos en el baño y cierra con un portazo.

—¿Estás loca? ¿Te has liado con ese psicópata?

Alzo los ojos al techo.

—Estás exagerando —digo volviendo a descamisarme para ajustarme bien el sujetador.

Marta me observa con un tic nervioso sobre la ceja izquierda. Yo me mantengo callada y la dejo hablar.

—Beca. Eso de antes ha sido muy fuerte. ¿Qué hubiera ocurrido si en lugar de encontrarte yo te hubiera visto mi hermano?

Alzo las cejas en un gesto de incredulidad y resoplo.

—Eso está fuera de contexto y lo sabes, Marta.

Ella gruñe y se dirige hacia el lavamanos, abre el grifo a tope y deja intencionadamente que el agua corra para que los chicos no puedan oírnos.

—A Héctor le gustas, le gustas mucho. —Hace una pausa para darme tiempo a reflexionar sobre sus palabras—. Él sí puede valorarte como te mereces. No va a «reciclarte» —dice entrecomillando la palabra con los dedos— en cuanto aparezca otro culo con piernas que poder sobar. Así que, dime: ¿por qué narices has dejado que ese asaltacunas te haga el limpiaparabrisas en las tetas?

—Marta —le advierto: yo también puedo enfadarme—. Alex solo tiene dos años más que yo, y te recuerdo que es de la misma edad que Carlos.

Aunque ella relaja la expresión, se cruza de brazos con firmeza.

—Pero Carlos no es una leyenda sexual andante de la que todas las tías de la ciudad vayan difundiendo rumores escabrosos. Puedo confiar en él y sé que me va a ser fiel. Pero Alex... es pura energía. Una bomba nuclear que no puedes controlar, amiga.

Suspiro, sintiéndome impotente. Ni siquiera tengo fuerzas para contradecirla.

—No tienes por qué decirme algo que ya sé, ¿vale? —contesto, mientras me recojo el pelo en una coleta—. Sé lo que estoy haciendo —miento.

Marta expulsa el aire ruidosamente.

—O sea, que también sabías que al rey de las hamburguesas le gustaba untar el pepinillo con su amigo el rábano en mahonesa —replica sarcástica, refiriéndose a Miguel y Óscar.

—Por supuesto que no —salto ofendida, apoyando una mano en la pared.

—Exacto. No lo sabías, aunque yo te había advertido muchas veces que ese perro salchicha no me daba buenas vibraciones. Pero no me hiciste ni caso, igual que ahora. ¿Qué diablos te pasa? ¿Tienes trauma post-relación o algo así? Porque en serio, tía, no entiendo cómo de pronto has decidido pasarte al deporte de riesgo, tirándote en paracaídas en plenas cataratas del Niágara y olvidando todo tu buen rollo sobre relaciones estables.

Me lavo las manos y me las seco pacientemente con una de las dos toallas que hay colgadas.

—Si no vas a hacer algo útil con el agua, será mejor que cierres el grifo y contribuyas un poco a la preservación del medio ambiente, Marta —digo con calma.

Con una mirada de resentimiento, cierra por fin el grifo.

—Sabes que esto no se va a quedar aquí, ¿verdad? Y, por supuesto, tú te vienes conmigo ahora mismo. No voy a permitir que echas a perder tu brillante futuro en este cuarto.

La observo atónita.

—Claro, pues entonces ingrésame en una clínica mental y ponme una camisa de fuerza, una correa o lo que haga falta —ironizo, cansada de verla actuar como una madre que dice qué hacer pero que no practica lo que predica—. De todos modos, no olvides que yo también he sido testigo de lo sucedido en esta habitación.

Respiro con fuerza, notando que todo el agotamiento del día cae sobre mí como una losa. Marta me estudia el rostro, condescendiente.

—Yo diría que estabas demasiado entretenida con otras cosas como para estar muy pendiente de lo de fuera, Beca. —Siento una punzada de dolor al oírle decir eso—. En cualquier caso, permíteme darte un consejo. La próxima vez que no quieras ser pillada infraganti por tu amiga u otra persona, no dejes tantas evidencias —dice pasando por delante de mí y abriendo la puerta.

De repente me acuerdo de los dos vasos y el cuenco de las patatas fritas.

Marta agarra el pomo de tal manera que tengo que cruzar por su lado antes que ella. Cuando estamos a la misma altura, no puedo resistirme a soltar un gemido de los suyos con Carlos en su oreja. Ella se ruboriza.

—Puede que no lo viera todo —replico—, pero sí pude ver el principio —bromeo.

Carlos y Alex nos observan con curiosidad, sentados sobre la cama baja de la litera. Están barajando unas cartas.

—¿Qué pasa? ¿También queréis palomitas? —farfulla mi amiga descargando toda su rabia en ellos.

Me dirijo hacia el armario, evitando todavía el contacto visual con Alex, a pesar de que noto su mirada como un disparo de bala en la cabeza. Saco mi chaqueta y me la pongo.

—¿Ya os vais? —pregunta Carlos preocupado—. Íbamos a jugar una partida. ¿Os animáis?

Marta saca el móvil y teclea algo rápidamente.

—Lo siento, cielo, pero esta noche las dos tenemos toque de queda, y ya has visto que a mi hermano no le gustan mucho los sitios ruidosos.

Carlos asiente apenado.

—Te voy a echar de menos, preciosa —responde con un puchero infantil en los labios que me hace sonreír.

—¿Dónde está Héctor? —pregunto dirigiéndome a Marta y haciendo caso omiso de la cara de fastidio de Alex—. Antes lo vi con una chica rubia.

Marta pone una mueca de asco.

—Está esperándonos en el coche. En cuanto a lo otro, supongo que te refieres a la pequeña ardilla de su ex, que por cierto, tu proyecto suicidio-amante ya tuvo el gusto de probar y desechar, haciéndole de paso un gran favor a mi hermano: gracias a él, Héctor y la ardillita cortaron mucho antes de lo previsto —comenta en tono quisquilloso—. Después de todo, cariño —dice volviendo el rostro hacia Carlos—, tu amigo es un antipollas sumamente efectivo.

—Creo que yo tampoco quiero jugar —suelta Alex bruscamente, y a continuación se tumba en el colchón con las manos entrelazadas bajo la nuca. Luego tira con la rodilla todas las cartas a los pies de Marta y se coloca de lado, dándonos la espalda a todos. Parece haberse puesto de muy mal humor.

«Quizá sea lo mejor», pienso.

—Eh, tío —se queja Carlos.

—Pues nos vamos —se despide Marta. Le da un piquito a su chico.

Me despido de Carlos con un beso en la mejilla y luego me planto frente a la cama.

—Adiós, Alex.

Él me responde con un gruñido.

Una vez abajo, descubro a Elisa enrollándose con dos tipos a la vez en una esquina de la entrada. Marta arruga la nariz a mi lado y me agarra del codo para que aceleremos el paso.

En la calle, el aire nos golpea con una refrescante brisa que me despeja la mente, aunque no llego a disfrutarla por mucho tiempo. Héctor aparece frente a nosotras con el Land Rover. Al verme, su cara se alegra sinceramente. Sin embargo, yo me veo incapaz de sentarme a su lado como si nada hubiera ocurrido, así que decido, con un cierto sentimiento de culpabilidad, colarme en la parte trasera del coche antes de que Marta pueda decir nada, y dejar que mi amiga cargue con el peso de la conversación del camino de vuelta.

Cuando llegamos, veo una silueta familiar esperando en el portal del edificio. Bajo del coche y Marta me sigue, mientras Héctor busca sitio para aparcar no muy lejos.

—¿Óscar? —saltamos Marta y yo al unísono.



## Capítulo 30



—Hola, chicas —responde Óscar.

Se frota los brazos y luego la nariz. A pesar del abultado abrigo que lleva encima, tiene la nariz roja por el frío, y eso le da el aspecto de una gran seta marrón. ¿Cuánto tiempo ha estado esperándonos ahí fuera?

—Hola —contesto de forma automática.

Me doy cuenta de que al verme juega inquietamente con los dedos, como si no supiera qué hacer con ellos. Cuando nos detenemos frente a él, termina por esconder las manos en los bolsillos.

—Eh —lo saluda Marta, que después niega con la cabeza y me mira significativamente—. Será mejor que hablemos dentro —le dice empujándolo hacia el portal—, si no quieres acabar congelado como Walt Disney.

—Gracias, pero... ¿eso no era una leyenda urbana? —pregunta él con una mezcla de duda y sentimiento de culpa por haberla corregido.

—¿Y eso importa? —le suelta Marta—. ¡Puf!, este vestido me está matando de frío —añade con un encogimiento de hombros que termina en tiritona.

¿Dónde habrá dejado su chaqueta? Sonrío, algo me dice que la razón de que no la lleve puesta tiene que ver con Carlos y un buen calentón.

—En realidad no. Yo solo... —empieza a farfullar Óscar.

—Déjala en su mundo. Ella es más feliz así —le tranquilizo.

—Te he oído —replica la aludida con un mohín.

Marta me dedica un breve gesto de inquietud antes de abrir. Luego hace pasar a Óscar por delante de ella, y yo les sigo de cerca. Acabamos sentados en una escalera situada junto al ascensor. Mientras me acomodo, me fijo en que a mi derecha hay varios maceteros con plantas de interior mustias y de un verde apagado. Distraída, cojo una hoja prácticamente seca del suelo y comienzo a hacerla trocitos entre mis dedos.

La calefacción central del edificio consigue que entremos rápidamente en calor.

—Hace un rato fui a casa de Beca. Tu madre me dijo que estabas aquí —explica Óscar mirándome cabizbajo; varios tirabuzones oscuros le caen por la frente—, pero cuando llegué tus padres —dice volviéndose hacia Marta— me informaron de que os habíais ido con tu hermano a una fiesta.

Le observo apenada, parece completamente abatido. Marta le da una fuerte

palmada en la espalda, provocando que se sobresalte.

—Y por lo que hemos podido comprobar, tú has estado toda la semana de vacaciones, ¿eh, pequeño saltaclases?

Óscar comienza a toser igual que si se hubiese atragantado con algo.

—Vamos, tía, deja de acosarlo —la regaña amistosamente. Cojo las manos de Óscar en mi regazo para animarlo—. Mi madre me dijo que preguntaste por mí hace unos días. Perdona que no te haya devuelto la llamada —continúo. Aprieto los labios. Sabía que el momento de enfrentarlo llegaría, por eso estaba retrasándolo; sin embargo, ahora me siento más calmada de lo que creí que estaría al verlo—. ¿Qué era eso tan urgente de lo que querías hablar conmigo? —le pregunto.

Los ojos se le enrojecen y se echa a llorar. Le doy un abrazo y me emociono al verlo tan desamparado como un cachorrillo. Marta salta sobre nosotros también queriendo consolarlo. Al final, los tres acabamos con las mejillas húmedas.

Alguien entra.

—Chicas, ¿qué ha pasado?

Al oír la voz de Héctor nos volvemos hacia él. Él estudia nuestros rostros con cierta preocupación; se fija en Óscar pero no dice nada.

—El hijo pródigo ha regresado —anuncia Marta limpiándose una lágrima.

Héctor levanta una ceja y se gira hacia mí buscando una explicación más clara.

—No es nada —contesto escuetamente quitándole importancia. Todavía me resulta difícil mirarlo a los ojos, después de haber escogido quedarme con Alex en vez de ir con él.

Héctor asiente con la cabeza, actuando caballerosamente como si nada hubiera ocurrido entre nosotros.

—Sea lo que sea, ¿qué tal si lo habláis arriba con un chocolate caliente entre las manos? En el camino de vuelta he comprado unos churros —añade, mostrándonos con una amplia sonrisa una bolsa blanca de plástico con un cono de papel gris en su interior manchado de aceite.

—¡Te quiero, hermanito! —exclama Marta entusiasmada, y le da un abrazo—. Eres un amor.

Héctor se sonroja, halagado.

—Así que antes no lo era, ¿eh? —se burla él.

—¡Bobo! Sabes que si no compartiéramos la misma sangre me casaría ahora mismo contigo sin dudar —le responde Marta sacándole la lengua.

Héctor suelta una carcajada y le revuelve el pelo.

Mi teléfono suena en ese momento, por lo que me levanto y me aparto del grupo. Es Alex.

—Id subiendo, ahora os alcanzo —les digo, antes de atender la llamada.

Marta me observa interrogante, a lo que yo le respondo «mi madre» vocalizando en silencio con los labios. Ella me hace un signo de ok, agarra a los dos chicos y se los lleva del brazo.

—¿Qué pasa? —digo en voz baja en cuanto veo a los demás llamar al ascensor.

—¿Por qué murmuras? ¿Tienes a la monjita de clausura cerca? —pregunta Alex con sarcasmo refiriéndose a mi amiga.

Echo un vistazo, ahora ya estoy completamente sola en el portal.

—Deja de decir eso —le respondo hablando más alto—. ¿Qué es lo que de verdad quieres?

Durante varios segundos, la línea se queda en absoluto silencio al otro lado.

—Oye, ¿sigues ahí? —pregunto, creyendo que me ha colgado sin más.

—Sigo aquí —contesta en un tono de voz neutro, que no me da ninguna pista sobre lo que ocurre.

Agotada, me apoyo sobre la pared más cercana.

—¿Entonces?

De nuevo, se queda callado.

—Estaba dándote tiempo —dice Alex.

—¿Para qué? —le pregunto intrigada, pero él no responde—. ¿Vas a desearme buenas noches?

—Algo así —le oigo decir con aire misterioso.

Trago saliva y dejo resbalar la espalda por la pared hasta sentarme el suelo. Me parece haber oído pasar un coche a través del altavoz del móvil.

—¿Algo así? —digo, animándolo a que siga hablando—. ¿Estás borracho?

—Algo así —repite.

Está comenzando a sacarme de quicio.

—Escucha, Alex. Estoy muy cansada, ahora mismo no me apetece jugar. Solo deseo cerrar los ojos en una cama calentita.

—Vente a la mía. Está muy caliente y hay hueco para una persona más —me ofrece tentadoramente con ese acento duro y *sexy* que me descoloca.

Me aclaro la garganta recordando la manera en la que Alex me acarició cuando estábamos encerrados en el armario. Si Marta no nos hubiera encontrado, seguramente habríamos llegado hasta el final sin importar las consecuencias.

—Gracias pero no. Me están esperando.

—¿La monjita y el cura? —pregunta, sin molestarse en esconder su fastidio.

—Eso a ti no te importa. Pégate una ducha y ve a descansar, Alex.

Se echa a reír y consigue que yo también lo haga.

—Voy a tener que gastar el agua de toda una piscina para que mi bragueta te olvide, Beca. Te echo de menos —me suelta, jugueteón.

Esa es la frase más larga que me ha dicho hasta el momento en lo que llevamos de conversación. Compruebo la hora: si no cuelgo pronto, preocuparé a los demás.

—¿Por dónde andas? ¿Está Carlos contigo?

Tengo un presentimiento, pero intuyo que esta conversación no va a llevar a ninguna parte.

—¿Estás preocupada por mí?

—Obviamente, Alex. Hoy han ocurrido muchas cosas y todavía no entiendo qué es exactamente lo que hay entre nosotros. Primero te vas y luego vuelves a mí cuando te da la gana.

No sé cómo, pero he terminado molestándome sin pretenderlo. ¿Por qué consigue Alex sacar tan fácilmente lo peor y lo mejor de mí?

—¿Estás enfadada, Beca?

—Tengo que marcharme, Alex. Hablaremos en otro momento.

—¿Cuándo?

Me paso una mano por la frente y me quedo escuchando su respiración. Con un impulso me pongo de pie y comienzo a dar vueltas.

—No lo sé —respondo.

—¿Beca?

—¿Qué?

—Dame un beso —me pide, robándome una sonrisa.

—Ya me dirás cómo. Desde aquí va a ser difícil —me excuso.

Tiro de la parte inferior de mi coleta y empiezo a enroscarme el pelo con un dedo.

De pronto, suenan unos golpes en el cristal de las puertas de la entrada. Me giro desconcertada y veo a Alex saludando feliz con una mano.

Me humedezco los labios, incrédula.

—¿Qué haces aquí? —digo, con el teléfono aún al oído—. Vete a casa o no cumpliré ese dichoso trato —le advierto, intentando ponerme seria.

—Ábreme —me pide señalando el cerrojo—. Aquí hace mucho frío —asegura, y da varios saltos cómicos.

Observo fascinada como sale el vaho de su boca.

—Ni en sueños, Alex —me niego. No obstante, me acerco a la puerta con una expresión divertida—. Estás loco. ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Yo siempre consigo lo que quiero —dice muy serio.

Seguramente ha sido Carlos quien le ha dado la dirección de Marta, intuyo.

Alex se acerca, echa aire caliente sobre el cristal y luego empieza a escribir algo con el dedo. Intrigada, voy descifrando letra tras letra hasta que forman una palabra con sentido.

—«Bésame» —leo ruborizándome.

Paso la mano sin pensar e intento borrarlo.

—Tendrías que salir fuera para hacerlo —me avisa él con tono enreído.

Después de todo, no parece importarle mucho la temperatura de la calle: únicamente lleva como prenda de abrigo una bufanda que apenas le cubre el cuello.

Inclino la cabeza hasta la palabra y miro a Alex a través de las pestañas a la vez que apoyo los labios sobre el cristal y soplo. Él me observa muy serio antes de bajarse a mi misma altura.

—¿Beca?

—¿Sí?

—Salgamos.

Repentinamente, junta su boca con la mía empañando con su aliento el frío material que nos separa. Me echo hacia atrás aturdida sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué? —le pregunto.

Me saca la lengua y se levanta. Veo a cámara lenta como cuelga el teléfono y se lo mete en el bolsillo del pantalón para luego darme la espalda y echar a caminar.

Abro la puerta y lo llamo, pero él no se detiene. Me quedo mirando cómo se aleja. Cuando me vuelvo, me encuentro a Óscar observándome fijamente.

—¿Estás con ese tipo? —pregunta.

Nerviosa, me dirijo hacia al ascensor sin responderle.

—¿Te ha enviado Marta a buscarme?

—No, me ofrecí yo —contesta Óscar con calma—. Quería hablar contigo a solas.

—¿Para qué? —digo, supuestamente muy concentrada en los botones del ascensor. Pulso el octavo.

—Por favor, dale otra oportunidad a Miguel —me pide poniéndose de rodillas.

Rápidamente, le cojo de los brazos y tiro de él hacia arriba.

—No hagas eso, Óscar —le advierto.

Me está entrando un dolor de cabeza de los grandes.

—Él te necesita —me suplica—. Hay muchas cosas que no sabes. Tuvo una razón para hacer lo que hizo; si la conocieras, lo entenderías todo.

—Óscar...

—Sé que es difícil de creer, pero la hay, Beca —me asegura soltándose para limpiarse la nariz con el dorso de una mano.

Expulso el aire y pestañeo con fuerza.

—¿Cuál es?

—No puedo decírtela. Lo siento —se disculpa, con el rostro atormentado. Yo me apoyo en la pared, sintiéndome decepcionada—. Pero mañana él volverá a las clases y podrás preguntárselo tú misma —dice con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Mañana, Óscar, será otro día. Ya veremos —concluyo, notando que finalmente me he quedado sin energía.

A pesar de todo lo que él me ha revelado, la confesión de Alex persiste en mis pensamientos igual que si hubiera sido grabada a fuego. Con un suspiro, me llevo las manos al pecho y permito que el suave latido del corazón me acune. Tengo que tomar una decisión.

## Capítulo 31



—Bésame... —murmuro.

—¿Con lengua o sin lengua? —pregunta Marta, que en ese momento acaba de entrar en la biblioteca del instituto. Toma asiento a mi lado y me pasa un brazo sobre los hombros para atraerme hacia sí como si de verdad fuera a besarme.

La aparto de un empujón antes de echarme a reír.

—Gracias, pero mejor no —respondo con una mueca de repelús—. No quiero poner celoso a tu príncipe azul.

—En fin, tú te lo pierdes —bromea haciendo un gesto de falsa modestia con la mano.

La miro con la cabeza ladeada y un codo apoyado sobre la mesa de estudio.

—¿Ya has terminado? —le pregunto.

Hemos tenido un examen sorpresa de dibujo técnico que ha durado dos horas, de modo que, por suerte, me he mantenido distraída a pesar de la presencia de Miguel en clase, tal y como anunció Óscar que sucedería la pasada noche. No creo que pueda perdonarle todavía y, de todos modos, él tampoco ha dado señal alguna de querer hablar conmigo. Así que al acabar el examen me he venido a la biblioteca a repasar algunos apuntes mientras esperaba a Marta.

—Más o menos —dice cansada—. Pero, por si acaso, cuando he entregado el examen le he expuesto al profesor todas las razones por las que debe aprobarme.

—¿Y eso funciona?

—Ni idea, tía.

Las dos lanzamos un suspiro y nos echamos hacia atrás en nuestras sillas. De repente ambas nos tambaleamos al mismo tiempo, pero algo nos frena e impide que caigamos al suelo. Cuando nos volvemos, descubrimos a Xavi sentado de lado con las piernas estiradas sobre el asiento contigo, escuchando tranquilamente música en el móvil mientras juega a una nueva aplicación.

—¡Por Dios, Xavi! Eres como un fantasma. ¿Cuánto tiempo llevas ahí? —dice Marta, que se levanta y coloca de un impulso en el borde de la mesa aprovechando que la bibliotecaria está fuera.

Xavi levanta la vista con aire aburrido y observa a Marta como si pudiera traspasarla con la mirada.

—Si sigues jugando tanto con el móvil, los ojos se te achinarán —le advierte mi

amiga algo nerviosa, como siempre que lo tiene cerca.

—Miguel y Óscar me preguntaron por vosotras hace un rato. Laura también estaba con ellos —comenta Xavi, ignorándola por completo y rascándose la coronilla. Habla tan bajo que apenas le oímos.

Me quedo estudiándolo fijamente. No es un chico que llame la atención especialmente, de modo que pasa desapercibido la mayor parte del tiempo. Por eso, aunque muy pocas veces habla si no es necesario, estoy segura de que sabe mucho más de lo que dice. Siento que es igual que mi hermano Diego, pero en una versión más adulta y silenciosa. Y eso hace que me plantee si no esconderá también él la misma fascinación por Marta.

—¿Y qué te preguntaron? —le digo, metiendo mis cosas en la mochila. Al hacerlo, veo el libro de rimas de Bécquer que aún no he tocado. Parece que hay un papel que sobresale de él.

—Miguel piensa que te has echado novio —me contesta, sin hacer ningún juicio.

—¿Y tú qué le has respondido? —me intereso de inmediato, ocultando mi enfado.

No creía que Miguel pudiese caer tan bajo, pero ahora resulta que intenta recabar información sobre mi vida personal a mis espaldas. Seguramente también está manipulando a Óscar para su propio beneficio.

—Nada, yo tampoco lo sé.

Respiro aliviada. Él me mira, pero no hace ninguna pregunta; ese rasgo de Xavi, su discreción, siempre ha hecho que me caiga bien, pese a sus rarezas.

—Es increíble que Laura, sabiendo lo que te ha hecho ese imbécil, se junte todavía con él. En fin, ¿ella dijo algo? —interviene Marta.

Xavi da un largo bostezo. Sospecho que intencionadamente.

—Parecía enfadada con vosotras por haberla dejado de lado —dice al fin.

De nuevo, otra revelación.

—Beca, ¿tú crees que se habrá enterado de que ayer te quedaste en mi casa y de que nos fuimos de fiesta con mi hermano? ¿Y si se lo dijo Óscar? —insinúa con inquietud.

—¿Óscar? No, no lo creo —la tranquilizo, aunque en realidad no estoy segura. Hincho el carrillo derecho—. Tal vez deberíamos planear algo juntas —sugiero soltando el aire y cambiando de tema.

—¡Buena idea, tía! ¿Qué tal si nos vamos todos de viaje este fin de semana? —propone Marta. Da vueltas a uno de sus anillos, pensando—. Mi tía favorita tiene una casa rural cerca de la zona de esquí. He ido varias veces y sé que en coche no queda muy lejos de la ciudad. Estoy segura de que aceptará si yo se lo pido. —Levanta la vista hacia Xavi—. Tú te apuntas, ¿no?

—Paso —contesta él regresando a su juego.

—Entonces, hecho. Somos Beca, yo, Laura, Xavi... —al decir su nombre, Marta le mira de reojo, pero él continúa pulsando teclas— y, bueno, ya pensaré en alguien más.

Marta me observa preocupada. De inmediato me viene a la mente el nombre de Carlos. Sabe que si lo invita lo más probable es que Alex lo acompañe.

—Espera. ¿Has dicho este finde? Trabajo, así que olvídalo —le digo, poniéndome en pie y pasándome las correas de la mochila por los brazos.

—Venga, tía. ¿Y cuándo no trabajas tú? Solo son dos días y es por el bien de nuestra amistad.

—Aunque aceptara y pidiera libre el fin de semana, Marta, te olvidas de un factor muy importante: no tenemos coche.

Sonríe confiada ante mi comentario.

—Claro que no lo he olvidado. Ya tengo en mente a alguien —dice ella haciéndose la misteriosa.

Entrecierro los ojos. Evidentemente, se refiere a Héctor.

—De cualquier forma: ¿cómo vas a organizarlo todo de un día para otro? —insisto.

Cualquier plan que haga Marta siempre se convierte al final en algo demasiado grande para controlarlo.

—Una tarde.

—¿Una tarde?

—Exacto —dice con las palmas unidas—. Una tarde es lo único que necesito para solucionar algunos detalles. Esta noche os mandaré un mensaje —dice aclarándose la garganta en dirección a Xavi— con la hora y el lugar exacto del que partiremos mañana. —Levanto una ceja—. Vosotros solo tenéis que encargáros de preparar lo que vayáis a necesitar.

Marta tira de su bolso y se dirige hacia la puerta, hablando más consigo misma que con nosotros.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Voy a ver si todavía consigo pillar a Laura. Te llamo más tarde —se despide, y echa a correr.

—Y bueno..., ¿tú que harás? —digo llamando la atención de Xavi. Él da otro largo bostezo—. Ok, capto el mensaje. En fin, ya nos veremos..., supongo —digo, y lo dejo solo. No creo que tarden mucho en cerrar la biblioteca, de todos modos.

Cuando estoy fuera echo un vistazo a mi teléfono. No hay ninguna notificación y, aunque vuelvo a mirar repetidas veces durante el trayecto en metro a mi casa, sigo sin novedad. Pero entonces, cuando por fin llego a casa, frente a la puerta de mi edificio descubro a Alex sentado en su moto. Sostiene algo entre las manos que toca una y otra vez con una *sexy* expresión de concentración en la cara.

Parece tan dulce que inconscientemente me echo a reír. Él alza la cabeza al oírme y yo me tapo los ojos. Al cabo de unos segundos, voy levantando los dedos de las manos uno a uno.

—¡Tras! —dice Alex dándome un susto igual que si fuera una niña pequeña.

Está a solo unos centímetros de mí.



—¿Qué haces aquí, Alex?

Apoyo las palmas sobre su pecho para aumentar la distancia que hay entre nosotros, pero mis intenciones se desvanecen cuando noto como sube y baja su abdomen. Él me lanza una arrogante sonrisa que acelera el ritmo de mi corazón.

—Hola, Beca. He venido a por mis deportivas.

Su respuesta me desilusiona.

—Ya veo... —murmuro.

De repente, Alex me atrae por la cintura y me estrecha contra él.

—¿Quieres quedártelas? ¡Qué chica más mala! —se burla, bajando su frente hasta tocar la mía.

Me remuevo ruborizada y echo un vistazo alrededor. Mi madre debe de estar a punto de llegar del trabajo.

—Claro que no. Ahora te las traigo —digo apresuradamente.

Me aparto de él y me dirijo hacia el portal. Al entrar, noto que Alex me sigue de cerca, así que me detengo.

—No creo que sea buena idea que subas, Alex.

—¿Cuál es el problema?

—Mi casa es muy pequeña para alguien tan alto como tú —respondo con la primera excusa que se me ocurre.

Alex mira el cielo. Parece nublado, como si en cualquier momento fuera a caer una buena tormenta.

—Está bien, entra —digo accediendo a regañadientes—. Pero solo hasta la puerta.

De inmediato, me recompensa con una cálida curva de los labios que hace magia en mi cuerpo, calentándolo al instante.

—Vives aquí con tu familia, ¿no? —me pregunta.

Llamo al ascensor.

—Sí, con mis tres hermanos pequeños y mi madre.

Él asiente y se sitúa junto a mí en el ascensor.

—Ayer... —comienzo a decir.

—Eché de menos tu beso de buenas noches —responde él automáticamente.

Me viene a la mente la palabra que escribió sobre el cristal con el aliento. Quizá no me besara realmente, pero lo que ocurrió fue algo mucho más intenso y emotivo. Me gustó que, por primera vez, alguien se mostrara romántico conmigo. Alzo la barbilla y me doy cuenta de que Alex observa mi sudadera, la misma que llevé a su estudio. Parece divertido pero también excitado, como si me estuviera imaginando sin ella. Al descubrirme mirándolo, el destello de sus ojos se hace más penetrante.

—Te fuiste —me defiende, pasándome un mechón suelto tras la oreja.

Alex sigue el movimiento con fascinación; desliza una mano hasta mi cuello, tira de los dos cordones de la capucha y juguetea con ellos.

Instintivamente, me acerco más a él. Hoy su olor es un poco diferente, más

irresistible incluso que otros días. Pestañeo con fuerza y noto la boca seca de expectación.

—¿Beca?

Las puertas del ascensor se abren y entra una vecina que nos observa curiosa. Me recolocho en mi sitio con el corazón jadeando entre latido y latido.

—Hola, Rebeca —dice la mujer—. ¿Qué tal le va a tu madre? Ya apenas la veo.

Tanto Alex como yo la saludamos educadamente.

—Está trabajando —me limito a contestar.

Alex, con una expresión serena, desliza una mano por mi espalda hasta posarla por debajo de la cintura de mi pantalón. Mi cuerpo se pone tenso. A punto de retorcerme y soltar una carcajada, me muerdo el labio como último recurso.

«¡Maldita sea! Lo voy a matar».

—Ya no te veo con aquel chico. ¿Es este tu novio, ahora? —pregunta la señora con evidente interés.

Trato de tomar distancia de Alex para negarlo sin balbucear, pero él me da un pellizco en el culo impidiéndomelo. La vecina sonrío. Estoy segura de que ya ha sacado sus propias conclusiones.

—Es muy guapo —dice—. Mucho más que el anterior.

—Gracias, señora —responde Alex contento.

Avergonzada y acalorada, miro para otro lado deseando con todas mis fuerzas que la mujer se baje pronto. Mis esperanzas se ven cumplidas cuando ella se detiene en el siguiente piso.

Cuando volvemos a estar solos, respiro aliviada.

—¿Tú crees que habrá cámaras de vigilancia aquí dentro? —dice Alex.

—¿Por qué lo preguntas? —respondo todavía algo enfurruñada por su forma de comportarse en público.

—Estás preciosa, Beca. Tanto que solo quisiera continuar con lo que dejamos ayer a medias.

Se inclina sobre mí, respirando sobre mi pelo. El vello de la piel se me eriza.

—Tal vez sí las haya —murmuro rápidamente—. Cámaras, quiero decir.

Él me sonrío con una mueca de diablillo y se aparta. En ese momento, las puertas se abren y salimos. Me llevo la mano al pecho, siento que me va a explotar.

—Espera aquí —le pido cuando entro en el piso, todavía algo nerviosa.

Miro por encima del hombro para asegurarme de que no me está siguiendo y, al comprobar que no se ha movido, me dirijo más tranquila hacia mi habitación. Cuando regreso con la caja donde he guardado sus deportivas, me encuentro a mis hermanos en la entrada, cargando todavía con las mochilas y examinando sorprendidos a Alex.

—Oye, ¿quién eres tú? —oigo preguntar a mi hermana Natalia. Hoy va disfrazada de hada, con unas alas a la espalda y una varita mágica que yo misma le hice con una pajita y papel de aluminio.

Alex se agacha y le entrega una estrella blanca de papiroflexia con muchas

puntas. Tanto Natalia como Diego y Víctor se quedan mirándola embobados.

«Así que eso es lo que estaba haciendo antes cuando me encontré con él», me digo.

—Toma, Alex, aquí tienes tus zapatillas —digo interrumpiéndolos.

—¿Es tu amigo? —pregunta Víctor. Creo que nunca le he visto tan emocionado.

—Algo así —respondo vagamente—. Natalia, dale las gracias. Y venga, id los tres a lavaros las manos y a cambiaros de ropa. Mamá está a punto de llegar.

Los echo prácticamente a empujones. Me doy la vuelta. El rostro de Alex revela una expresión de fragilidad que me confunde.

—Perdona. Mis hermanos son...

—Encantadores, como su encantadora hermana —añade con un guiño travieso. Echa un vistazo al reloj del mueble de la entrada y se pone serio—. Tengo que marcharme. Te veo mañana, Beca.

Me atrae hacia él tirando de la sudadera, se agacha perezosamente y me da un beso profundo, lento y mimoso, ahondando en su caricia con delicadeza y sensualidad. Para cuando me doy cuenta, estoy de puntillas rodeando su cuello con mis brazos, pidiendo más, incitándolo con la punta de mi lengua. Entonces él se echa hacia atrás y me mira de una manera que hace que me sienta inquieta. Sus ojos brillan con deseo, pero hay en ellos otra emoción nueva.

—Mañana no podré, Alex. Ya he hecho planes.

—Yo también.

Él me sonrío con aire misterioso y se va, dejándome con la duda. No obstante, rápidamente es remplazada por una nueva inquietud. No puedo quitarme de la cabeza esa tristeza y ese anhelo en sus ojos al mirar a mis hermanos. ¿Qué está pensando? ¿A qué ha venido ese beso tan distinto a los anteriores? Tan... tierno.

## Capítulo 32



—¿Qué hace ella aquí? —pregunto sorprendida volviéndome hacia Marta.

Mi amiga se encoge de hombros, igual de desconcertada que yo.

Todas las miradas se concentran en Elisa, que se ha plantado de brazos cruzados delante de nosotras en actitud desafiante. Alex y Carlos la acompañan. Xavi aún no ha llegado.

—Carlos, cariño. ¿Es que se te ha colado una serpiente en la mochila esta mañana? —dice Marta dando un paso hacia delante.

Carlos hace una mueca de falso dolor, previendo la discusión que se avecina.

—No hemos podido hacer nada para impedirlo, cariño. Elisa puede ser muy convincente si se lo propone —murmura de forma que únicamente los que estamos más cerca le oímos—. En cuanto supo que tu hermano venía...

La causante del conflicto desvía la atención hacia sus uñas y se ríe maliciosamente.

—Beca, ¿me pasas el insecticida que hay en mi maleta, por favor? Hay un bicho muy molesto que no me deja oír bien —dice Marta apuntando hacia Elisa sin ningún disimulo.

Laura se coloca a mi lado.

—¿Qué ocurre? —me pregunta con curiosidad.

—¿No lo has oído? —le responde Marta—. Que se nos ha colado una víbora en nuestro viaje de amigos. Repito, por si alguien todavía no lo ha pillado: viaje de «amigos» —dice subrayando la palabra, y esta vez volviéndose hacia Alex antes de que yo pueda contestarle—. Beca, mejor ni te molestes. Veo que Carlos ya se ha traído también el antipolillas.

Alex ni se inmuta por el insulto. Con cara soñolienta avanza unos pasos y se sienta en las escaleras del centro comercial que tenemos a nuestra derecha, el lugar donde Marta nos ha citado a todos a las siete de la mañana. A los pocos segundos, se queda dormido contra la pared.

«¿Se habrá pasado toda la noche pintando? Tiene más ojeras de lo habitual», pienso.

—Lo siento, cariño. Pero ¿qué quieres que haga? —dice Carlos.

—Propongo que lo abandonemos mientras duerme —sugiere ella.

—¿Por qué no lo dejamos estar? Cuantos más mejor, ¿no? —dice Laura

intentando calmar los ánimos.

Los hombros de Marta se alzan en una postura rígida. Cuando se dispone a responder, Xavi cruza a paso tranquilo por en medio de ambas, concentrado en su móvil.

—Me pareció oírte decir que no venías. ¿Qué haces aquí? —pregunta Marta desconcertada.

De algún modo, su llegada a mí no me sorprende en absoluto.

Xavi la mira durante un breve instante con rostro inexpresivo y luego continúa caminando hasta donde se encuentra Alex. Sin molestarse en contestarle, se sienta con las piernas estiradas y los ojos entrecerrados.

Marta resopla nerviosamente.

—¿Ya estamos todos? —dice Héctor, salvando la situación al aparecer justo en ese momento. Va vestido como un joven explorador en busca de aventuras y todo él desprende energía.

—Sí, en cuanto despertemos a los bellos durmientes —sisea Marta.

Carlos pasa por detrás de ella y la abraza, esparciendo pequeños besos desde su nariz hasta su boca.

—Venga, ya que estamos todos aquí al menos pasemos un buen rato. Te vienes en mi coche, ¿verdad, preciosa?

Marta ablanda el gesto. Parece a punto de ceder, pero aun así me mira preocupada.

—Con Óscar somos nueve —constato. Óscar asiente, todavía con legañas en los ojos—. Yo estaré bien donde me toque —la tranquilizo, echando un vistazo rápido a Alex cuando él no me ve.

—Yo voy con Héctor —interviene Elisa, poniéndose a su lado y tirando de su brazo.

Héctor intenta apartarla educadamente, pero ella se resiste y él acaba rindiéndose.

—Siendo así —interrumpe Marta—, prefiero aguantarte yo misma —le asegura—. ¿Por qué no vas con mi hermano, Beca? De verdad temo que acabe envenado por cierto reptil. —Carraspea y hace movimientos de cabeza para que la apoye.

—Ningún problema —acepto.

Ella me sonrío aliviada.

—Perfecto. ¿Y tú, Laura?

—Voy con Beca —responde sin pensárselo.

Unos minutos más tarde, Marta, Óscar y Xavi han acordado ir en el coche de Carlos. Solo queda Alex por decidirse, que continúa echado y al parecer dormido.

Me acerco a él y lo zarandeo suavemente por los hombros.

—¿Alex? Despierta. Tenemos que irnos.

Alex abre los párpados y acerca su cabeza a la mía de tal forma que tengo la sensación de que va a besarme allí mismo en los labios. Sin embargo, en el último instante cambia de parecer con una media sonrisa y me estampa un ruidoso beso en la

frente.

—Listo, nena —anuncia, poniéndose en pie.

Noto que todos nos observan y me ruborizo aún más.

Héctor frunce el ceño, pero no dice nada. Marta observa preocupada a su hermano.

—Entonces, vamos —gruño, mientras me limpio las babas que me ha dejado Alex.

Cuando llegamos al coche, Héctor me abre amablemente la puerta del copiloto, pero antes de que podamos darnos cuenta Alex ya ha ocupado el asiento. Con calma, se abrocha el cinturón sin disimular su regocijo.

—Cuando quieras, principito —dice con aire inocente, echándose hacia atrás con las manos en la coronilla.

—¿Y tu equipaje, Alex? —se interesa Héctor.

Parte de su brillo anterior ha desaparecido. Evidentemente, no le hace gracia que Alex venga con nosotros.

—Está a buen recaudo —le contesta guiñándole un ojo.

Héctor niega con la cabeza y cierra la puerta como si deseara estrellarla contra su cara. Elisa tampoco parece muy contenta con la idea de sentarse atrás, pues al entrar en el Land Rover le da una patada por detrás al sillón de Alex.

—¿Querías algo, Elisa? —se burla Alex.

—Nada, gatito —le responde ella mordaz.

Dejo que Laura ocupe el centro del asiento trasero antes de pasar, de modo que acabo justo detrás de Alex. Sin dudarlo, aprovecho para ser la siguiente en hundirle la puntera del zapato en el respaldo. ¿Por qué sigue dejándose llamar de esa manera por Elisa?

—¡Eh! —se queja. Baja el espejo de la visera parasol y me observa a través de él.

—Perdón, estaba colocándome —me excuso, sintiéndome de muy mal humor.

Alex desplaza su asiento hacia atrás, dejándome a mí con menos espacio. Sospecho que lo ha hecho deliberadamente.

—Lo siento, mis piernas son demasiado largas. No os importa, ¿verdad, chicas?

—Tengo una sierra detrás, si necesitas cortártelas —le ofrece Héctor arrancando el motor.

Aguanto una carcajada. No me cabe duda de que es hermano de Marta.

—No creo que eso sea buena idea. ¿Verdad que no, Beca?

Trago saliva. Alex está pensando en aquella vez que lamió mi herida en el almacén de La Abuelita. Él conoce demasiado bien mi fobia a la sangre.

Distraídamente, me froto el dedo que luce la pequeña cicatriz blanca de aquel accidente y me estremezco al recordar lo que ocurrió después en los vestuarios, cuando me besó rudamente mientras me empujaba contra la puerta y yo le rodeaba la cintura con las piernas. Mi respiración se empieza a agitar; al instante, una vanidosa mueca de satisfacción aparece en el rostro de Alex.

«¡Ojalá no pudiera leerme tan bien!».

Laura se remueve incómoda a mi lado. No soporta que las cosas se le pongan difíciles.

—A mí no me parece tan mala idea —dice con su vocecita titubeante.

—Siempre puedes sacarlas por la ventana, Alex. No creo que nadie note la diferencia entre tú y un perro —oímos decir a Marta.

Todos nos volvemos hacia el lado izquierdo, de donde asoma su cabeza. También ellos están preparados para salir.

—Monjita, tampoco creo que se note mucha diferencia entre tus gemidos y mis ladridos —le responde Alex sin amilanarse lo más mínimo.

Ella se pone roja como un tomate.

—Vámonos, cariño. ¡Buen viaje a todos! O mejor dicho, a casi todos —rectifica.

—Buen viaje también vosotros. Y llámame si ocurre cualquier cosa, Marta —insiste Héctor—. Id con cuidado —dice después de una pausa y mirando muy seriamente a Carlos. No hace falta que añada nada más ni que lo amenace para dejar claras las consecuencias en caso de que algo le suceda a su hermana.

Una vez nos hemos despedido, Héctor enciende la radio y un suave sonido invade el interior del coche. Elisa se apoya sobre su ventanilla y deja que le caiga todo el pelo como una cortina, ocultándola con un claro mensaje. Laura y yo nos ponemos a hablar entre susurros.

—Miguel parece bastante arrepentido, Beca —me suelta de repente.

Rasco con una uña una de las costuras de mis vaqueros.

—Eso dice Óscar —murmuro.

Me doy cuenta de que Héctor ha bajado el volumen de la música y de que Alex ya no tamborilea los dedos sobre la guantera.

—¿Vas al menos a solucionar las cosas con él?

Comprendo su afán por estar a bien con todo el mundo, pero no siempre lo comparto. Es imposible estar en armonía con todo el mundo cuando existen personas tan diferentes unas de otras y todas intentan imponer su propia razón. No importan los motivos que Miguel haya tenido para estar con otro tío y conmigo a la vez durante dos años. Ni el escritor con más imaginación del mundo podría justificar algo así.

De pronto entiendo por qué en realidad no soy capaz de perdonarlo.

—Mis sentimientos por Miguel ya no son los mismos, Laura.

Al decirlo en voz alta me siento liberada. Yo no quiero a Miguel, y ahora sé que nunca he estado enamorada de él. Es cierto que sentía cariño, pero estoy segura de que si realmente hubiera estado enamorada de él, cuando vino a mi casa después de pelearnos yo habría cerrado los ojos y habría seguido saliendo con él como si nada hubiera ocurrido.

—¿Es por...?

Laura no termina la frase, pero no es necesario. Levanto la cabeza y descubro a Alex mirándome a través del retrovisor derecho.

—Es por mí misma —respondo sinceramente.

—Entiendo. Aun así...

—No te voy a prohibir que sigas hablando con él. Comprendo que es tu amigo, Laura.

—¿Estás segura? Sé que Marta no está muy contenta con la idea y no me gustaría que os molestaseis conmigo. Os quiero mucho, tía.

Noto que está a punto de llorar, así que del mismo modo que hice hace dos noches con Óscar también le abrazo a ella.

—No estoy enfadada, y Marta tampoco. Ya sabes que ella se expresa de forma diferente a los demás, sobre todo con las personas a las que aprecia de verdad. Si no quisiera estar a bien contigo, no habría organizado todo este viaje en tan poco tiempo solo para estar todos juntos.

Mis palabras parecen reconfortarla.

—Gracias, Beca. Eres una tía guay.

Me echo a reír.

—Gracias. Tú también.

Elisa expulsa aire ruidosamente con sarcasmo.

Poco después, todos nos quedamos en silencio, y al final me quedo dormida.

—¡Ya hemos llegado! —anuncia una voz familiar.

Abro los ojos y estiro los brazos con pereza.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto como en un eco, a la vez que bostezo. Ahora que he dormido, me siento algo más descansada.

Alex, apoyado sobre su reposacabezas, me observa divertido.

—Desde aquí puedo ver al oso en la cueva —bromea, metiendo un dedo en mi boca.

Intento mordérselo, pero él lo retira a tiempo.

—Ten cuidado si no quieres que el oso feroz despierte y te dé un bocado —digo sacándole la lengua.

—¿Estás preocupada por mí? Si tú eres mi enfermera estaré bien —susurra con voz ronca, prácticamente pegando su frente a la mía.

Avergonzada por la insinuación de sus palabras, aparto azorada la mirada de él. Acabo de darme cuenta de que nos encontramos completamente solos.

—Alex, ¿dónde están los demás?



## Capítulo 33



—En la casa —responde Alex.

Me froto los ojos y pestañeo.

—¿Por qué no me habéis despertado antes?

Llevo una de las manos hasta el tirador de la puerta y la abro, dejando que el aire fresco de la montaña se cuele entre nosotros. El lugar es precioso: un paisaje cubierto de nieve blanca, con filas de pinos altos y verdes que parecen no tener fin mezclándose con casitas de campo que parecen sacadas del cuento *Hansel y Gretel*, el favorito de Natalia.

Después de todo, me alegro de haberle hecho caso a Marta. Hacía mucho que no salía de la ciudad a divertirme con mis amigos, y este es el lugar perfecto para ello.

Respiro profundamente hasta llenarme bien los pulmones, sintiéndome feliz y agradecida.

—Se te veía bastante agotada —comenta Alex examinándome con una expresión dura que me sorprende—. ¿Ayer también trabajaste por la tarde?

No me apetece repetirle lo que ya sabe, así que me paso a un tema mucho más importante en estos momentos.

—¿Por qué aquí solo estás tú, Alex?

Él me observa divertido.

—Me escapé —confiesa sin ningún remordimiento.

—¿Cómo no? Tendría que haberlo supuesto.

—¿Tal vez hubieras preferido que fuera ese principito el que te diese los buenos días?

Reprimo una carcajada. Me encanta verlo así.

—¿Estás celoso?

—Claro que sí. Los chicos malos no compartimos.

—Eso me gusta, las chicas buenas tampoco. ¿Algo más que deba saber?

—De momento, eso es todo.

Me fijo en que tiene el pelo más revuelto que de costumbre. Eso le da un aire atractivamente travieso que hace resaltar sus azules iris, hoy más grandes gracias al sol que brilla intensamente entre las nubes.

De manera inconsciente, alargo una mano, le acaricio la nuca y enredo uno de mis dedos entre su pelo. Fascinada, veo como Alex se va acurrucando perezosamente y

busca con su mejilla el contacto con mi piel, repartiendo pequeñas descargas de electricidad entre ambos.

—Tienes el pelo suave —susurro distraída.

—Lo sé —contesta.

«Menudo vanidoso», pienso.

Aprovechando que no opone resistencia a mi cercanía, me siento sobre las rodillas y examino las raíces de su pelo. Apenas se nota, pero efectivamente es de color rubio ceniza.

—¿Cada cuánto te lo tiñes?

Mi pregunta parece molestarlo. Se echa hacia atrás, como en un acto reflejo que hubiera adquirido para protegerse de comentarios indeseados, y me lanza una mirada cautelosa que me confunde. Pero entonces sonrío con un gesto torcido y recupera su expresión normal.

—¿Y tú cada cuánto te depilas?

—¿A qué viene eso ahora, Alex? —replico frunciendo el ceño.

Con el dedo índice aplasta la punta de mi nariz de manera cómica.

—¿Siempre haces tantas preguntas cuando te despiertas o es solo cuando me tienes cerca, Beca?

—Por regla general, ¿ignoras todas las preguntas o es solo cuando soy yo la que las hace?

Me saca la lengua de manera infantil, provocándome unas ganas irresistibles de tirar de ella.

—¿Es esto un juego de resistencia de preguntas? —continúa, desviando mi atención cada vez más de lo que realmente quiero saber.

Le aparto la cara con la mano, ocultando la fastidiosa curva de su boca que amenaza con hacerme sufrir un repentino desmayo, y voy hasta el maletero para recoger mis pertenencias. No obstante, me encuentro con que alguien ya lo ha vaciado.

—¿Dónde están mis cosas?

—¿En la casa? —responde él.

—¿Y qué no está en la casa? —me burlo con sarcasmo.

—¿Tú y yo? —contesta malicioso.

—¡Eh, chicos! ¿A qué estáis jugando, que parece tan divertido?

La que ha hablado es Laura, y da la sensación de necesitar urgentemente cualquier excusa para alejarse del interior de la risueña construcción de madera y piedra, posiblemente debido a alguna discusión reciente con Marta.

—Estamos jugando a algo muy sucio, no creo que te interese —dice Alex haciéndose el interesante.

Niego con la cabeza como si se tratara de un niño pequeño. Evidentemente, le está tomando el pelo.

—¿Vais a tiraros bolas de nieve? —pregunta Laura, sin advertir que ha caído en

su trampa.

—De momento ya tengo dos. ¿Te apuntas? —responde él con segundas, sin que Laura sospeche nada aún.

«¿Cómo puede ser que Laura no se dé cuenta de que esta conversación no tiene ningún sentido?», pienso asombrada.

—¡Claro! Esperadme aquí. Voy a por mis guantes y regreso —contesta ella efusivamente—. No empecéis sin mí.

Cuando ya ha desaparecido por la puerta de la entrada, golpeo a Alex en el brazo.

—¿Cómo puedes ser tan malo?

—¿No te lo dije? No soy un chico bueno —dice atrapándome entre sus brazos.

—¿Por qué le has dicho eso?

—Eh, a mí no me culpes. Es ella la que quiere jugar con mis dos bolas. ¿Qué clase de amigos tienes, Beca? —Chasquea la lengua como si estuviera disgustado y yo le doy un manotazo, o al menos lo intento, ya que logra esquivarme con gran facilidad haciéndome brincar a su alrededor—. Temo por mi cuerpo en esta casa llena de mujeres pervertidas y sedientas de hombres guapos —dice cubriéndose el pecho.

—Pues no haber venido —le espeto cruzándome de brazos.

—¿Y perderme esa preciosa cara enfurruñada tuya?

—Espera a que te alcance y no pensarás igual, imbécil.

Al intentar pillarlo, salto sobre una roca y acabo tropezando. De inmediato, Alex aparece a mi lado y me recoge, dejándome prácticamente de espaldas en el aire con un solo pie apoyado en el suelo. Entonces baja la cabeza hasta casi rozar su boca con la mía.

—¿Tantas ganas tienes de tocarme?

El vaho que sale de entre sus labios mientras habla se entremezcla con mi aliento. Me quedo hipnotizada por sus sensuales movimientos al pronunciar cada palabra. Tengo la sensación de que todo el universo gira a mi alrededor y únicamente Alex permanece quieto, convertido en el centro de todo.

Antes de que pueda contestarle, sé que solo hay una respuesta posible a este remolino de emociones que me embarga y me aturde al mismo tiempo.

Alex parece ver algo en mi rostro que provoca que su expresión se endurezca de repente, adquiriendo un matiz doloroso. Le miro a los ojos con preocupación y llevo mi mano hasta su mejilla, pero solo consigo que me devuelva la mirada con mayor intensidad. Un estremecimiento me recorre de los pies a la cabeza. Los dos dejamos de respirar durante un segundo que se hace eterno, infinito.

—Beca...

—¡Ya estamos aquí! He traído más jugadores, espero que no os importe —dice de pronto Laura.

Nerviosa, resbalo con los pies mientras intento incorporarme, pero Alex, atento, me mantiene sujeta y me ayuda a recuperar el equilibrio. No parece muy contento con la aparición de los demás.

Delante están Óscar, Elisa y también Xavi, que acaba de aparecer en el rellano de la entrada. Laura aplaude con las manoplas puestas y luego las frota entre sí.

—Propongo que nos dividamos en parejas, así será mucho más divertido —dice Elisa.

Su gran sonrisa no me produce ningún buen presentimiento.

—¡Claro! Me parece una idea fantástica —asiente Laura de inmediato.

A veces odio su ingenuidad.

—¿Cómo lo hacemos? —interviene Óscar, dando un paso al frente con decisión. Noto que rehúye mi mirada, como si se sintiera aún culpable por lo sucedido entre Miguel y yo.

—Números emparejados —sugiere Elisa al instante—. Yo le daré un número a cada chica del uno al tres que será secreto, y uno de vosotros deberá hacer lo mismo que yo pero con los chicos. Luego, bastará con que nos juntemos con la persona que tenga nuestro mismo número.

—Yo me encargo —dice Óscar levantando la mano como si estuviera en clase.

—Perfecto —asiente Elisa—. Tenéis dos minutos.

Ciento veinte segundos después Xavi termina con Laura, mientras que yo quedo emparejada con Óscar y Elisa con Alex.

¿Qué asqueroso juego sin sentido es este?

—Bien, ahora hagámoslo más interesante. —Elisa baja el volumen de la voz dándole un matiz mucho más misterioso—. Igual que con *Policías y ladrones*, dos de nosotros deberán quedarse aquí y contar hasta cien mientras los demás nos escondemos, con la variante de que una vez hayan acabado de contar, tendrán que irnos a buscar y, si nos encuentran, deberán alcanzarnos con bolas de nieve. ¿Quedan claras las reglas?

Todos asentimos. No obstante, cuando se echa a suertes quiénes serán los «policías» y resulta que nos toca a Óscar y a mí, comienzo a pensar en la posibilidad de que Elisa haya manipulado todos los resultados para salir ganando.

—Lo siento —se disculpa Óscar.

—¿Por qué? —le pregunto con curiosidad. Él agacha la cabeza sin responderme—. Contemos —digo, dando por zanjado el tema.

Mientras vamos contando, oímos pasos corriendo de un lado a otro, hasta que de pronto todo queda en absoluto silencio.

—Ya —grito para que nos oigan si es que no están muy lejos.

—¿Por dónde vamos primero, Beca?

—Creo que antes de nada deberíamos rodear la casa, ¿no te parece?

—Está bien.

Sin embargo, no encontramos a nadie aparte de Marta y Carlos, que están sacando unas bolsas al patio.

—¿Qué hacéis? —se interesa ella.

—Algo así como jugar al escondite. ¿Y vosotros?

Ambos comparten una miradita cómplice y se ruborizan. Yo levanto una ceja.

—Íbamos a por leña —explica Carlos demasiado efusivo.

—¿Vais a tardar mucho? Tenemos que ponernos de acuerdo para organizarnos —interviene Marta echando un vistazo a su reloj.

—Podéis echarnos una mano para buscarlos —propongo esperanzada.

Marta rechaza la idea automáticamente.

—Dejad que se mueran de frío y ya volverán ellos solitos. ¿Qué tal si nos tomamos un chocolate caliente mientras tanto?

—No podemos, hemos prometido que haríamos de policías —dice Óscar preocupado.

Le observo de reojo. ¿Qué le pasa que está tan nervioso? Pensaba que ya habíamos aclarado las cosas.

—Ya le has oído, Marta. Nos vemos en un rato.

Nos despedimos de ellos y nos alejamos del recinto.

—¿No se habrán escondido dentro? —pregunto pensativa, rascándome por detrás de la oreja.

—No —contesta con voz chillona Óscar.

Le miro extrañada.

—Pero bueno, ¿a ti qué mosca te ha picado hoy?

Se queda callado.

—Óscar, ¿todavía te sientes culpable por lo sucedido?

Me fijo en que junta los dedos una y otra vez, pero cuando él advierte que estoy mirándolo se guarda las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Creo que pueden estar por aquella zona, Beca. Antes se lo oí comentar a Elisa —murmura.

Sigo la dirección que señala. Queda algo lejos y parece un lugar peligroso, con tantos desniveles en el terreno y tanta nieve que oculta los huecos del suelo.

—¿Tú crees? —pregunto algo dudosa, pero entonces recuerdo que Elisa es capaz de cualquier cosa.

¿Y si en realidad no es Héctor quien le gusta, y todo este juego ha sido para dar caza a Alex? El mero pensamiento me da un escalofrío. No puedo quitarme de la mente la imagen de Elisa sobre el regazo de Alex en la fiesta de su residencia.

—De acuerdo. Por mirar no perdemos nada —acepto.

No tardamos mucho en llegar. Al ver el lugar más de cerca, tengo que darle la razón a Óscar: con tantos árboles y rocas, es un sitio perfecto para permanecer escondido durante horas sin ser descubierto, eso si no se tiene en cuenta el frío. Este lugar es como un congelador.

Avanzamos unos metros más, sin ver a nadie, y cuando estoy a punto de decirle a Óscar que nos demos la vuelta, alguien aparece por detrás de un enorme pedrusco cubierto de nieve.

—¿Qué haces aquí, Miguel? —Mi voz suena furiosa.

Me giro buscando a Óscar, pero este parece haber desaparecido milagrosamente.  
¡Maldita sea!

—Hola, Beca —saluda con una expresión inescrutable en el rostro.  
Lo miro directamente a los ojos, encarándolo.

## Capítulo 34



Saco el móvil y abro la agenda.

—¿Qué estás haciendo? —dice Miguel asustado.

—Me has quitado la pregunta de la boca. Eso me gustaría saber a mí. ¿Qué estás intentando conseguir en este lugar? ¿Quieres hacerme daño? ¿Es eso?

—No, claro que no. Por favor, escúchame —suplica desesperado.

Enfadada, descubro que no tengo cobertura suficiente para llamar a Marta.

—Quiero hablar contigo a solas sin que nadie se meta en medio, Beca. Hay algo que debes saber.

—Perfecto, pues entonces acompáñame a la casa. Allí podrás decirme todo lo que quieras.

—Rebeca. —Estira una mano y me agarra del brazo, deteniéndome.

—Ni se te ocurra tocarme, Miguel —le advierto, sintiendo como el vello de la piel se me pone de punta—. ¿Esto fue idea tuya o de Óscar? —pregunto.

—Eso no es importante ahora.

—¡Por Dios, Miguel! Estás loco. ¿Qué pretendes lograr siguiéndome hasta aquí y haciendo cómplice a un amigo?

—Lo hago por ti.

—Es repulsivo, así que por favor páralo ya. Esto me está empezando a preocupar.

Logro soltarme dándole un empujón, y echo a caminar intentando alejarme lo más rápido posible de él.

—Espera —le oigo gritar, pero ignoro su llamada y sigo hacia delante—. Es porque te estás follando a ese tío, ¿verdad? Por eso no quieres darme una segunda oportunidad ni escuchar lo que tenga que decirte, incluso si eso puede solucionarlo todo entre nosotros.

Me paro e inhalo profundamente, llenándome de paciencia antes de volverme.

—Ese ya no es tu problema, Miguel. —Hago una pausa, quiero que comprenda lo que le voy a decir—. Por favor, tú haz feliz a Óscar o al menos no mantengas sus esperanzas por más tiempo si es que dentro de ti queda un corazón que pueda bombear sangre de verdad. Yo ya no puedo ofrecerte nada de lo que me pides. Tú mismo lo estropeaste todo con tus propias elecciones.

—Da igual lo que te diga, ¿verdad? —Me quedo mirándolo fijamente sin decir nada, no hace falta—. Solo puedo quererte a ti, Beca —asegura—. ¿No hay nada de

esos dos años que estuvimos juntos que pese en tu conciencia?

Cansada, intento llamar de nuevo a Marta, pero continúa sin haber señal.

—No vale la pena que te explique todas las razones de por qué no tiene sentido lo nuestro si ni siquiera haces un esfuerzo por entender lo que te estoy diciendo — respondo, sintiéndome cada vez más frustrada. Me pregunto si habrá alguien cerca, no me gusta continuar sola por más tiempo en este sitio donde nadie puede vernos ni oírnos—. ¿Sabes? Haz lo que quieras, Miguel, pero no me metas en tus problemas. Como bien sabes, ya tengo suficientes —digo dándole la espalda.

Acelero el paso y trato de ponerme en contacto con Marta mientras voy saliendo del bosque. De repente noto que Miguel me agarra de la mano con intención de quitarme el teléfono.

—Por favor, Beca.

—¡Suéltame! —grito asustada—. Me haces daño.

—Solo quiero unos minutos —gimotea.

—Haberlo pensado ayer cuando estuvimos en clase.

—Si ni siquiera me mirabas, ¿cómo iba a decirte nada?

—¡He dicho que me sueltes! —le exijo todavía más alto.

Empezamos a forcejear, pero Miguel es mucho más fuerte que yo. De un empujón, acaba quitándome el móvil, y el impulso me lanza hacia atrás. Siento como mi cuerpo cae atravesando un montículo de nieve. Una sensación extraña me pone en alerta al notar que sigo hundiéndome sin poder hacer pie.

—Ayúdame, Miguel —grito angustiada.

Estoy siendo succionada hacia el fondo de manera aterradora. Debo de haber ido a parar a algún socavón o algo así.

Noto una sensación de mareo y ahogo al ver que no hay manera de salir de ese hoyo. Agobiada, inspiro hondo y me digo a mí misma que sí puedo salir de ahí. Comienzo a rascar a mi alrededor, buscando una rama o algo que me pueda servir, pero nada de lo que hago me funciona, todo lo contrario: continúo bajando, y moverme únicamente aumenta la velocidad de la caída. De repente, consigo agarrarme a lo que parecen unas raíces, pero sé que no aguantarán mi peso durante mucho tiempo. Si no aparece alguien pronto para rescatarme, estaré perdida.

—¡Beca!

Es la voz de Alex. ¡Dios mío! Intento sujetarme con más fuerza.

—¡Alex! —grito—. ¡Estoy aquí!

Unas manos me agarran de una de las muñecas y tiran de mí hacia arriba.

—Tranquila, Beca, voy a sacarte de aquí. Confía en mí y dame tu otra mano — dice con la voz entrecortada por el esfuerzo al subirme.

—¡Alex!

Al sentir como sus dedos se entrelazan con los míos, una paz interior se cuela por mis venas, dándome el suficiente valor para obedecer todas sus órdenes sin perder los nervios. Voy ascendiendo poco a poco hasta que sus brazos me recogen y me



estrechan con fuerza, apartándome del peligro.

—Gracias —lloro, sintiendo que la tensión por todo lo ocurrido me ha dejado muy debilitada.

—Estoy contigo, Beca. Vamos, ya pasó todo —susurra con un acento sedante que al principio penetra dentro de mí sutilmente, y luego se expande como una bomba de energía por mis articulaciones, suministrándoles vida y calidez—. No voy a permitir que nada malo te suceda. Te voy a proteger siempre, ¿me oyes?

Clavo las uñas en su camiseta y froto mi nariz contra su pecho, el lugar más seguro en estos momentos.

—Creí que iba a morir.

Me besa el pelo, sin importarle que esté mojado o sucio por el accidente, y me acuna. De repente, todo su cuerpo se tensa. Con delicadeza me coge de los hombros y me aparta de sí. Al mirarle veo una expresión fría e inescrutable que solo puede significar lo peor.

—¿Adónde vas, Alex? —digo alarmada.

—Elisa, cuida de ella un momento, por favor.

Sin esperar respuesta, me entrega a Elisa, quien me sostiene sin vacilar.

—Alex, ¿qué vas a hacer? —le pregunta Elisa temerosa.

Sin embargo, él nos ignora a ambas y se dirige hacia donde se encuentra Miguel, que está tirado en el suelo unos metros más allá, aferrándose aún a mi móvil y con un gesto aterrado en el rostro. Al acercarse Alex, se arrastra por el suelo temblando.

—Yo no lo hice. No fue intencionado, lo juro. Solo quería hablar con ella —farfulla rebuscando entre la nieve algo con lo que protegerse.

Finalmente, alza mi teléfono como única defensa, pero eso no detiene a Alex que, sin esfuerzo ninguno, lo levanta por la pechera del abrigo y lo estrella a gran velocidad contra el tronco grueso de un árbol, provocando que muchos copos blancos lluevan sobre ellos igual que al agitar una bola de cristal llena de purpurina en su interior.

—Hijo de puta —brama Alex con la voz cargada de odio y rencor.

—No, Alex, no lo hagas —chillamos Elisa y yo al unísono.

—Odio a los perdedores como tú que no valen nada.

—Por favor, no me hagas daño —solloza Miguel poniéndose de rodillas.

Alex vuelve a tirar de él hacia arriba con una sonrisa sádica en el rostro, para asestarle después un golpe en las costillas.

Se oye un grito de dolor terrible, que se introduce en mis oídos con una intensidad tal que me dobla en dos.

—Maldito desgraciado, tendrías que haberla protegido si de verdad la quieres. Pero la has puesto en peligro y la has abandonado a su suerte. Solo mereces pudrirte en tu propia mierda, imbécil —dice alzando el tono a medida que habla.

Esta vez le da varios puñetazos en el estómago y luego le alcanza la cara, provocando que escupa sangre. Desesperado, Miguel pide auxilio y llora de terror y

dolor tras cada arremetida, intentado por todos los medios escabullirse entre sus piernas.

—¡Dios mío! Lo va a matar.

Me cubro la boca con las manos. No puedo seguir viendo como Alex continúa no solo haciendo daño a otra persona, sino también a sí mismo por mi causa.

—Deja de pedir ayuda como una nenaza. Nadie te va a oír, igual que tú ignoraste sus gritos. ¡Puto cobarde! —ruge.

Le pega una patada tras otra. Alex está completamente fuera de sí, como si no pudiera parar. Sin embargo, necesita un freno, y si tengo que ser yo, pues que así sea.

Dejo a Elisa contemplando la escena con fascinación morbosa y corro hacia Alex.

—No vayas —grita Elisa—. Es peligroso. Ahora mismo no atiende a razones.

—No voy a quedarme de brazos cruzados.

—Entonces allá tú. Luego no digas que no te lo advertí.

Llego hasta Alex y le agarro de la cintura con todas mis fuerzas.

—Para ya. Hazlo por mí. ¡Alex!

—Esta basura casi deja que te hundas, Beca. No le defiendas, podrías haber muerto.

Cuando le miro a los ojos descubro un dolor devastador en ellos que me deja sin aliento y me parte el alma en dos. «¿Qué he hecho? Esto ha sido por mi culpa», pienso reprimiendo una náusea que sube de mi estómago hasta mi garganta y se convierte en un nudo que apenas me deja respirar. Me resisto a llorar de nuevo. «Tengo que ser fuerte», me digo.

—No lo estoy defendiendo. Pero mira cómo está, ya es suficiente. —Giro la cabeza hacia Miguel y Alex sigue la dirección de mi movimiento—. Estoy a salvo gracias a ti, no necesito nada más en estos momentos, Alex.

De pronto, mis palabras parecen hacerle recapacitar. Se queda quieto. Su pecho sube y baja acelerado, permitiéndome escuchar claramente cada latido de su corazón. Le cojo de los puños y beso sus nudillos sin siquiera plantearme lo ensangrentados que están ni a quién pertenece aquel líquido rojo y espeso. Mi fobia puede esperar.

—Llévame a la casa, por favor, Alex.

La adrenalina aún le hace temblar, pero asiente y me pasa un brazo por la espalda.

—Vámonos.

Al cruzar por delante de Elisa, me detengo brevemente.

—Por favor, ocúpate de Miguel.

Me mira como si estuviera a punto de negarse, pero entonces ve la cara de Alex y parece cambiar de idea.

—Está bien —cede—. Yo me encargo.

Recorremos en silencio el camino a la casa. Entramos pero no vemos a nadie. Subimos a la planta superior en busca de un baño donde pueda desinfectarle las heridas. En cuanto doy con uno, le meto dentro y cierro la puerta echando el pestillo.

Alex me observa inexpresivo.

—Acepto —digo.

—¿Aceptas qué?

Camino hacia él y le hago sentarse sobre la tapa del inodoro, sin contestarle aún. Incómoda, me quito el abrigo y lo dejo encima de un cesto de mimbre que encuentro junto al lavamanos. Me remojó los brazos en agua caliente, ignorando el escozor. Luego regreso a donde está Alex y comienzo la tarea de limpiar los arañazos y cortes de su piel. Está helado.

Una vez he terminado, me sorprende conduciéndome hasta su regazo frente a él, para después apoyar sus manos a ambos lados de mi cara. La ternura de sus ojos es como una caricia física. Parpadeo emocionada.

—«Acepto» es la respuesta a tu pregunta de la otra noche —le explico, sintiéndome repentinamente tímida—. Sí quiero ser tu novia... si tú aún quieres.

Acabo hablando tan bajito que temo que él no haya podido oírme bien, pero entonces me sonrío.

—Gracias —responde besándome los párpados con suma delicadeza.

Ese gesto tan tierno se lleva consigo todas las fuerzas que me quedan y me echo a llorar. Alex va secando cada lágrima con sus labios.

—Debería ser yo la que te agradeciera lo que has hecho hoy por mí. Me has salvado la vida.

—No, Beca. Tú me has salvado a mí, en muchos sentidos, y yo a cambio solo te he contado una mentira tras otra. Mentí cuando te dije que fue a mi hermano a quien viste hace dos años en el aeropuerto. Sabía quién eras desde el principio, porque yo era aquel chico que te ayudó.

—Alex...

—Por favor, déjame terminar. Necesito que sepas el tipo de mala persona que soy antes de que tomes la equivocada decisión de permanecer a mi lado.

Asiento y apoyo mis manos sobre su pecho. Alex las recoge entre las suyas y las aprieta con cariño.

—Cuando te vi por primera vez en aquella cafetería, mi hermano ya se había fijado en ti. Pero él era demasiado tímido para pedir a una chica desconocida su número, así que me ofrecí a ir en su lugar y conseguirselo. Sin embargo, cuando iba hacia ti, tropezaste arrojando todo el café encima de aquella bola de grasa. —Una arruga se le forma sobre el puente de la nariz, como si estuviera recordando algo desagradable—. Después de aquello, quise ayudar a Eduardo, pero tu voz —me roza los labios con el pulgar—, tus ojos, tu pelo largo y castaño, hasta tu curiosa manera de vestir me dejaron fascinado. De repente, quería ser egoísta, necesitaba conocerte hasta el más mínimo detalle. Beca, yo no soy alguien que ceda lo que le gusta, de eso ya se encargaba mi hermano siempre que nos peleábamos. Así que cuando tuve la oportunidad, me mantuve callado y te obligué a hacer aquella estúpida promesa de que seríamos amigos si volvíamos a vernos.

—Te marchaste antes de que pudiera despedirme. ¿Por qué?

—Porque no tenía derecho a hacerlo. Soy un tipo horrible, Beca. No puedo controlar mis sentimientos, pero tampoco puedo entregarte a otro capullo. Si empezamos a salir juntos no habrá vuelta atrás. No voy a dejarte marchar de nuevo.

## Capítulo 35



El corazón me palpita tan deprisa que lo siento en todas las partes del cuerpo. Intimidada por su inesperada confesión, guardo silencio durante varios segundos mientras ambos compartimos una mirada de inquietud.

Quiero conocer más a Alex. Quiero conocer lo bueno y lo malo, lo que teme y lo que le da valor. Quiero que cada instante suyo me pertenezca y que siempre confíe en mí, como ha hecho ahora.

—Entonces, no me dejes marchar —digo deslizando mis manos hasta sus hombros fuertes y perfectos.

Fascinada, me fijo en que tiene la camisa mojada y se le adhiere al torso como una segunda piel. Pero no veo su bufanda por ningún lado. Ha debido de perderla al ir a rescatarme.

—No voy a hacerlo —murmura con la voz ronca.

Su gesto se ha transformado en una ruda mueca de insolencia que me exaspera y me excita a partes iguales.

—No debería sentir esto por ti.

—Lo sé, Beca. No deberías.

Una sutil sonrisa comienza a florecer en una de las comisuras de su boca, pero entonces la mirada de sus ojos se oscurece de manera preocupante.

—¿Qué ocurre, Alex?

—Deberías huir de mí ahora que estás a tiempo.

—¿Lo dices por lo que pasó con tu hermano? —pregunto arqueando una ceja.

Se queda callado, por lo que interpreto su silencio como una respuesta.

—No conozco a tu hermano pero, por lo poco que has comentado de él, parece una buena persona. Alex, no te culpes por lo que ocurrió hace dos años, estoy segura de que él no lo haría.

Como respuesta, suelta unos gruñidos perezosos y oculta la cabeza en mi pecho de tal modo que me saca una carcajada.

—No hablemos más de mi hermano mientras te tenga entre mis piernas.

Me río de nuevo y le revuelvo el pelo con cariño, hasta que de repente noto que sus dientes se hunden desvergonzadamente sobre mi camiseta, llegando a penetrar incluso mi sujetador por el lado izquierdo. Sorprendida, pego un brinco en su regazo y le empujo.

—¡Alex!

—Quiero que me des de comer —pide en un tono persuasivo relamiéndose los labios.

—Tú no eres precisamente un bebé.

—Por suerte no —dice pasándome las manos por el culo y arrimándose con descaro contra él. El choque hace líquido en mi interior con una deliciosa sensación de dolor y necesidad que me turba y da color a mis mejillas.

—Por suerte —corroboro con una sonrisa coqueta.

Alex me dedica una mirada lasciva y aprieta mis nalgas, provocando que exhale un suspiro de placer y quiera ser más atrevida. Cuando me doy cuenta, ya estoy moviéndome en lentos y rítmicos círculos sobre él.

Escucho con satisfacción como cada inspiración de Alex se ve más afectada, entremezclándose con unos pocos sonidos graves, mientras el remolino de emociones que me posee con cada fricción hace que mi sed por tocarlo y sentirlo crezca a una velocidad imparable, estimulando y enardeciendo todos los rincones de mi cuerpo.

—Vas a hacer que me corra en los pantalones, cariño.

—¿Eso es posible? —le reto inocentemente.

Alex cierra los ojos con fuerza e inhala profundamente mientras me inmoviliza la cadera. Cuando los abre, un resplandeciente brillo de deseo baila en ellos con una danza salvaje y apasionada.

—¿Quieres ponerme a prueba? —dice robándome un beso travieso que acaba convirtiéndose en algo serio y urgente.

Su *piercing* se enreda con mi lengua peligrosamente, acariciando la parte interna de mi boca con brusquedad hasta el fondo. Cuando se retira hacia atrás, Alex vuelve a la carga recorriendo con pequeños mordiscos mi labio inferior, enrojeciéndolo y sensibilizándolo hasta arrancarme un gemido de las profundidades de mi estómago. Un hormigueo intenso se desliza hacia abajo, humedeciendo la zona intermedia y caliente de mis muslos.

Llevo las manos hasta el pelo de Alex y hundo mis dedos en él, buscando el contacto físico e inmediato con su cuerpo.

—Esta... ropa... —protesta Alex intercalando lo que dice con engatusadores roces de sus labios sobre mi clavícula— es molesta.

Hipnotizada por el encanto de su acento rudo y *sexy*, dejo que me desvista, y me quedo prácticamente desnuda de cintura para arriba, a excepción de la ropa interior.

—Preciosa —dice escrutándome de manera ardiente y posesiva—. Eres increíble, Beca. Y eres toda mía.

Vuelve a fundir exigente su boca con la mía, apoya las manos en mis hombros y desliza con los pulgares los tirantes de mi sostén hacia los lados antes de que siquiera pueda percatarme.

—Mía —repite en un susurro, alejándose un poco de mí y colmándose con el cosquilleo dulce de su aliento antes de desviar su atención otra vez al arco de mi

cuello.

Succiona la carne con fuerza, arrebatándome el aire de los pulmones.

Cuando estoy a punto de gritar su nombre, él me hace callar con la mano libre y profundiza más en su beso, marcándome placenteramente igual que un vampiro. Mi mente se pierde en los recuerdos de la primera vez que volví a ver a Alex después de dos largos años. El momento justo en el que me arrinconó sin ningún miramiento contra la pared del Florida Night para rehuir a aquella extraña mujer, e hizo algo similar sin llegar a tocarme. ¡Dios mío, cuánto he deseado esto!

Empujo su cabeza colocándome de modo que tenga mayor acceso a mi cuerpo, y gimo a través de sus dedos cuando pellizca mi pecho derecho, endureciendo la punta hasta que queda completamente erecta bajo la fina tela.

—Necesito tocarte —digo ásperamente—, piel contra piel.

—Con calma, cariño. Todo a su debido tiempo.

Refunfuño sin esconder mi desacuerdo, lo que le arranca una sonrisa sincera que va oscureciéndose según voy dibujando eses hasta detenerme sobre su ombligo, desobedeciéndole juguetonamente. Alex me observa atento, pero no frena ninguno de mis avances, lo que me da el suficiente valor para continuar arriesgándome. Levanto un poco su camiseta, desabrocho el botón de sus vaqueros y deslizo tímidamente mis dedos sobre el bulto creciente.

De repente, Alex coge mi mano, y temo que me va a parar.

—Déjame que te enseñe, Beca.

La tensión que había sentido un instante antes desaparece bajo sus amables palabras. Alex termina de bajarse la cremallera y afloja los botones de sus *boxers* negros sin apartar de mí la mirada. Cuando su miembro se muestra en todo su esplendor, me quedo observándolo embobada.

—Es grande —comento espontáneamente.

Alex se ríe petulante, lo que me ruboriza. Odio ser una principiante en materia sexual.

—¿Nunca llegaste más allá de los besos con ese idiota? —pregunta sorprendido.

Hago un mohín, enfurruñada y al mismo tiempo avergonzada por tener que oír esa verdad de Miguel justo en un momento tan íntimo para nosotros.

—Eso no es algo de lo que una chica deba hablar, Alex.

Hace una mueca burlona ante mi comentario, así que me giro para ocultar mi bochorno, pero él me obliga a prestarle atención atrayendo mi barbilla con el pulgar y el índice.

—Mírame bien, Beca. A partir de hoy, voy a robarte todas tus primeras veces como si no hubiera existido un antes —declara con una convicción y una seguridad arrolladoras—. Todo lo que necesites saber, vamos a descubrirlo juntos —añade, y a continuación guía mi mano hasta su parte viril y me ayuda a rodearla.

—Alex...

—Frótalo de arriba abajo con cuidado —explica.

«Es suave», pienso.

—¿No te haré daño? —me preocupo.

—Si lo haces, te avisaré —dice con esfuerzo ofreciéndome una sonrisa tranquilizadora.

Un silencio extraño y sobrecogedor surge entre nosotros a medida que nuestras manos van moviéndose al unísono sobre su miembro. Al poco, Alex entrecierra los ojos y va liberando poco a poco la presión que ejerce con su mano, hasta que al final la aparta. Embelesada, descubro que al aumentar el ritmo su miembro se pone más duro y se vuelve más grande entre mis dedos, así que comienzo a probar distintos tiempos, embebiéndome con cada expresión de placer y dolor que observo en el rostro de Alex.

Un ronroneo grave vibra en su garganta antes de que tuerza la boca y maldiga en voz baja cuando un líquido blanco comienza a salir del extremo de su miembro, salpicándome. De pronto, la musculatura de Alex se afloja.

—¿Lo he hecho bien?

—Más que bien, nena —dice, repitiendo lo mismo que le dije yo cuando estuve en su estudio y él me tocó a mí.

Somnoliento, me atrae hacia su pecho y me besa con ternura la frente mientras me masajea la espalda. Al poco tiempo me doy cuenta de que en realidad está dibujando una letra, la A mayúscula.

—¿Qué haces? —murmuro divertida.

—Estoy marcándote.

—¿Con tu inicial?

—Con todas las palabras que van a atarte a mí para siempre.

Me río intrigada.

—¿Y puedo saber cuáles?

—¿Tienes curiosidad?

—Por supuesto —digo jugando con el cuello de su camisa.

«Ojalá hubiera conseguido quitársela», me digo.

—La próxima vez que vengas a mi taller, te lo diré.

Un destello pícaro cruza por sus ojos antes de lanzarse a morderme la punta de la nariz. Le aparto poniendo un gesto de falso rencor.

—Tramposo.

Él se echa a reír y me besa.

—Estás deliciosamente manchada —se burla.

—Tú tienes la culpa.

Me hace a un lado con cuidado y se levanta para subirse la cremallera.

—Espera aquí, voy a buscar algo para limpiarte.

Saca una toalla blanca de uno de los cajones que hay bajo el lavamanos y la humedece bajo el grifo. Al regresar, se acucilla frente a mí.

—Yo puedo hacerlo, Alex.



—Lo sé —dice frotándome el tejido rugoso sobre el estómago, produciéndome un agradable cosquilleo—, pero yo puedo hacerlo mucho mejor.

—Ja, ¿y qué no haces mejor que el resto de la humanidad?

De repente, su semblante se ensombrece.

—Si no me hubieras detenido, lo habría golpeado hasta el final —murmura serio.

Enseguida sé que se refiere a Miguel.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

Le da la vuelta a la toalla y la pasa con lentitud por mi cuello.

—Elisa y yo vimos que Óscar regresaba solo a la casa. —Resopla—. No debí haber dejado que ese estúpido juego nos separara.

Le cojo por la barbilla al ver que inclina la frente culpándose a sí mismo por lo sucedido.

—Nadie podía adivinar que Óscar y Miguel habían tramado algo así, Alex.

—Si llega a sucederte algo...

Su forma de reaccionar me preocupa.

—Estoy bien —digo abrazándolo por la cabeza.

De repente, oímos voces llamándonos por nuestros nombres.

—Deben de estar buscándonos. Será mejor que salgamos de aquí.

Alex asiente.

Termino de vestirme rápidamente y me arreglo el pelo. Cuando me doy la vuelta, él ha recuperado su media sonrisa que le da ese rudo atractivo sexual que me enciende y me sacude por dentro. Lleva la camisa atada a la cintura, ocultando las pruebas de nuestro momento especial en sus pantalones.

—¿Lista?

—Lista —contesto con una expresión de felicidad.

Me acerco a la puerta y me aseguro de que no hay nadie en el pasillo. No obstante, al salir algo cruje bajo mis pies. Al mirar hacia abajo descubro la procedencia del ruido: la pantalla rota de mi móvil.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alex desde atrás.

Al no responderle, se asoma por encima de mi hombro y echa un vistazo al suelo. Cuando le miro, veo como sus ojos destellan de forma peligrosa.

—Alex, no.

—Ese hijo de perra... —dice antes de salir disparado.

## Capítulo 36



Me guardo apresurada mi móvil roto en uno de los bolsillos del abrigo y salgo corriendo tras Alex, pero va él tan rápido que me cuesta seguirle el ritmo.

—¡Alex! —digo intentando detenerle.

—Ha de estar por aquí —murmura para sí mismo.

No parece escucharme.

Espero frustrada mientras él va abriendo con violencia todas las puertas que encuentra a su paso por el largo pasillo, con un suelo de baldosas rústicas prácticamente ocultas bajo una vieja y sencilla alfombra de color granate. Esta casa rural es bastante grande, tanto que si la tía de Marta se lo propusiese podría funcionar como un pequeño hostel para pasar las vacaciones. A nosotros, no obstante, desde que hemos llegado nada nos está saliendo bien.

Me permito echar un vistazo a la pared que queda a mi derecha, decorada con un hermoso mural que muestra un paisaje verde que contrasta con el exterior nevado. Agotada, sigo con la mirada como Alex va revisando las siete puertas que conducen a las siete habitaciones de la planta en la que nos encontramos, aunque ahora mismo todas parecen estar vacías. Finalmente, cierra la última puerta, bastante cabreado.

Exhalo un suspiro de alivio y descanso la frente sobre una ventana enmarcada por unas cortinas de encaje recogidas a lado y lado mediante una lazada también de encaje. Xavi y Laura han salido a buscarnos fuera y ahora mismo se dirigen hacia el bosque, cerca de donde hemos tenido el accidente nosotros. No consigo ver por ningún lado la silueta con forma de champiñón de Óscar. ¡Menuda rata escurridiza! Debe de haberse escondido.

Giro la cabeza de derecha a izquierda sintiendo lástima por él y aparto la mirada del cristal. Estoy preocupada por que Laura o Xavi puedan caer en algún socavón como yo, así que me dirijo hacia Alex para comentárselo. Está apoyado de espaldas contra la pared y tiene la barbilla alzada hacia el techo.

—¿Ya has terminado? —pregunto situándome frente a él con los brazos cruzados—. Deberíamos regresar con los demás antes de que crean que nos ha ocurrido algo serio. Xavi y Laura...

—Joder, Beca —me interrumpe—. ¿Consideras que esto no es «serio»? Por favor, piensa un poco. Ese inconsciente con el que salías ha estado a punto de cometer un delito por el que podría ir a la cárcel. —Suelta una carcajada llena de cinismo que me

hace arrugar el ceño.

—¿Y por eso tienes que hablarme así? ¿Crees que yo no me preocupo? También yo me siento frustrada. ¿Sabes cuánto tuve que trabajar para comprarme ese móvil? Estoy tan enfadada que quiero liarme a golpes con todo. —Se me quiebra la voz—. Incluso podría echar a correr desnuda por la nieve sin sentir siquiera el frío. —Me llevo un puño con fuerza hacia el pecho, embargada por la pasión de mis emociones—. ¡Esto me quema igual o más que a ti, pero también estoy asustada, Alex! —confieso muy nerviosa.

Veo como se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos durante un instante. Cuando vuelve a abrirlos, parece mucho más calmado, como si mi arrebatado de furia se hubiera llevado todo su afán por encontrar a Miguel y reducirlo a cenizas.

—No quiero que compartir mis problemas contigo signifique que tú tengas que asumir toda la responsabilidad —murmuro, notando un ligero escozor en los lagrimales al recordar todas las veces en las que él ha estado a mi lado apoyándose y haciéndome reír o rabiarse para distraerme—. Eso no nos va a ayudar a ninguno de los dos.

De pronto, Alex me envuelve en un gran abrazo que me coge desprevenida. Sus fuertes brazos me rodean la espalda obligándome a echarme hacia delante. Su camiseta blanca sigue aún un poco húmeda, pero es como si bajo ella hubiera una chimenea llameante de la que saltan chispas.

Parpadeo.

—¿Sigues en pie lo de correr desnuda por la nieve? Tengo mi cuaderno de dibujo en la mochila y si me das un minuto...

Su aliento caliente roza la parte posterior de mi cabeza, enviándome un escalofrío por la espina dorsal y consiguiendo casi que me ablande. No obstante, ver como me maneja a su antojo me acaba crispando mucho más.

Intento soltarme, pero Alex me aprieta más contra su cuerpo. Las capas de ropa que nos separan se conviertan en mi última cuerda de salvación. Necesito mantenerme firme en esto.

—No cambies de tema de esa manera, eso es jugar sucio —le espeto, deslizando mis manos hasta sus antebrazos para tomar el suficiente impulso y alejarlo de mí, pero entonces él me detiene y vuelve a hablar sin atisbo alguno de su habitual fanfarronería.

—Cuando te vi en aquel hoyo me vino a la memoria un recuerdo desagradable. Me puse furioso.

Me quedo callada y muy quieta. Lo ha dicho tan bajo que no estoy segura de haberlo oído bien, pero definitivamente esa debe ser la razón para que esté actuando de un modo tan extraño.

—Lo siento si te he asustado, Beca, pero no me arrepiento de lo que le hice. Ese maldito perturbado se lo merecía.

—Alex...

—No voy a permitir que ese imbécil siga acosándote, y mucho menos que se aproveche de tu buena fe. Te juro que si se le ocurre volverse a acercar a ti, lo mato, Beca. Y ni siquiera tú vas a poder detenerme esta vez.

Respira de manera irregular y me observa impasible.

Va a cumplir su promesa y sé que solo puedo responder a toda esa terquedad de un modo. Me alzo sobre la puntera de mis deportivas y me apoyo sobre su terso abdomen para alcanzar con mi boca sus labios. Noto como al principio la sorpresa de mi caricia le tensa las facciones, pero no tarda en dejar de resistirse y devolverme el beso con rabia y deseo. Cuando comienzo a perder el equilibrio y las rodillas me flaquean, Alex se inclina hacia delante y profundiza impetuosamente el roce de sus dientes sobre mi piel ya humedecida por su lengua caliente.

Una turbadora sensación se adueña de mí mientras Alex me aprisiona con sus manos llevándolas a mis mejillas y a continuación me suelta el pelo; sus manos me atraen hacia él y me roban el aliento, desorientándome.

Al distanciarnos para tomar aire, compruebo que ahora sí he logrado captar su interés, al menos el suficiente para que me escuche, a pesar de que sus pupilas destacan oscuras sobre el cielo turbulento de sus iris como si fueran a fundirme con un rayo de lujuria.

—En estos momentos, Elisa debe de estar con Miguel curándole las heridas — Alex me mira con perplejidad—. Tal como acabó, me cuesta creer que haya podido seguirnos y luego dejar mi teléfono en la puerta del baño —digo intentando razonar con él, ignorando la manera suspicaz en que me mira—. ¿No crees que deberías contar con la posibilidad de que haya sido otra persona? Elisa podría haberse encontrado con Óscar y haberle entregado mi móvil para devolvérmelo...

Me echo hacia atrás para poder estudiar su reacción ante mis palabras, y esta vez él no me lo impide.

Alex juega con el *piercing* de su lengua. Una expresión enigmática revolotea por su rostro, como si estuviera dándole vueltas a algún otro asunto que nada tiene que ver con el presente ni con lo que acabo de decirle.

Enfadada por su falta de atención, le pellizco los pectorales. De inmediato, baja la mirada hacia mí y me aparta las manos. Sus ojos azules irradian desaprobación.

—¿Qué te pasa? ¿Y si yo te hago lo mismo a ti?

Sigo la dirección de su mirada y me cubro alarmada el pecho. Viniendo de él, puedo esperarme cualquier cosa.

—No me estabas escuchando —me defiendo.

—Sí te escuchaba.

—No, no me escuchabas —insisto.

Una sonrisa burlona cruza su rostro.

—Hace un momento no te quejabas tanto, cuando mis manos estaban sobre esa misma zona —señala con orgullo.

Bajo los brazos rápidamente e intento componer un gesto serio.

—¿Puedes concederme tres minutos de tu tiempo o he de llamar a tu secretaria para pedir hora?

La mueca de su cara se agranda todavía más.

—Si vas a sacar otra vez ese tema y a defender al idiota de tu ex, prefiero despedir a esa triste secretaria de la que hablas.

—Claro, tú contribuye al paro.

Alzo los brazos al techo.

—Me rindo, Alex. Voy a buscar a los demás, tú haz lo que quieras.

Le dejo atrás y bajo las escaleras. No obstante, cuando me giro no veo que me siga.

—Tú eres el verdadero idiota —murmuro enfurruñada dirigiéndome a grandes zancadas hasta la entrada.

Al abrir, un montón de paquetes y bolsas se precipitan sobre mí y me hacen caer de culo.

—¿Beca?

Héctor me observa angustiado a apenas unos centímetros de mí, también en el suelo. Unas lechugas y algún que otro tomate, ahora pringoso, impiden que nuestros cuerpos se rocen.

Tras un intenso segundo de inquietud, ambos nos echamos a reír.

—¿Podrías levantarte? Creo que tengo un calabacín clavándose en mi espalda —comento guiñando un ojo a la vez que intento librarme de la hortaliza.

—Claro, perdón —se disculpa Héctor poniéndose de pie de manera apresurada.

—Veo que sigues siendo tan torpe como siempre —comento entre risas y sacudiéndome la ropa, aunque nada puedo hacer con las manchas.

—Ni yo mismo comprendo cómo puedo correr tan rápido en las pistas sin tropezar —bromea agachándose para recoger todo lo que se ha caído.

Le sonrío con amabilidad mientras me pongo a su lado para colaborar. Hubo un tiempo en el que soñé casarme en un futuro no muy lejano con el hermano mayor de mi mejor amiga. Recuerdo que Marta me ayudó a escribir una carta de amor para entregársela, pero entonces le encontramos en su habitación besándose con una chica y nos fuimos corriendo. El disgusto me duró semanas, e incluso llegué a creer que nunca volvería a fijarme en ningún otro chico. Más tarde apareció Miguel con una rosa y acepté sin pensármelo dos veces. Cierro los ojos ante esas imágenes que acuden a mi mente de forma involuntaria.

—¿Estás bien? —se interesa Héctor.

—No es nada —contesto automáticamente, pestañeando rápido para borrar la sensación. Vuelvo a sonreír para tranquilizarlo—. ¿Adónde vas con tanta verdura?

Héctor lanza un suspiro.

—Marta quiere ponerla toda a la brasa con panceta y chorizo para comer.

—Uhm... suena bien. Deja que te eche una mano.

—Gracias —dice con una expresión sincera de gratitud.

Me pasa un par de bolsas, quedándose él con las más pesadas, y cuando se da la vuelta para cerrar la puerta llegan Xavi y Laura con las mejillas y las orejas enrojecidas. Al verme, Laura salta entusiasmada y luego me abraza.

—¡Por fin! Menos mal que estás bien, tía. Antes oímos gritos y salimos de nuestros escondites para ir a ver qué pasaba, pero no vimos a nadie. ¿Dónde están los demás?

Héctor me observa preocupado. De ninguna manera puedo contarles que casi acabo enterrada en un agujero por culpa de Miguel, y mucho menos aún puedo explicarles lo mucho que Alex se ha enfadado con él.

—Por ahí, se cansaron de jugar —miento.

Xavi se marcha sin decir nada y enciende el televisor de la sala de estar. Se deja caer ruidosamente sobre el sofá y pone una pierna encima de la mesita. Creo que está enfadado. Laura, mucho más expresiva que él, se inclina y me mira con un mohín lamentable incluso para ella.

—Al menos podrías habernos avisado. Hemos pasado un frío de muerte.

—Lo siento —me disculpo terriblemente avergonzada—. Iba a llamaros, pero mi móvil se rompió. —Se lo enseñó para que vea que no la engaño y sus ojos se abren de par en par.

—¡Ostras! ¿Qué has hecho para dejarlo así? —dice asombrada.

—¿Golpearlo con una piedra? —interrumpe Marta, mientras pasa entre Héctor y yo para meter una cebolla dentro de una bolsa—. Si queréis comer pronto para poder ir esta tarde a las pistas de esquí, será mejor que os cambiéis rápido y bajéis a colaborar. Esto también va por ti, Xavi.

El aludido sube el volumen de la tele, por la que están emitiendo una carrera de fórmula 1. Marta resopla enfadada, y aunque todo parece muy normal, siento que algo le sucede. Está evitando deliberadamente el contacto visual conmigo, como si tratara de esconder un secreto.

—Trae, yo me ocupo de eso —dice cogiendo todo lo que estoy cargando.

—¿Pasa algo? —le pregunto en un susurro para que únicamente ella pueda oírme. Me mira un segundo y sonrío.

—Nada.

Entrecierro los ojos y le escudriño la cara con preocupación.

—¡Oye! ¿Vas a quedarte ahí petrificada mirándome mientras el jugo de tomate te resbala por el abrigo? —dice Marta.

Por fin se dirige directamente a mí, aunque aprovecha la ocasión para darme un buen repaso de arriba abajo. Todavía llevo el pelo suelto; ni siquiera recuerdo haber recogido del suelo la goma que perdí cuando Alex tiró de mi coleta para besarme.

—No, voy a ponerme algo cómodo y vuelvo —respondo tensa, teniendo un mal presentimiento. Conociéndola, lo normal es que hubiera hecho algún tipo de comentario ingenioso, como compararme con la niña de *El exorcista* o algo así, pero ha sonado tan forzada que me hace sospechar aún más.

Sigo con la mirada como se da la vuelta y tira de Héctor hacia la cocina.

—Voy contigo, Beca —dice Laura acompañándome hacia arriba—. Así te llevo hasta tu habitación. Está justo entre la mía y la de Marta.

—Fantástico —contesto distraída.

—¿Verdad? Fui idea mía; así por la noche podremos reunirnos las tres en alguna habitación sin que los chicos se enteren —comenta orgullosa.

Asiento sin hacerle mucho caso. Me siento incapaz de seguir el ritmo de su conversación a la velocidad en que encadena una palabra con otra. Cuando caminamos por el pasillo veo mi goma de pelo. Al agacharme para recogerla me parece oír a dos personas discutiendo. Hago callar de inmediato a Laura llevando mi dedo índice a sus labios y luego señalo una puerta entreabierta. Las dos nos pegamos a la pared de forma que no podamos ser descubiertas, igual que unas marujas.

—¿Puedes dejar de maullarme? Me duelen los oídos —replica Elisa con descaro.

—Elisa, no me calientes más —le advierte Alex en un tono grave.

—Sabes que puedo hacer algo mucho mejor que eso, gatito. ¿Por qué no dejas que te lo demuestre como en los viejos tiempos? —sugiere melosa, arrastrando las uñas sobre el pecho de Alex.

«¡Maldita guarra!», pienso asqueada.

Para ver mejor a través de la rendija, Laura tira de la manga de mi abrigo al intentar asomarse por encima de mí.

—No me interesa —contesta Alex, imperturbable ante sus caricias—. Responde a lo que te he preguntado si no quieres verme cabreado de verdad.

Elisa empalidece; parece haber perdido parte de su audacia. Sé que está recordando lo mismo que yo.

—Eres un aguafiestas —dice por fin, recuperándose—. Ya te lo he dicho: dejé al inútil ese con su noviete y luego me vine para la casa.

—¿Y qué más? —insiste inflexible Alex.

Elisa gira la cabeza hacia el lado contrario de donde nos encontramos.

—Vi a la bocazas de Marta pegando la oreja al baño. Cuando se dio cuenta de mi presencia, soltó una estupidez de las tuyas y se marchó. Esa hipócrita me amenazó con echarme de la casa para que no dijera nada.

—Ese no es mi problema. Continúa.

Elisa le observa rencorosa.

—El imbécil aquel me pidió que le devolviera el móvil a su propietaria, así que eso fue lo que hice.

—¿Y el suelo es «su propietaria»?

Elisa se aclara la garganta.

—Ella ya tiene su móvil, ¿no? —replica nerviosa.

—¿Te refieres a esa chatarra que vi en el «suelo»? —ironiza Alex, recalcando la última palabra con sorna.

—No te pases, gatito. Mi paciencia tiene un límite. Por si no lo recuerdas, fuiste

tú el que perdió el control haciendo que el teléfono saltara por los aires mientras te peleabas como un energúmeno.

De súbito, se acerca peligrosamente a Alex y centra toda su atención en los labios de él con la clara intención de provocarlo.

—¿Tan buena es en la cama? ¿Más que yo?

Una oscuridad se despliega en mi interior y se adueña de mí, algo que me devora y que espolea mi deseo de romperle la cara a Elisa. ¿Por qué? ¿Qué me está pasando?

—Estás temblando —sisea Laura por detrás de mí.



## Capítulo 37



Laura tiene razón: estoy temblando. Aprieto el puño izquierdo conteniendo el pulso y vuelvo a dirigir toda mi atención hacia el interior del cuarto. Esa fue la última habitación que revisó Alex, aunque delante de mí hizo como si no hubiera encontrado a nadie dentro. ¿Por qué me ha mentido?

Ahora entiendo la razón de que pareciese tan distraído.

—Oí como gruñías en el baño, gatito. Los mismos gemidos que yo te he provocado cuando hemos estado juntos.

Elisa desciende una mano hasta el vientre plano de Alex y, con un rápido movimiento, desata el nudo de la camisa que le rodea la cintura, liberándola.

Desde nuestra posición es imposible ver a qué se refiere con esa insinuación, pero sospecho que acaba de comprobar que Alex y yo hicimos algo más que hablar mientras estábamos solos.

—Menuda arpía —sisea mi amiga por detrás de mí.

Laura y yo estamos tan apretujadas que incluso podemos escucharnos el latido la una a la otra, un eco lejano pero muy vivo.

—Estoy tan cansada... —Elisa lanza un suspiro muy cerca de la oreja de Alex. «Voy a estrangularla», pienso de inmediato—. Héctor sigue ignorándome y tú últimamente pareces muy entretenido con esa novata. ¡No es justo! —se queja haciendo un puchero *sexy* y supuestamente encantador—. ¿Por qué no nos divertimos juntos un rato?

Esto es lo último que puedo aguantar, así que decido largarme. Sin esperar a ver la reacción de Alex, me alejo de la puerta y tiro de Laura hasta que ella capta mi intención y me sigue, a pesar de su desconcierto. Estoy segura de que Laura estaría más que dispuesta a que nos quedásemos espíándolos hasta el final, pero por ningún motivo voy a repetir la misma equivocación que cometí con Miguel; me sentiría todavía más humillada de lo que ya me siento mientras estoy viéndolos en plena acción. «¡Pueden hacer lo que quieran, paso de ellos!», me digo estirando rabiosamente como si fueran chicle las gomas de colores que rodean mi muñeca.

Cuando llegamos a mi habitación, abro y me encierro con Laura dentro.

—¡Qué fuerte, tía! Esos dos están liados —salta con un entusiasmo casi inhumano.

Me tumbo sobre la cama y Laura toma asiento en la zona de los pies. De pronto,

se calla y me estudia apenada.

—Lo siento, tía. No tenía ni idea de que andabas enrollada con él. Y por lo que esa lagartona ha dicho, parece que pilló a Marta pegada a la puerta mientras os lo montabais. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Marta ya lo sabía. El otro día nos descubrió —confieso, sintiendo el principio de una náusea.

Cierro con fuerza los párpados y me los froto con la palma de la mano derecha.

—Siempre soy la última en enterarme de estas cosas. ¿Por qué nunca contáis conmigo?

—He sido una idiota, Laura.

Incorporo medio cuerpo y la abrazo fuerte. Tengo la saliva pastosa y me cuesta hablar.

—Vale, tía. Tranquila. No llores, ¿eh? ¡Oh, demonios! No debía haberte recriminado nada. ¡Venga, Beca! ¡Lo siento, lo siento mucho! ¿Qué hago? ¿Estás enfadada conmigo?

—¡Mierda, Laura! Creo que he cometido un gran error. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—¡Esto me supera! ¿Acabas de decir una palabrota? Vaya, debes de estar muy pillada por ese tío.

Me sorbo la nariz.

—Elisa siempre hace un descanso a la misma hora cuando voy al trabajo. Y el día que tuve que bajar al almacén, ella apareció diciendo que había estado buscando a Alex. ¿Cómo no me di cuenta de lo que pasaba justo en ese momento? ¡Mierda, tía! ¡Todo esto es tan repugnante! Es como una pesadilla que se repite.

Laura se pone a llorar conmigo, angustiada por tratar de consolarme.

—He avisado a Marta para que venga —revela avergonzada buscando en mi rostro algún signo de reproche—. Creo que debemos estar juntas en esto. Tres cabezas piensan mejor que una. Seguro que encontramos una solución para arreglar pronto las cosas.

—O una diabólica manera de vengarnos —interrumpe Marta entrando en ese preciso momento.

Sonríe tranquilizadamente y agradezco enseguida que no me lance a la cara una de sus míticas frases, como «Te lo dije».

—Contádmelo todo desde el comienzo. Por tu mensaje —dice volviéndose a Laura—, apenas me he enterado. ¿Quiénes son el «miserable traidor» y la «lagarta sin escrúpulos»?

Me seco las últimas lágrimas y dejo que Laura le resuma toda la historia. Cuando está a punto de finalizar, Marta ya es la viva imagen de un volcán en erupción.

—... Así que, ya ves, Beca y yo hemos acabado aquí, llorando —concluye Laura, feliz de recibir toda nuestra atención.

—Al menos tendríais que haberles cortado el calentón. ¿Qué os pasa, chicas? La

próxima vez tenéis que ser más creativas y entrar a saco como leonas en celo. — Mientras habla, Marta apoya cada mano en uno de nuestros hombros con decisión—. Tiramientos de pelo, arañazos, retorcimiento de genitales, exigir una embarazosa explicación..., cualquier cosa es mejor que estar bañándoos aquí en vuestras propias lamentaciones como dos puñeteras *banshees*. —Se toma un momento de reflexión ignorando nuestra reacción de perplejidad—. ¿No habéis pensado que al quedaros calladas podríais haber ayudado a esa lagartona a crear un malentendido? A ver, no es que ese *playboy* me caiga precisamente bien, pero debéis estar abiertas a todas las posibilidades.

Me quedo ensimismada y poco a poco empiezo a sentir algo. ¿Es alivio?

—Marta, Beca y yo vimos como esa tía le ponía a Alex las manos encima. Le quitó hasta la camisa, y le propuso... ya sabes, eso.

—¿Follar?

Tanto Laura como yo nos atragantamos con nuestra propia saliva ante la naturalidad con que Marta dice sin miramientos lo que piensa.

—Bueno, ¿y él que le respondió? —continúa, sin hacernos el menor caso.

—Nada, nos fuimos antes de verlo —intervengo mucho más calmada.

—Bien, pues perfecto. Simplemente olvídate de él y dale una oportunidad a mi hermano.

Bufo incrédula.

—Marta, no voy a hacer eso solo por despecho. Ahora no me quedan fuerzas.

—Tiene razón. Eso la convertiría en un guarrilla —me apoya Laura con un gesto firme de la cabeza—. Tiene que mantener su orgullo.

—Cariño —empieza a decir pacientemente Marta—, la lista de guiris a los que te has tirado es más larga que la lista mensual de la compra de mi madre. Así que ¿por qué Beca va a convertirse en un zorrón solo por estar con mi hermano? En cualquier caso —prosigue antes de que Laura le replique cabreada—, mi idea no va por ahí.

—¿Tienes un plan? —se interesa Laura. Parece que su curiosidad ha vencido todo el resentimiento que pudiera tener hacia ella.

Me apoyo en el cabecero de la cama y me pongo cómoda, esperando a que mi amiga nos proponga otra de sus locuras.

—Beca, tú te has puesto celosa. Y no me digas que no —añade al instante adivinando mis pensamientos—. El que no confíes en la voluntad de Alex para resistirse a otra tía significa que no tienes la suficiente seguridad en tus propios encantos para mantenerlo interesado; es más, aún dudas de sus sentimientos hacia ti. Créeme cuando te digo que, mientras continúes viendo las cosas de esta manera, volverá a sucederte lo mismo una y otra vez, sin importar el chico con el que estés.

Aunque no comenta nada sobre el tema, sé que también se refiere a mis problemas con los fantasmas del pasado, a mi miedo de que un nuevo Miguel me traicione.

—¿Y qué es lo que tienes en mente? —pregunto. Discutir con ella no va a

servirme de mucho.

Los ojos color avellana de Marta brillan maliciosos.

—¿Cómo te sentiste cuando viste a Alex tan cerca de Elisa?

—Estaba enfadada —admito.

En silencio, Laura me da una palmada en la rodilla y yo sonrío para tranquilizarla.

—Pues házselo notar. Logra que esté intrigado y enfréntate a él cuando te pregunte qué te pasa. Y cuando os reconciliéis, te lo tiras y todos felices.

Me echo a reír ante la propuesta de Marta.

—Mi relación con Alex no ha llegado aún hasta ese punto —confieso nerviosa—. ¿No sería más fácil preguntárselo directamente? —sugiero.

—¿Quieres descubrir la verdad o no? —inquire Marta.

Por la cabeza se me pasa la descabellada idea de que mi amiga pueda esconder segundas intenciones tras sus palabras de ánimo y apoyo.

—Claro que quiero —respondo al fin.

Marta da una palmada en el aire, y Laura y yo nos sobresaltamos.

—Pues no se diga nada más. Tenéis cinco minutos para poner os guapas y bajar a la cocina, o no probaréis bocado —nos advierte con una oscura sonrisa.

Cuando me quedo sola voy hacia mi maleta y echo un vistazo. Todo lo que llevo son prendas de invierno holgadas, excepto una camiseta ajustada de cuello alto y manga larga. Perteneció a mi madre antes que a mí, pero sigue como nueva y su color de un rojo intenso me favorece a la cara. Continúo rebuscando y doy con las mallas negras de hacer deporte que compré hace un año en algún *outlet*. Me visto rápidamente y saco el pintalabios que me regalaron mis hermanos para ponerme un poco de brillo.

Mucho más segura de mí misma, compruebo el efecto en el pequeño espejo de mi neceser. Todavía falta algo.

Me trenzo el pelo hacia un lado dejando sueltas varias ondas que enmarcan mi rostro a la manera de Keira Knightley en *Orgullo y prejuicio*, mi adaptación cinematográfica favorita de todas las que han realizado sobre la novela. Me contemplo satisfecha; le había hecho este peinado varias veces a Natalia, pero nunca lo había probado conmigo misma.

Al salir de la habitación me encuentro a Laura, que también acaba de arreglarse.

—Beca, ¿eres tú? —dice sorprendida al verme.

—¿Me queda bien? —pregunto conteniendo el aire.

—Estás genial —asegura.

—Gracias —le agradezco sinceramente.

Vamos al encuentro de todos los demás en la cocina.

—¿Que Óscar se ha largado? —dice Marta golpeando fuerte el cuchillo contra una tabla de cortar—. ¿Y cómo narices lo ha hecho, si puede saberse? ¿A pie?

—En taxi —responde Xavi tranquilo. No parece muy afectado por la repentina desaparición de Óscar ni por la fiera pose de mi amiga.

A mí no me sorprende nada la noticia, ya que Laura y yo se lo oímos decir a Elisa mientras discutía con Alex. Al pensar en él, me giro y lo busco con la mirada, pero no lo veo por ningún lado. En cambio, Elisa sí está allí y, sorprendentemente para mí, ayudando a Héctor a meter todo lo que Marta trocea en una especie de saquitos hechos manualmente con papel de aluminio, supongo que para asarlos.

De pronto, alguien me rodea la cintura por detrás. Un aroma a madera quemada mezclado con un ligero olor a loción de *after shave* y a algo masculino y familiar me enturbia los sentidos. Es Alex.

—Hola, mi musa —susurra roncamente para que nadie más pueda escucharle—. Estás preciosa. ¿Debería raptarte ahora mismo?

## Capítulo 38



Marta enciende el reproductor de música de su teléfono y deja que una lista de canciones antiguas suene de fondo mientras cocinan. La primera es una de Maná, *Mariposa traicionera*. Me pregunto si lo ha hecho adrede.

—¿No tienes algo más actual? —se queja Elisa. Tiene trozos de verduras entre los dedos.

—Beca, ve encargándote con Laura de los pinchos morunos. He dejado los palillos en esa mesa, junto a la carne de cerdo adobado ya cortada —ordena sin mirarnos, haciendo oídos sordos a la petición de Elisa.

—¿Hola? ¿Vas a seguir ignorándome? —interviene Elisa.

—¿Perdona? ¿Decías algo? —contesta Marta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, he dicho que si puedes cambiar la música por algo más moderno, por favor.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Te sientes identificada con la letra y eso te remuerde la conciencia? —responde Marta sarcástica.

Héctor parece incómodo con la conversación; después de todo, también él estuvo saliendo un tiempo con Elisa. Sin embargo, sigue con su trabajo sin hacer ningún comentario.

—Si no quieres poner otra canción, Marta, no es necesario que lo hagas —dice Elisa al fin. Tiene toda la pinta de querer iniciar una guerra de hortalizas, pero se contiene con una expresión forzada.

—¡Oh! Claro que puedo, cuando termine esta.

—Gracias, Marta —contesta Elisa, mucho más tensa.

—No hay de qué, querida —contesta al instante mi amiga.

Sé que por dentro está muerta de risa y disfruta de la escena como una condenada. ¡Menuda bruja!

Al ver que han acabado con su intercambio de comentarios mordaces camuflados bajo una capa de falsa cortesía, me libero del abrazo de Alex y me acerco a mi amiga.

—Marta, te refieres a lo que está en la encimera, ¿verdad?

—Sí. A eso mismo.

—Vale.

—Te ayudo —dice Alex en tono servicial, siguiéndome.

Me doy la vuelta y lo detengo poniendo una mano sobre su brazo.

—Hueles a chimenea y tienes hollín en la cara. —Arrugo la nariz—. ¿Has estado

todo este tiempo ayudando a Carlos?

Alex se olisquea el cuello de la camisa desabrochada y se encoge de hombros. Ahora va con ropa oscura.

Me fijo en que Marta ha parado de cortar para poder oír mejor lo que decimos, mientras que Laura se ha alejado un poco, dejándonos algo de intimidad.

—Supongo que tienes razón. Estuve cargando un poco de leña para encender el fuego. ¿Te molesta?

Lo miro de arriba abajo conteniendo la irresistible necesidad de limpiar un trazo negro de suciedad sobre su barbilla. El calor ha dado color a sus mejillas y, aunque poco, tiene la frente ligeramente brillante.

Sus ojos se posan ávidos sobre mis labios.

Pero... ¿por qué no me dice toda la verdad?

—En realidad no —respondo cortante—, pero me sabe mal que dejes solo a Carlos; yo ya tengo a Laura como ayudante —añado para suavizar.

Disgustado, Alex echa un vistazo a nuestro alrededor, como si diera por sentado que me avergüenza estar junto a él delante de los demás. Sin embargo, termina mostrándome una de sus encantadoras sonrisas ladeadas, a pesar de que no parece muy convencido.

—Como quieras —acepta apretando los dientes. Da un paso hacia delante y baja el volumen de voz—. Estaré esperándote.

Noto como mi respiración se acelera. No creo que pueda hacer lo que Marta me ha dicho.

Asiento casi de manera imperceptible y me doy la vuelta, creyendo que me voy a desmayar allí mismo. Laura me pasa uno de los palillos y pone el plato con los ingredientes en medio de nosotras.

—Gracias.

—No hay de qué —contesta.

Por detrás se oye el murmullo incesante de Elisa, y no puedo evitar preguntarme si todas esas risitas son producto de estar trabajando al lado de Héctor o de haberse estado besando con Alex. Clavo con más fuerza de la necesaria uno de los trozos de carne y echo un vistazo por encima de mi hombro, para ver qué tal van los demás. Marta tiene aspecto agotado; parece cansada de dar instrucciones, sobre todo a Xavi, que como siempre pasa de todo.

—Xavi, ¿quieres poner un poco de atención mientras te hablo? Te he dicho mil veces que no quiero que hagas formas. No es práctico. ¿Para qué queremos pimientos con apariencia de estrella?

—Es bonito —se defiende él cogiendo un calabacín y repitiendo los mismos movimientos como todo un profesional.

Marta se lo quita de las manos. Y aunque a Xavi no parece que le importe, creo ver una fugaz sonrisa en su rostro. ¿O me la he imaginado?

—Estás echando a perder toda mi comida. Si vuelves a hacerlo, te estrello contra

la pared.

—Venga, calmad esos ánimos, chicos —interviene Héctor, justo a tiempo de evitar que Marta cumpla su promesa cuando ve que Xavi continúa sin hacerle caso.

No puedo creer que aún no se hayan cortado con los cuchillos en un descuido.

Los minutos van pasando. Laura y yo terminamos con lo nuestro.

—Voy a llevar la bandeja con las brochetas —aviso en voz alta. Al final, la mayoría de ellas tienen cebolla y pimiento con forma de cinco puntas.

—Espera, te acompaño. Tengo que llevar el chorizo y la panceta —dice Héctor.

Se sitúa a mi lado y salimos de la cocina.

—Ya tengo la hoja de registro de la que te hablé. La de la maratón benéfica —explica cuando doy signos de no saber de lo que habla.

Abro los ojos de par en par.

—¡Ah! Gracias —contesto sorprendida.

Me había olvidado por completo de aquello.

—Mi propuesta sigue en pie. Puedes ir a entrenar a mi club cuando quieras.

—Lo pensaré —respondo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego Héctor se aclara la garganta.

—Beca..., ¿sales con Alex?

Le miro de reojo.

—¿Por qué lo preguntas?

Me detengo en seco antes de entrar en el salón donde está la chimenea lista para hacer la parrillada. Acabo de darme cuenta de que estoy cogiendo mi bandeja con más fuerza de la necesaria. Héctor me estudia preocupado.

—No, por nada —dice al fin.

Le miro extrañada. Entonces él se adelanta para abrirme la puerta y yo no insisto más sobre el tema.

—Oye, Beca... El próximo fin de semana iré a correr por el río. ¿Por qué no me acompañas? —propone Héctor entusiasta.

—Lo siento por ti, principito, pero ella solo se va a correr conmigo —nos interrumpe Alex, interponiéndose entre nosotros con la excusa de coger la fuente metálica de mis manos.

Le fulmino con una mirada resentida, todavía incapaz de creer que se haya atrevido a decir algo tan grosero delante de Héctor. Cabreada, me echo hacia atrás y tomo también el plato de este para dárselo a Alex, que me observa confundido.

—El fin de semana próximo me viene bien —contesto amablemente.

Siento como el aire se caldea a nuestro alrededor por momentos. Necesito salir de aquí.

—¿Ya está todo? —pregunta Carlos alejándose del fuego y viniendo hacia nosotros.

Alex le pasa toda la comida, ante su cara de estupefacción.

—Todo tuyo —responde con un gesto feliz que no le llega a los ojos—. Beca,



¿por qué no me acompañas un momento? Creo que tengo algo que te pertenece. Os dejo al cargo, chavales —se despide de forma áspera y precipitada ante los demás.

Dicho lo cual, me agarra por el hombro y me empuja suavemente hacia fuera sin detenerse hasta que encuentra una sala libre de espectadores.

—Entra, por favor —me pide, retándome a que le lleve la contraria.

Exhalo un suspiro y obedezco.

El cuarto es en realidad un pequeño trastero repleto de viejos muebles y objetos olvidados. Una muñeca con ojos de cristal nos observa sin vida desde una mecedora. No me gusta nada.

—Alex, ¿qué...?

Sus labios se estrellan tan rápidamente contra los míos que no le veo venir. Sin esfuerzo alguno, me alza por el trasero, me inmoviliza con ayuda de la pared y se frota toscamente contra mi pelvis, casi logrando que acceda a cada roce. Un osito de peluche cae de uno de los estantes que tenemos por encima apuntalados a la columna de nuestra derecha, logrando que recupere el sentido a tiempo, pero eso no frena a Alex, que continúa acariciándome sin ninguna delicadeza y atrayéndome más hacia él cada vez que intento resistirme. Giro la cara hacia un lado para evitar sus besos, molesta por esa inesperada demostración de fuerza y pasión desmedida. Su piel está fría y hace que me estremezca.

Debería estar aterrada, pero solo siento furia. ¿Y si le ha hecho lo mismo a Elisa? No quiero que me toque si antes ha estado con ella.

Deja caer la frente por encima de mi hombro contra el muro y respira ruidosamente hasta que su pulso recupera su ritmo habitual.

—¿Por qué no dices nada? —le exijo angustiada.

Me baja lentamente hacia el suelo pero continúa estrechándome contra su cuerpo, impidiendo que realice ningún movimiento. Después noto como inclina la cabeza hasta mi pelo e inhala con fuerza, produciéndome un escalofrío.

Se supone que iba a preguntarme qué me ocurre y que luego los dos enfrentaríamos el problema. ¿Por qué sigue callado?

—Beca, lo siento —murmura taciturno y distante.

Su respuesta es todavía peor de lo que imaginaba.

—¿Por qué te estas disculpando? —El miedo me traspasa la voz.

«Lo ha hecho con ella, lo ha hecho», me digo muy nerviosa.

—No puedo evitar ponerme loco con cualquier tío que se acerque a ti. —Coge la punta de mi trenza y se la lleva a los labios. Al alzar la barbilla veo como la besa con dulzura—. Y sé que tampoco puedo prohibirte que hables con otros.

Estoy muy cerca de desmoronarme más rápido de lo que tarda en caer un castillo de naipes. ¿Es que quiere que rompamos?

—Alex, tú conoces a Elisa desde hace tiempo y compartes un pasado con ella del que yo lo ignoro todo. Incluso te la has traído a este viaje. ¿Crees que yo no me siento igual que tú?

—Ella no significa nada para mí, solo es una vieja amiga. ¿Qué te hace pensar lo contrario? —De repente suelta una carcajada llena de ironía, como si lo entendiera todo—. ¿Es por eso por lo que me has evitado antes en la cocina y luego delante del pijo ese?

Finjo no haberle oído y él retrocede unos centímetros para verme mejor.

—No siento absolutamente nada por Elisa —me asegura mientras busca mi mirada—. ¿Beca?

—Entonces está todo bien —digo al fin.

—¿Seguro?

—Sí —contesto.

—Pero yo no lo estoy. No quiero que me rechaces de nuevo delante de los demás. —Me coge de las manos y mirándome a los ojos continúa hablando—. Yo no tengo ninguna intención de esconder lo nuestro. ¿Y tú?

Intento mostrar una expresión feliz y él parece tranquilizarse.

—Tampoco.

—Esos pantalones te sientan bien —comenta, ya mucho más animado. Me guiña un ojo con picardía y tira de la cintura de mis mallas hacia él—. Aunque sin nada encima, todavía estás mejor —dice con un tono conspirador y revoltoso.

Está arrebatador, y me cuesta horrores contenerme y no romperle la camiseta allí mismo. Controlar mis instintos se está convirtiendo últimamente en uno de mis principales objetivos.

Cuando estoy a punto de comentárselo, el móvil de Alex suena arrancándome del trance en el que me encuentro.

—Te están llamando —adviento algo desilusionada.

—Sea quien sea, puede esperar —rechaza con un gesto.

Me aclaro la garganta.

—Tal vez sea importante —insisto—. No te preocupes por mí, de todos modos tengo que ayudar a poner la mesa.

Alex entrecierra los ojos. Al final asiente y se vuelve ligeramente, levantándose un poco la camisa para tomar el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros desgastados. ¡Oh, Dios! Acabo de ver lo bien que se ciñen a su culo, duro y perfecto como una manzanita que pide ser mordida. ¿Estoy babeando? Sí, creo que lo estoy haciendo. Alex es como un ángel del infierno, y esos pantalones... son un arma letal. Pestañeo.

—Me voy —anuncio.

Antes de atender la llamada me hace un nuevo guiño a modo de despedida, consiguiendo sacarme un suspiro ensoñador. Todo parece bastante normal, pero cuando estoy cerrando la puerta me sorprende escuchándole hablar en un idioma extranjero; habla con rapidez y con un acento fuerte y frío, y da la sensación de estar bastante enfadado. Sea quien sea el que está al otro lado de la línea, está claro que no es bienvenido.

Pensativa, me alejo en dirección a la cocina. ¿Quién podrá ser?

## Mensaje de la autora



### ***¡Para todos mis lectores!***

Para escribir esta novela he tenido que comprarme unos cascos nuevos con los que escuchar música, de esos de color blanco y gigantes como los que lleva Alex al cuello que no te permiten oír nada más.

A medida que le daba forma al personaje masculino, a menudo pensaba en la cantidad de ruido que hacen sin darse cuenta las personas que tienes a tu alrededor mientras intentas trabajar; a veces no importa, pero otras veces, si necesitas concentrarte y no hay forma de conseguir aislarte de todo, se convierte en un problema serio. Esto ha hecho que poco a poco me esté volviendo una fan incondicional de la música y ya no solo de los libros y el cine: puedo escuchar canciones y, al mismo tiempo, escribir, que es mi objetivo principal. Así que ¿qué más puedo pedir?

El tatuaje de Alex, también surgió en un momento en el que estaba consumiendo música. Desde el inicio de la obra, había previsto que llevaría uno, pero no tenía decidido en qué zona del cuerpo, hasta que una tarde, mientras veía un vídeo musical en Youtube, apareció en escena un bailarín dando la espalda con la piel más bonita y brillante que hayáis podido imaginar. Cuando el foco iluminó tenuemente su hombro empapado por la lluvia, supe que tampoco podía haber otro lugar tan sexy y especial para mi protagonista.

Alex es un personaje complejo, sensual, atractivo e intenso, como todo buen escorpio, pero también está lleno de emociones y secretos que él se ve obligado a ocultar por algunos acontecimientos oscuros de su pasado. El tatuaje es tan solo la primera puerta a su mundo interior provocado por esa enorme carga. Hasta ahora, ha sido el personaje que más inquietudes me ha provocado hasta el momento, y espero poder ir revelando todavía muchas más cosas de su vida en la tercera entrega.

En cuanto a Beca, la protagonista femenina, el elemento que la dota de personalidad son las sudaderas, que son algo así como su armadura diaria. Ella podría ser cualquiera de nosotros pero, sobre todo, es alguien que ama a su familia. Vive para sus hermanos y su madre al cien por cien, por lo que nunca ha pensado en sí misma, lo que la convierte en una chica especial y con un gran potencial por descubrir: Beca no es alguien que haya nacido fuerte, sino que se hace fuerte a sí misma. Tampoco ama a primera vista, pero cuando ama de verdad nadie puede

hacerlo con más intensidad que ella ni con más pasión. Por ello, cuanto más escribo sobre sus sentimientos y sus emociones por Alex más descubro que lo que parecía un personaje fácil de perfilar al principio, supone en realidad un gran reto. De todos modos, me divierto, y me encantan todos los momentos que pasa con Alex y su mejor amiga Marta.

¿Efectos secundarios de escribir? Comer muchas mandarinas y masticar muchos chicles. Al comienzo bebía una taza de té como un ritual antes de ponerme con cada capítulo; de hecho, a esto se debe la escena en la que Beca cuenta que le preparó un té blanco a su madre mientras pensaban qué hacer tras la desaparición de su padre. No obstante, a mitad de la novela, mi gusto por la fruta fue en aumento.

Otra de las consecuencias de todo el proceso de escritura fue el nacimiento de algunas manías. Por ejemplo, crear una lista en la que iba tomando nota de todas aquellas palabras que más me gustaban y que quería introducir en la novela, como crepitar. No importa cuántas veces la repita, no me canso de ella. En el libro aparece en el capítulo treinta y nueve cuando Beca dice: «Al fondo, la chimenea crepita con un fuego burlón que hace crujir los leños lentamente». Con ello he descubierto un nuevo ejercicio de relajación que consiste en pronunciar todas estas palabras juntas y de un tirón: reconfortante, púrpura, cremoso, anaranjado, carmesí, crujir, crepitar... ¡Uff! Ya me siento mejor.

En fin, voy a parar aquí, porque hay algo muy importante que quiero deciros a pesar de que los agradecimientos no aparecerán hasta el tercer volumen. De corazón quiero daros las gracias a todos los que habéis comprado la primera y segunda parte de *Mariposas en tu estómago* y, en definitiva, a todos los que estáis a mi lado apoyándome con todo vuestro cariño que tanto valoro; en especial, a mi editora, por seguir confiando en mí y animarme a lo largo de todo el proceso, y a mi familia, quienes han tenido que soportar todos mis buenos y malos momentos.

¡Espero seguir contando con todo vuestro apoyo y entusiasmo por esta historia!

Ahora que he terminado esta primera novela, me he propuesto realizar un pequeño viaje, pero ya estoy deseando regresar y tomar las riendas de mi próximo proyecto para seguir con todos vosotros.

Un abrazo enorme y lleno de mariposas.

**Natalie Convers**

Twitter: @NatalieConvers

E-mail: [natalieconvers@gmail.com](mailto:natalieconvers@gmail.com)





# Ficha de personajes secundarios



## LAS FAMILIAS

### FAMILIA DE BECA

- **Clara:** la madre. Trabaja muy duro para una empresa de limpieza y lo que más le gusta, además de sus hijos, es leer en sus ratos libres revistas de cotilleo junto a un café caliente. Tiene grandes dotes de cocinera.
- **Daniel:** el padre. Abandonó a la familia tras dejarla endeudada. Actualmente se desconoce su paradero.
- **Víctor:** hermano mayor después de Beca. Tiene quince años y una gran obsesión por sacar buenas notas y jugar a los videojuegos. Es el responsable, cuando no está Beca, de sus dos hermanos más pequeños, Diego y Natalia.
- **Diego:** tiene once años y es muy silencioso y observador. Está secretamente enamorado de Marta, la mejor amiga de su hermana mayor.
- **Natalia:** la hermana pequeña. Tiene cinco años, le fascinan las piruletas con forma de corazón y, en general, toda la comida basura.



### FAMILIA DE ALEX

- **Sofía:** es la tía de Alex, toda una belleza de pelo largo y moreno con largas piernas de infarto. Después de descubrir su pasión por las marcas de lujo

decidió hacerse emprendedora a pesar de la negativa de su familia. Desde siempre ha admirado a la madre de Alex, su hermana mayor.

- **Dmitry:** también conocido como Dima. Nació en Rusia, aunque habla español con bastante acento y es el padre de Alex, lo cual se refleja completamente en el físico. Al igual que a su hijo, hasta hace poco le encantaba practicar deportes de riesgo. Una de sus grandes aficiones es la escalada.
- **Eduardo:** también conocido como Edu. Es el hermano menor de Alex. A diferencia de este, tiene una gran sensibilidad que muy pocos comprenden y debida a la cual, de pequeño sufrió acoso escolar; no obstante, siempre fue protegido por su hermano mayor, Alex.
- **¿La madre?:** es poco lo que se sabe de ella hasta ahora, a excepción de su carácter temperamental.





